

SS
SERVICIO SECRETO

RED HARLAND

UN HOMBRE ALTO

Era un hombre alto.

Bajó la cuesta de Liberty y cruzó West Street, deteniéndose junto a una de las enormes vigas de hierro que soportan la autopista elevada.

West Street estaba silenciosa y obscura a las nueve y media de la noche; las cuadradas puertas de sus innumerables almacenes estaban cercados, y junto a ellas y bajo el inmenso paraguas que proporcionaba gratuitamente la Express Highway, dormían abandonados en espera del amanecer, los gigantescos camiones y los tremendos furgones destinados al transporte de mercancías.

Caía una llovizna fina y menuda.



Red Harland

Un hombre alto

Bolsilibros: Servicio Secreto - 153

ePub r1.0
jala y xico_weno 06.07.17

Título original: *Un hombre alto*
Red Harland, 1953

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Red Harland

Un hombre alto

1ª edición

julio – 1953

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

Un HOMBRE ALTO



Capítulo primero

Era un hombre alto.

Bajó la cuesta de Liberty y cruzó West Street, deteniéndose junto a una de las enormes vigas de hierro que soportan la autopista elevada.

West Street estaba silenciosa y obscura a las nueve y media de la noche; las cuadradas puertas de sus innumerables almacenes estaban cercados, y junto a ellas y bajo el inmenso paraguas que proporcionaba gratuitamente la *Express* Highway, dormían abandonados en espera del amanecer, los gigantescos camiones y los tremendos furgones destinados al transporte de mercancías.

Caía una llovizna fina y menuda.

Al otro lado de la calle, enfrente de los abandonados almacenes, los «docks» silenciosos dibujaban confusamente sus negras siluetas cuadradas, por cuyos tejados de chapa ondulada resbalaba el agua de la lluvia. Por entre los «patios» que los separaban se podían contemplar las luces mortecinas de los barcos atracados o el brillo metálico y cambiante de la corriente del Hudson.

El hombre permanecía inmóvil e invisible, confundida su sombra con las otras más densas de los furgones, de los remolques y de las vigas.

Todo estaba callado. Sólo encima de su cabeza, por la gran *Express* Highway, se escuchaba el ronquido suave e intenso de los motores cuando un coche pasaba lanzado por la gran autopista sin cruces.

Una muchacha apareció por la esquina de Liberty Street y avanzó deprisa por la acera.

Dio un resbalón y abrió los brazos bruscamente, tratando de recuperar el equilibrio.

«Asquerosa calle, siempre llena de basura…» —murmuró—. No llegó a caer. Y apretó el paso ciñéndose su impermeable, caminando deprisa, temerosa de las sombras que envolvían la calle.

West Street quedó nuevamente en silencio. De los «docks» llegó el lamento lejano de un acordeón. Luego, como si se hubieran dado cita, empezaron a bajar coches y gente de la parte de Cortlandt Street y por unos instantes, la soledad de la calle quedó perturbada.

Toda aquella gente caminaba deprisa. Cruzaban West Street hacia los «docks» y entraban en el edificio la «Pensylvania *Ferry*-boat Station».

De la parte del Hudson llegó el sonido ululante de una sirena que, por unos segundos, impregnó la noche de un misterioso sentido.

La alta figura se despegó entonces de la columna de hierro y empezó a caminar bajo la plataforma de la «elevada» en dirección a la estación del «*ferry*».

Caminaba sin prisa, como una sombra clara recortándose contra la lluvia que caía al otro lado.

Enfrente de la «*Ferry* Station», oculto a las miradas de los viajeros que llegaban, se detuvo de nuevo por la parte de entrada de coches.

El enorme «*ferry*» que hace la travesía del Hudson desde Cortlandt Street a New Jersey, estaba acabando de amarrar al desembarcadero su ancha y chata proa. Tras la cadena que cerraba el paso, los coches que transportaba estaban ya en marcha dispuestos a salir, y los viajeros a pie aguardaban aglomerados.

Cuando el empleado retiró la cadena y la gente y los coches empezaron a salir, el hombre retrocedió unos pasos para mirar dentro del vestíbulo de la estación.

Había un grupo bastante numeroso de gente agolpado ante las taquillas. Esperó.

Cuando vio que sólo dos personas faltaban para retirar sus billetes en una de las ventanillas, se alzó mejor el cuello de su trinchera, se caló el fieltro hasta que el ala casi le tapó los ojos, y cruzó deprisa.

No pronunció una sola palabra. Depositó ante el empleado los veintisiete centavos, recogió su billete, y se mezcló con los últimos viajeros que entraban.

A su derecha, una tila de turismos protestaba con sus bocinas por la lentitud de maniobra de un camión pesado. Alcanzó el otro costado de la embarcación. Allí no había nadie. Los viajeros daban la vuelta siguiendo toda la eslora del buque.

El hombre ganó el extremo del barco que ahora se convertía en proa, y se arrinconó contra el mamparo sin importarle la lluvia.

De nuevo sonó la sirena del «*ferry*» y la chata y enorme embarcación se puso en movimiento, lanzándose de nuevo entre las negras aguas del Hudson.

Seguía cayendo la lluvia, fina, menuda e intensa.

Lentamente, la rota línea que dibujaban contra el obscuro firmamento los rascacielos del bajo Broadway, de Wall Street y de Battery, fue apareciendo en impresionante panorámica.

La invisible corriente del río chocaba con aplastado chapoteo contra los costados del «*ferry*».

Veinte minutos tardó en atravesar la ancha corriente del Hudson River y meter su proa entre los grandes pilotes de madera que lo sujetaron como una caja.

El motor del camión empezó a runrunear, el cabrestante giro con rapidez cobrando la estacha de amarre, y las puertas se abrieron dejando salir del interior a los pasajeros.

El hombre no aguardó más. Despegándose del mamparo de hierro saltó la cadena antes de que el uniformado empleado la retirara y cruzó de cuatro zancadas la flotante plancha de madera.

Unos instantes después avanzaba por las desiertas calles de Jersey City. El cuello de su empapada trinchera le tapaba la boca y por el ala de su fieltro resbalaba el agua de la lluvia.

Al llegar a Grove Street torció a la izquierda. Caminaba decidido, sin un titubeo. Minutos después, luego de echar una rápida y fugitiva mirada a sus espaldas y adelante, se detenía pegado a uno de los coches que se estacionaban al lado del Grove Cinema.

La asfaltada plaza de aparcamiento estaba desierta. Sólo las cuatro filas de coches, inmóviles, relucientes bajo la lluvia.

En la marquesina del Grove Cinema, el dibujo enorme en colores, de una mujer semidesnuda, bella y sugestiva, arrojada en la cama exánime y sin vida.

Fue mirando uno por uno los coches, pasando entre ellos con el

cuerpo doblado. Por fin pareció encontrar lo que deseaba. El parabrisas de aquel «Plymouth» estaba entreabierto.

Sacó las manos de los bolsillos de la trinchera y se las miró comprobando que los guantes estaban abotonados hasta las muñecas. Entonces agarró el borde inferior del parabrisas y tiró con fuerza.

El parabrisas cedió. Hundió el brazo y alcanzó el pestillo de la portezuela. Un segundo después estaba abierta. Echó una furtiva mirada por encima del techo. Todo seguía igual bajo la fina lluvia.

Se sentó ante el volante, sacó una pequeña lámina metálica del bolsillo y la introdujo en el contacto. Accionó la puesta en marcha y el coche dejó oír el suave y silencioso runruneo del motor.

Como una sombra despegó de la fila de coches rodando con el apagado rumor de sus neumáticos. Nadie se había fijado en el auto. Siguió por Grove Street y dobló por Pavonia Avenue. Entonces pisó el acelerador y siguió velozmente avenida adelante.

El reloj del tablero marcaba las diez y veintitrés minutos cuando el «Plymouth» cambió de dirección, torciendo hacia la izquierda en busca de Newark Avenue. Antes de llegar, viró de nuevo tomando una pequeña calleja. Avanzó despacio y se detuvo en la esquina con el motor en marcha y los faros apagados.

El hombre quedó inmóvil como una estatua, con las enguantadas manos sobre el volante. La varilla del parabrisas oscilaba oscilantemente de un lado a otro barriendo la lluvia del cristal, con monótono
tic-tac.

A través de él, el hombre fijaba sus ojos en el gran garaje que había enfrente.

Un coche se detuvo bajo el gran letrero de neón y un empleado salió, acercándose a él. No debía querer más que hacer alguna consulta, porque el coche arrancó de nuevo sin hacer ningún servicio.

El reloj del tablero marcaba las diez y veintisiete minutos. El hombre metió la mano en el bolsillo de la mugrienta trinchera y la sacó de nuevo con un largo trapo negro que dejó sobre sus rodillas.

El minutero del reloj marcaba los segundos lentamente; la lluvia caía sin cesar formando pequeños ríos en el parabrisas.

De nuevo un coche se detuvo ante el garaje, pero esta vez

salieron dos hombres de su interior y corrieron hacia el hangar, inclinándose bajo los finos hilos de agua brillantes a la luz verde y roja del neón.

El hombre aguardó aún un par de minutos. Entonces miró lo que se podía descubrir arriba y abajo por Newark Avenue. La avenida brillaba desierta, charolada por la lluvia.

Sus manos cogieron expertas el trapo negro y lo levantó vendándose el rostro. Se subió mejor el cuello de la trinchera y se apretó el cinturón. Con un golpe de sus dedos se caló más el sombrero y bajóse el ala.

Entonces soltó el pie que tenía sobre el embrague y el «Plymouth» avanzó por el asfalto describiendo una ancha curva por Newark Avenue, hasta detenerse junto al garaje, unos metros retrasado.

El hombre tenía las manos metidas en los bolsillos. El reloj del tablero señalaba las diez treinta y dos en su esfera luminosa.

* * *

—¡Vaya nochecita!, ¿eh, Brown?

—Hola, Míster Chalvert —contestó el recio mocetón sin apartar la manguera del coche que limpiaba—. Sí, ¡vaya nochecita! El agua está helada y este tipo no suelta una propina aunque le despellejen…

—Ja, ja, ja… Siempre estás protestando. ¿Habéis tenido mucho trabajo esta tarde?

—¡Hola, *Mr*. Chalvert! —interrumpió el encargado del garaje saliendo de la pequeña oficina—. ¿Trabajo? ¡Sin parar! Hemos tenido que mandar la grúa dos veces a hacer dos remolques… Dos patinazos en la carretera de Newark. Esta gente conduce como condenados, sin importarles que los caminos estén resbaladizos… ¡Hola, Haltun! ¿Cómo va ese reuma?

El acompañante de Míster Chalvert hizo un gesto que podría equivaler a un reniego.

—¡Maldito tiempo! ¡Y parece que va para largo!

—En esta estación es lo que se puede esperar. ¡Eh, tú, Brown! ¿Cuándo acabas con ese «Dodge»? Acaba de una vez, que sólo paga cuatro dólares… Si quiere usted los cuartos, ya está preparado…

—Bueno, vamos allá… —contestó Míster Chalvert dirigiéndose hacia la oficina detrás del encargado—. ¿Qué tal ha sido el día? ¿Mucho…?

Haltun también fue tras él. Renqueaba un poco al andar y hundía las manos en los bolsillos de su gabán, como si tratase de buscar en ellos un soporte para sus escurridos hombros.

Brown dejó la manguera en el suelo, se metió en el «Dodge» y lo puso en marcha para retirarlo.

Pudo ver a los tres hombres inclinados sobre la mesa de la oficina. Sus figuras resultaban raras viéndolas a través de la vidriera accionar y mover los labios, sin oír lo que decían.

Alcanzó el otro ángulo del enorme garaje y paró el coche, después de colocarlo en fila con los demás. Aún tenía que lavar otros cinco antes de poder ir al «automático» de la esquina y tomarse un café bien caliente y un par de «cakes».

Abrió la portezuela que sólo llevaba entornada y echó pie a tierra. Le agradaba aquel silencio que solía reinar en la ancha nave a aquellas horas de la noche. Allá, al fondo, veía la pared de la oficina.

«—Este Míster Chalvert es un buen viejo». —Pensó—. «Es bastante considerado… Veremos si para Navidad me concede un aumento de…».

Algo inesperado por Brown, algo que no pudo saber que fue, cortó su pensamiento. No sufrió. Ni siquiera se enteró hasta mucho tiempo después, que había recibido un terrible mazazo en la cabeza; tuvo conciencia de haber sentido que algo así como un imprevisto y brutal terremoto le sacudía el cerebro.

Sin un gesto de dolor se derrumbó sobre el mojado cemento del garaje, junto al «Dodge» que acababa de lavar. Y quedó allí quieto, pegado a las ruedas traseras, hecho un miserable y arrugado acordeón su cuerpo musculoso y robusto.

* * *

—Un buen día, ¿eh, Stardy?

—Bueno para ti, que te embolsas el dinero —interrumpió Haltun con un gesto de dolor estirando su rodilla—. Pero pregúntale a esos dos que han estado a punto de dejarse el pellejo en la carretera…

—Ja, ja, ja… Ellos tienen la culpa, por locos. ¿Quién les manda ir a sesenta millas con el asfalto mojado? ¿Eh? ¿Quién les manda?

—No aprenden —comentó Stardy—. Ahí mismo, a la entrada del garaje tenemos un aviso bien grande: Ochenta muertos el año pasado por patinazos en las carreteras de este Estado. Pues ya verá usted si continúa lloviendo. No aprenderán nunca…

Stardy, con sus quince años de profesional en uno u otro garaje, hablaba del asunto desde la cúspide de su sabiduría. Su rostro de hombre tozudo mostraba claramente que su dueño poseía uno de esos cerebros de vía única: él entendía de coches. Cuando necesitaba poner un enchufe en su casa llamaba a uno que entendiera de enchufes, y si precisaba construir una valla para que los muchachos del barrio no le machacaran las cuatro plantas que tenía en su jardincillo consultaba con un técnico la altura que debía darle y la clase de madera que debía emplear. Pero de coches tenía siempre la última palabra.

Contaba los billetes que iba sacando del cajón de la mesa, depositándolos sobre el tablero.

—¿Y qué hay del infante que *Mistress* Stardy está esperando? ¿Cómo va eso?

—El médico dice que bien, pera mi mujer se queja siempre. Dice que no la cuido bastante. Yo creo que las mujeres no están contentas si no se quejan de sus marides. Le llevé una caja de bananas vitaminizadas, auténtica de Honduras. Pero ella dice que tiene un quince por ciento menos de calorías. Tengo que consultar con el droguero…

—Bah, bah… —objetó Haltun—. Se quejan por nada. Ya les quisiera yo ver con un buen rema como el mío. Entonces…

—Dos mil quinientos dólares. Dejo doscientos para los cambios, como siempre.

Cuéntelo…

Míster Chalvert se levantó de la silla y empezó a meter los billetes en una cartera de cuero.

—Está bien, Stardy. Dos mil quinientos es una buena suma para un día —dijo cerrando la cartera. Oyó un ruido en el picaporte de la puerta y giró levemente la cabeza—: Puedes pasar, Brown… Sí, dos mil quinientos…

La puerta se abrió. A espaldas —de ellos sonó una voz seca y

conminatoria que no pertenecía a Brown:

—¡Manos arriba! ¡Y no intenten ninguna broma! ¡Esto es un atraco!

Era un hombre alto. El cañón de su automática no era más negro que sus ojos brillantes, casi febriles. Pero de eso no se dieron cuenta los tres hombres que estaban allí, levantados los brazos y las bocas abiertas por la sorpresa y la incredulidad.

—¡De espaldas!

Sólo Stardy fue un poco remolón en obedecer. Pero cuando el hombre le miró no tuvo más fuerzas para resistirse. Se acordó de *Mistress* Stardy, del infante que esperaban y de la caja de bananas.

Se volvió de espaldas al individuo, esperando sentir en su espina dorsal la quemadura de una bala. Pero fue otra caricia la que se abatió contra él. Pareció que le reventaban la tapa de los sesos cuando la culata de la automática se estrelló contra su occipucio. Y cayó al suelo derrumbado, como un toro al que le clavan la puntilla. No se din cuenta de que también Míster Chalvert seguía el mismo camino vertical ni de que Haltun olvidaba su reuma sumido en la inconsciencia de la nada.

Una mano enguantada agarró la cartera, la abrió cerciorándose de su contenido, y volvió a cerrarla.

El hombre salió. Su mano derecha desapareció con el arma en el bolsillo de su sucia trinchera. Cruzó a grandes zancadas la ancha y baja nave del garaje, y ganó la calle sin prisas.

No era posible verle el rostro, cubierto con un trapo negro. Ni siquiera sus ojos eran visibles bajo el ala de su chorreante sombrero.

Pasó bajo las luces de neón de la entrada del garaje y subió a un «Plymouth» que esperaba junto a la acera con el motor en marcha.

Unos segundos después el coche doblaba la próxima esquina y desaparecía de aquellos lugares.

CAPÍTULO II

—Era un hombre alto.

—¡Era un hombre alto! ¡Era un hombre alto! ¡Era un hombre alto! ¿Es lo único que saben ustedes decir? ¡Qué hizo! ¡Qué dijo! ¡Qué dijo! ¡Qué clase de armas usaba!

Stardy se revolvió el pelo sobre la coronilla. Aún estaba asombrado de encontrarse vivo. Miró a Haltun y a Míster Chalvert, que permanecían tan acobardados como si en vez de ser las víctimas fueran los culpables. Luego volvió a mirar al sargento.

—Usaba una pistola.

—¡Una pistola…! —maldijo el sargento—. Eso echa nueva luz sobre el asunto, ¿no?

¡Una pistola! ¡De qué calibre! ¡De qué marca!

—No sé. Yo soy técnico en coches, no soy armero. Llevaba una trinchera sucia y no se le veía la cara. Se la tapaba con un trapo negro. Los ojos eran raros. Era un hombre alto…

El sargento volvió su cara de dogo hacia su jefe, como si quisiera hacerle testigo de la estupidez de aquel hombre.

—Déjelo usted que siga, sargento —dijo el teniente Peale—. Explíquenos usted lo mejor que recuerde cómo se portó aquel hombre alto, Míster Stardy. Cuáles fueron sus palabras. ¿Recuerda?

«Yo lo recuerdo perfectamente, teniente —intervino Haltun desde su asiento, donde permanecía con la pierna estirada—. Lo recuerdo porque me… Dispense, pero era tan raro oír a un hombre expresarse así, que casi me hizo gracia a pesar del susto. Dijo: “No gasten bromas. ¡Esto es un atraco!”. ¿No era estúpido que diera aquella explicación? Ya veíamos que era un atraco».

—¿No dijo nada más?

—Nada, que yo recuerde.

—¿Y ustedes, recuerdan algo?

—Sólo una cosa —contestó Míster Chalvert—. Era indudable que aquel hombre imponía. Yo me di cuenta de que Stardy titubeó antes de obedecer, pero cuando aquel hombre le miró se le quitaron todas las ganas de resistir. Y sin embargo, no era un hombre que asustase por su corpulencia.

—¿No dicen que era alto?

—Sí, pero no demasiado recio. ¿Cómo lo diría? Era más bien desgarbado, con una trinchera mugrienta. Sin embargo, daba una impresión de terrible fuerza. Yo creo que hubiera atemorizado a cualquier hombre mucho más corpulento que él.

—Bueno, eso es algo más… ¿Qué ocurre? —preguntó levantando la vista hacia la puerta del despacho, donde acababan de sonar unos golpes.

El sargento se acercó a abrir y un policía uniformado asomó la cara.

—El capitán Fulton de Nueva York quiere verle, señor. Está esperando. Es a propósito de este caso.

—Dígale que pase. Y que entre también ese muchacho, Brown… ¡Hola, Fulton! —saludó a su colega sin levantarse del asiento—. ¿Qué le trae por estos barrios?

—Hola, Peale. He leído en los periódicos el atraco cometido anoche en Jersey City y quisiera escuchar a los testigos, si no le importa. Yo creo que se trata del mismo que asaltó la taquilla del Rany Theatre hace una semana.

—¿Qué características tenía el tipo aquel? —preguntó Peale indicando un sillón al capitán.

Fulton sonrió burlonamente al tiempo que aceptaba un cigarro.

—«Era un hombre alto»…

Peale le miró enarcando una ceja. Después rió sorda y burlonamente.

—Es el mismo tipo, no cabe duda. Pero me parece que de aquí no va usted a sacar nada nuevo. Ese individuo no ha dejado rastro. Sabe trabajar.

—¿Qué les dijo?

—«¡Esto es un atraco!». Fulton asintió con la cabeza.

—¿Es este muchacho el primero de los atacados anoche? ¿Fue usted?

—Sí, señor —contestó Brown—, pero no pude ver nada. Acababa de lavar un «Dodge» y lo dejaba en su sitio. No recuerdo nada más. Luego me encontré en el suelo, entre las ruedas del coche. No podía saber cómo había ido a parar allí, hasta que descubrí a Stardy y a Míster Chalvert y Haltun sin sentido en la oficina. Entonces comprendí que había habido un atraco. La cabeza me dolía como si me hubieran pegado con una montaña…

—¿Qué ha dicho el forense, Peale? ¿Pudo morir alguno a consecuencia del golpe?

—El tipo arreo con toda su alma, pero debe saber lo que hace. Yo creo que tiene cuidado de no matar. Les pega «científicamente». Pudo abrirles el cráneo y no les produjo más que una herida de poca importancia, además de la tremenda conmoción.

Fulton se puso en pie. Como distraído, echó un vistazo por la oficina de su colega de jersey City, Era un amplio despacho con un ventanal por el que se veían las casas más bajas de enfrente. A lo lejos se divisaba el Hudson y los barcos de la «Cunard» atracados a los muelles de Manhattan.

—Desde luego es el mismo —afirmó sin gran emoción—. Lleva cinco atracos *en* tres meses y siempre emplea la misma táctica. Alguna vez se le escapará la mano y matará a alguien. Hasta ahora la prensa no hace más que reírse un poco, pero cuando eso ocurra se nos echará encima… ¿Querrá avisarme si descubre algo nuevo?

—Le avisaré —prometió el teniente Peale—, descuide. ¿Cómo va el caso de Walton Lake? ¿Conseguirá que el detenido confiese?

El rostro rasurado de Fulton enrojeció levemente. Le habían tocado el punto que todo el mundo sabía era su llaga viva. No se ocultaba para confesar el odio que sentía por el *gángster*, y todos le habían oído más de una vez afirmar que no descansaría hasta conseguir que le condenaran.

Pero Walton Lake parecía intangible hasta entonces, protegido por sus millones y por el terror que inspiraba.

—No sé —repuso Fulton lentamente—. Si conseguimos que ese hombre cante, podremos comprometer a Lake. Pero hasta ahora no hemos tenido mucho éxito…

Se despidió del teniente y salió de la Jefatura de Policía de Jersey City.

Había que hacer algo, fuera como fuera. Aquellos atracos se

repetían con demasiada frecuencia, y aunque aún no habían asesinado a nadie, la prensa y el público empezaban a impacientarse. Hasta ahora, obsesionados con el caso de Walton Lake sólo habían tocado aquel otro asunto de pasada, para burlarse; pero pronto empezarían los insultos.

—A «casa» —ordenó al policía que iba al volante, sentándose a su lado—. ¿Has oído hablar alguna vez de «un hombre alto»? Búscalo entre los catorce millones de habitantes que hay entre Nueva York y Nueva Jersey, y me lo traes esposado… —rió con cierta saña—. ¡Eso es lo que quieren que yo haga!

No volvió a hablar durante todo el trayecto. El coche policial buscó la entrada del Holland Tunnel y atravesó el Hudson en dirección a Manhattan. Poco después se detenía ante la Jefatura de Policía de Nueva York y el capitán Fulton entraba en el ancho vestíbulo y subía las escaleras.

El policía que estaba de servicio en la antesala de su despacho se levantó, acercándose:

—Walton Lake está esperando, señor. Viene a verle a usted…

El rostro del capitán se endureció, apretados sus dientes; sus grises ojos parecieron de acero.

—Hágale esperar media hora y luego me lo pasa —ordenó. Y entró en su despacho.

Era una gran pieza cuadrada con un ventanal que daba a la calle, cerrado el horizonte por los altos edificios de enfrente. El capitán Fulton bajó los cristales y el sordo y amalgamado ruido que llegaba de la populosa calle desapareció, quedando el despacho en un silencio que, por un instante, pareció audible.

Se sentó tras la moderna mesa y encendió un cigarrillo con ademán pensativo. Estaba preocupado y, lo que era peor, indeciso. Había abrigado grandes esperanzas al verificar la detención del pistolero de Walton Lake y veía ahora que no tendría más remedio que ponerlo en libertad por no poder probar nada contra él. Su esperanza de que el terror y el «tercer grado» soltaran la lengua de aquel hombre habían fallado, y el abogado de Walton Lake ya había presentado una requisitoria de *habeas corpus*. Tendría que dejarle libre o acusarle de algo concreto, sobre lo que hubiera alguna prueba. Pero ¿de qué podía acusarle? Al menos, ¿de qué podía acusarle con probabilidades de demostrar algo o siquiera, de

sembrar la duda entre los miembros de un jurado? Ni siquiera había tenido la buena suerte de que aquel hombre llevara un arma en el momento de ser detenido…

Alargó la mano y pulsó la palanca del dictáfono.

—Sargento Smith… ¿Qué hay del detenido?

—Todo igual, señor. Sigue mudo. El sargento Mairs está con él toda la mañana. Yo creo que ese hombre no sabe nada, señor; de lo contrario habría confesado ya, ¿no le parece? Está deshecho…

—Continúen el interrogatorio.

Fulton no escuchó ya la respuesta del sargento Smith. Sacó su reloj de bolsillo y comparó la hora con el que tenía sobre la mesa. No tenía nada que hacer por el momento, pero deseaba hacer ver a Dalton Lake que él no temblaba cuando el *gángster* se le aproximaba. Teniéndole esperando en la gala común, le demostraba cuál era su verdadera clase: un bandido de lo más bajo, a pesar de haber hecho millones y de tener comprados a muchos altos y bajos servidores de la Justicia y de la policía.

Había pasado más de la media hora cuando el agente de servicio llamó a la puerta del despacho y asomó la cabeza por el marco.

—¿Lo traigo?

—Tráigalo.

El agente asintió con un ademán y se retiró. Maquinalmente su mano derecha sujetó la pistolera, asentándola mejor sobre la cadera. Le ponía nervioso enfrentarse, aunque sólo fuera de una manera tan correcta y diplomática con el magnate que esperaba en la sala común.

—El capitán le espera, Míster Lake —dijo desde la puerta.

Aquel hombre provocaba la admiración del agente. En cierto modo, constituía un tipo a quien le hubiera gustado parecerse. Se le acusaba de un montón de asesinatos, perpetrados por su propia mano o por medio de sus pistoleros a sueldo, pero jamás se le había podido probar nada. Y él siempre se mostraba tan tranquilo, mirando a todo el mundo, incluso al capitán Fulton o al fiscal, desde la altura de su importante posición.

Si el capitán le hubiese visto de pie dando un poco la espalda a la puerta, fumando un cigarrillo parsimoniosamente, no hubiera podido pensar que aquel hombre sentía la humillación de que le hubiera hecho esperar. Permanecía ante los bancos de madera que

corrían a lo largo de las paredes como si nada de aquéllos existiera, con igual indolencia que si estuviese en uno de sus salones.

Se volvió sonriendo al agente. No era precisamente una sonrisa llena de candor. Abría los labios y mostraba las puntas de los dientes bajo la sombra perfectamente recortada de su bigote. Unos dientes blancos, tan iguales que uno pensaba inmediatamente en la merecida fama de los dentistas de Filadelfia.

Todo en él era cuidado; desde las puntas de sus zapatos de treinta dólares, hasta su pelo obscuro cuidadosamente cepillado. Alto y de anchas espaldas, el traje que vestía denunciaba las tijeras del mejor sastre de la Quinta Avenida.

Su mano enfundada en el guante de gamuza amarilla se alzó indolente hasta rozar los pétalos de la gardenia de invernadero que lucía en el ojal. El agente pensó que aquella flor no costaría menos de diez dólares.

—Vamos a ver al bueno de Fulton —dijo el individuo dando unos pasos hacia la puerta—. Seguro que estará de mal humor, como siempre.

Su voz no desentonaba de su aspecto. Era «deliberada», como si hubiera tomado lecciones de declamación y las tuviese siempre presentes. Suave, acariciadora y dura. Uno se imaginaba la voz que podría tener una serpiente si intentase convencer a un gorrión de su afecto.

El agente le abrió la puerta del despacho y se hizo a un lado respetuosamente para dejarle paso. Luego cerró, quedándose ante la puerta.

—¡Vaya tío! —murmuró admirativamente—. ¡Un hueso demasiado duro de pelar para el capitán Fulton!

Fulton no levantó la cabeza de los pliegos que leía cuando Walton Lake entró. Como si no le hubiera visto siguió leyendo, dejándole en pie.

Walton Lake sonreía mostrando sus dientes blancos y fuertes. Parecía divertido y su mirada fría se posaba sobre la nuca del capitán. Podría creerse que la consideraba un buen punto para hacer una caricia… o para descargar un golpe mortal.

Tranquilamente, el *gángster* se dejó caer con indolencia en uno de los grandes butacones que había al pie de la mesa. Sabía que Fulton estaba pendiente de él y que se ponía más furioso a cada

ademán suyo.

Como si estuviera visitando a su mejor amigo, Lake alcanzó con afectada naturalidad la caja de cigarros del capitán y sacó un puro.

Lo olió con fruición y luego hizo un gesto de desagrado arrojándolo de nuevo a su sitio.

—Le mandaré a usted una caja de «Romeo y Julieta», capitán. Esos cigarros que usted fuma son detestables. Americanos… Puaf…

Fulton pareció no oír, pero Walton Lake sonrió, mirándole cambiar de color mientras seguía con los ojos fijos en las páginas que fingía leer.

—No sabe usted fingir, amigo Fulton. Si en vez de ser usted policía fuera un bandido le cogerían enseguida. A propósito, ¿qué hay de verdad en el asunto ese del «hombre alto»? ¡Ja, ja, ja…! Vaya pájaro que debe ser. Cinco atracos en tres meses… y no consiguen echarle el guante… ¿Ha leído usted la prensa esta mañana?

Fulton levantó por fin la cabeza y clavó sus acerados ojos en los acuosos del *gángster*.

—¿Qué es lo que desea? Walton rió amistosamente.

—Es usted demasiado dramático, Fulton —dijo con leve encogimiento de hombros—. Deseo unas cuantas cosas. Por ejemplo, que detengan a ese atracador. Soy un contribuyente americano y tengo derecho a que se me proteja. Mientras ese tipo ande suelto corro el peligro de que fije su atención en alguno de mis negocios.

El rostro del capitán Fulton iba palideciendo más intensamente a medida que el *gángster hablaba*.

—¡Es usted el cerdo más cínico que he visto en mi vida, Walton! ¡Y he visto muchos cerdos!

Las bien dibujadas cejas de Walton Lake se arquearon con el mismo gesto de curiosidad que si estuviese oyendo hablar de alguna otra persona. Luego volvió a reír.

—¡Qué vehemente es usted, querido amigo! Sí —añadió con extraña mueca en sus flexibles labios—: muy vehemente… Esa vehemencia puede perderle, Fulton…

—¿Eso es… una amenaza…?

—Dramático… dramático… —rió Walton—. ¿Cómo podría yo amenazar a nadie, amigo Fulton? Yo soy un ciudadano pacífico,

incapaz de hacer daño a una mosca… aunque usted, con su mente de policía, se empeñe en ver en mí un terrible peligro para la Humanidad, ¡ja, ja, ja! Precisamente soy el hombre más pacífico que existe… Por eso precisamente me duele que maltraten de esa forma a mis pobres empleados…

En la sala de agentes, el sargento Smith estaba rodeado de media docena de policías, todos escuchaban ávidamente las voces que salían por el altavoz del dictáfono, que el capitán Fulton, distraídamente, había dejado en contacto de «transmisión» cuando hablara anteriormente con el sargento.

En los rostros de los policías se reflejaba una intensa expectación. Aquello era una emoción inesperada, pero no sorprendente. Era asombroso que el capitán Fulton, tan prolijo en muchas cosas, se olvidase de desconectar el dictáfono en una ocasión semejante. Y sin embargo, no era la primera vez que eso ocurría. Sabían el odio que Walton inspiraba al capitán Fulton y esperaban con los rostros tensos el resultado de aquella entrevista.

Por el dictáfono llegó de nuevo la voz de Walton Lake. Era su voz risueña… en cuya familiaridad latía la amenaza de una sentencia de muerte.

—Sí, amigo Fulton… Eso destroza mi sensible corazón. Un pobre e inocente hombre detenido por ser mi empleado y de que usted me tenga tanta antipatía. ¿No ve lo injusto que es?

La voz del capitán Fulton restalló con violencia.

—¡Ese hombre es un asesino, igual que usted, Walton! ¡Se siente ahora muy tranquilo, pero yo le digo que haré que se siente en la silla eléctrica!

El sargento Smith lanzó un leve silbido…

—Tiene agallas el capitán —murmuró—. Poca gente se atrevería a hablar así a Balton Lake.

Por el altavoz sonó el carraspeo de una carcajada en tono bajo. Era la risa de un hombre sin nervios, seguro de su fuerza, que permite a un niño desahogarse.

—Me temo que no va a durar usted mucho tiempo en su puesto, querido Fulton —dijo luego con tono amable y sentido—. Deja usted que un asesino ande suelto por ahí cometiendo atracos casi cada noche, y en cambio se dedica a molestar a las personas honorables…

—¡Qué tío! —exclamó el sargento. Los agentes se agitaron a su alrededor nerviosos—. ¡Qué descaro!

La voz de Walton Lake continuaba en el mismo tono persuasivo y cariñoso:

—¿Por qué no trata usted de detenerle? Deténgalo, y suelte al pobre Mike. Usted sabe que no ha hecho nada. Es simplemente un camarero que se gana la vida honradamente a mí servicio. ¡Pobre muchacho!… Estoy seguro de que le habrá sometido usted al «tercer grado». ¡Qué salvajes son ustedes, amigo Fulton!

—Usted sabe muy bien que tendré que soltarlo, Walton —contestó la voz del capitán, cortante y dura—. Sabe muy bien que su abogado ha presentado ya requisitoria de «*habeas corpus*», pero aun podré retenerlo hasta mañana. Pueden ocurrir muchas cosas en unas horas. Quizá pueda ocurrir lo necesario para acabar con su carrera de crímenes.

El altavoz quedó unos segundos en total silencio. El sargento y los agentes «sintieron» que ambos hombres se estaban midiendo con la mirada. Era como si les estuvieran viendo. Luego llegó la voz de Walton Lake, más cariñosa y persuasiva que nunca:

—Es usted muy testarudo, querido Fulton… Muy testarudo.

De los pulmones del sargento y de los agentes se escapó un hondo suspiro. Uno de ellos, un hombre de robusta complexión y cara de niño, expresó el pensamiento de todos. Su voz fue un murmullo:

—El capitán Fulton se está jugando la vida…

CAPÍTULO III

La pantalla de mesa que arrojaba su luminoso círculo sobre las alargadas hojas de papel, sumía en impenetrable obscuridad el resto de la pieza.

De fuera llegan amortiguados por las paredes algunos murmullos o apagado ruido de pasos; sólo servían para aumentar el recogimiento que reinaba en el lugar.

De vez en cuando se escuchaba el chasquido del tieso papel al doblar una de las hojas o el rasgueo de la pluma al tomar una breve nota. Las manes que aparecían bajo el corto círculo luminoso eran fuertes, de nerviosos dedos alargados.

Quedaron quietas cuando sonó el teléfono. Parecían meditar. El timbre sonó una… dos… tres… cuatro… cinco veces. Al llamar el sexto timbrazo, una de las manos cobró movimiento y se retiró del haz luminoso.

En la obscuridad sonó una voz de hombre, baja y profunda, impersonal:

—Inspector Rodex al habla.

Fue completamente audible la voz que sonó al otro lado de la línea. Parecía levemente nerviosa.

—Buenas noches, inspector. Aquí, Fulton. Quisiera entrevistarme con usted a propósito del caso Walton. Estuvo a verme esta mañana para… bueno, casi me ordenó que dejara en libertad a su hombre.

—Tendrá que dejarlo, ¿no? —contestó la voz sin matices del inspector—. Por lo visto no han conseguido que confiese nada.

La voz del capitán parecía sostener un combate entre su deseo de que sonara firme y un cierto nerviosismo que la hacía temblar.

—No, inspector, no hemos logrado nada. Pero si quiere usted presenciar el interrogatorio está aún a tiempo. Si no confiesa en lo

que queda de noche tendremos que ponerle en libertad.

Pausadamente, el inspector Rodex echó una mirada al expediente que tenía bajo la luz de la pantalla.

«Walton Lake, americano, cuarenta años, detenido en California por librar apuestas ilícitas sobre las carreras. Puesto en libertad por falta de pruebas. Acusado de asesinato en Saint Louis, en una casa de juego. Puesto en libertad por falta de pruebas. Presunto culpable de la carnicería de Saratoga, en que fueron asesinadas seis personas. Puesto en libertad condicional por su abogado y sobreseída la causa posteriormente por falta de pruebas… Dueño de tres *cabarets* en Nueva York y jefe de una banda de *gangsters*. En contacto directo con desconocidos altos jefes de la Policía. Sin pruebas. Acusado del asesinato de Vera Duluth y de tráfico en estupefacientes… Pendientes de la declaración de Mike Row…».

—Voy a ir, capitán. Llegaré dentro de unos minutos. Déjelo descansar hasta entonces.

Colgó el teléfono. Se oyó el ruido del cajón al cerrarse después de meter en él el expediente que estudiaba y el del sillón al hacerse hacia atrás.

Después, la pantalla se apagó. Cuando se abrió la puerta del cuarto y se recortó contra la luz exterior la alta silueta del inspector Rodex, el teléfono volvió a sonar.

El inspector se detuvo en el marco de la puerta, entornándola, pero sin dar un paso hacia el teléfono. Contó las llamadas. Una… dos… tres… El teléfono calló.

Tranquilamente, el inspector Rodex siguió esperando. No fue mucho tiempo. El timbre del teléfono volvió a sonar aislado en la total obscuridad que reinaba en la pieza. De nuevo contó el inspector.

«Uno… dos… tres…».

El teléfono cortó. El inspector Rodex abrió definitivamente la puerta y salió.

Saludó con un ademán a los dos agentes que había en el amplio palillo y se detuvo ante el ascensor, apretando el botón de parada. Poco después, el aparato se detenía en aquel riso y la puerta se abría. Rodex entró contestando maquinalmente al saludo del policía que accionaba el ascensor. Había dos o tres personas.

Salió del edificio y cruzó hasta la playa de aparcamiento donde

tenía su coche estacionado. Era un «Nash» moderno, de color gris.

Condujo sin prisa hacia Centre Street.

Era aquélla una buena oportunidad. Ésa, o… Bien, aun le quedaba una carta en el hueco de la manga. No era muy legal, pero estaba convencido de que iba a ser la única que sirviera. Sólo que era preciso ir con mucho cuidado, si no quería dar un paso en falso y que se le echase encima Washington entero.

¿Quién informaba a Walton Lake de los pasos que se proponía dar la policía? ¿Quién le proporcionaba las coartadas o quién obstruía el paso de la Justicia para lograr siempre que Walton Lake fuera exculpado por falta de pruebas…?

Si pudiera contestar a esas preguntas, el inspector Rodex del F. B. I, no necesitaría más para ordenar un auto de prisión y condenarle a la silla eléctrica.

¿Sospechas…? A montones. Posiblemente, incluso de muchos inocentes. Pero ¿a qué tribunal se le convence con sólo sospechas? Se necesitaban pruebas…

El «Nash» se detuvo frente a la Jefatura de Policía y Rodex bajó, cruzando la calle.

Era un hombre de recia contextura y rostro hermético. Vestía con corrección, pero sin amaneramiento.

En vez de subir las anchas escaleras hacia el despacho del capitán Fulton, se metió por un obscuro pasillo y dobló al fondo.

—El capitán Fulton me está esperando en el calabozo —dijo al agente que le interceptó el paso—. Soy el inspector Rodex, del F. B. I.

No tuvo que dar más explicaciones. El paso le fue franqueado y poco después se encontraba en los sótanos de la Jefatura. Un angosto pasillo de hormigón le condujo tras el agente hasta una puerta forrada de hierro.

Delante de ella, dos agentes estaban de servicio. Se cambiaron unas palabras y la puerta giró sobre sus goznes para dar paso al inspector.

Desnudas paredes de cemento. Una tabla de madera donde un hombre yacía derrumbado. Varias sillas maltratadas en las que se sentaban varios agentes de policía, en mangas de camisa, flojas sus corbatas kaky. Un fuerte foco sobre un trípode, que en aquel momento no servía para nada.

El inspector Rodex abarcó la escena de una ojeada. Vio al sargento Mairs, fuerte y robusto como un oso, asomando bajo la camina arremangada la pelambre de sus brazos, que se inclinaba sobre el hombre tratando de reanimarle.

En una silla vecina estaba sentado el capitán Fulton. Se levantó al verle aparecer y le tendió la mano, haciendo un gesto de negación.

Rodex se acercó al individuo que yacía sobre la tabla y le puso una mano sobre el hombro.

—Vas a salir malparado, Mike. —Esta vez, Walton no podrá protegerte. Se le ha negado la requisitoria de «*habeas corpus*». El F. B. I, ha presentado una acusación concreta contra ti; no puedes imaginarte cuál es…

El cuerpo, al parecer exánime, de Mike continuó desmadejado. Era como un guiñapo sin fuerzas, como si una apisonadora lo hubiera machacado. Su rostro, hundido entre sus brazos doblados, era invisible para el inspector Rodex.

—Te vas a sorprender cuando te lo diga, Mike —rió Rodex casi divertido—: Trata de blancas.

—¡Eso es falso! ¡No podrán probar…!

Había sido una reacción violenta. El mismo Mike se dio cuenta de ello y volvió a dejarse abatir sobre la tarima, como si el esfuerzo hecho para protestar hubiera sido excesivo.

Los ojos impasibles del inspector Rodex relucieron apagadamente cuando se volvió al capitán Fulton con una ambigua sonrisa en su boca firme.

—¿Desde cuándo le están aplicando el «tercer grado», capitán?

Vio los rostros del sargento, del capitán Fulton, de los dos agentes que se encargaban del interrogatorio.

—Desde hace tres días…

—Hay que reconocer que este hombre posee una resistencia extraordinaria —dijo suavemente—. Nadie creería viendo su cuerpo estragado por el vicio, que pudiera aguantar tanto y conservar aún semejantes energías… ¿Se han encargado ustedes del interrogatorio, sargento?

—Sí, señor —contestó el sargento Mairs con una mirada poco amistosa.

—Está bien. Quisiera presenciarlo de nuevo, si usted me lo

permite, capitán.

—Desde luego que sí. Empiece, sargento.

Parecía imposible que aquel pelele pudiera soportar más tiempo el terrible interrogatorio. Las manazas de Mairs cayeron sobre él levantándolo en vilo como si fuera un trapo viejo y lo arrojó violentamente sobre una silla.

Mike parpadeó. Sabía lo que le esperaba. La luz central se apagó y el foco lanzó su potente haz blanco sobre los cegados ojos del detenido.

—No tenéis derecho… —Tuvo apenas fuerzas para protestar—. Quiero ver a mí abogado…

—Tu abogado, ¿eh? ¡Toma, para que tengas algo que contarle!

Rodex presenció impasible el terrible manotazo que Mairs acababa de asestar al detenido. Luego, incesante, sin dejarle reaccionar, uno tras otro, los agentes empezaron a fulminar sus preguntas entre golpes y violentos empujones.

—¿Dónde estabas cuándo asesinaron a Vera Duluth?

—¿Quién estaba contigo?

—¡Contesta!

—¡Contesta, cerdo!

Uno tras otro, en interminable sucesión, el sargento y los agentes proseguían su interrogatorio.

Mike, medio derrumbado en la silla, soportaba los manotazos y los insultos sin proferir una palabra.

—¿Quién disparó sobre ella?

—¡Te arrancaremos la piel, Mike! ¡No saldrás de aquí hasta que no confieses!

En la penumbra que reinaba en el resto del calabozo, Rodex advirtió la expresión concentrada del capitán Fulton. Estaba pendiente de las palabras del detenido, como si quisiera escucharlas antes de que salieran de sus labios. Sin darse cuenta de la vigilancia a que lo sometían, Fulton dejaba al descubierto la ansiedad que le consumía. Cada vez que el detenido abría la boca como si fuera a hablar, el recio cuerpo del capitán Fulton se echaba hacia delante.

Tranquilamente, Rodex encendió un cigarrillo. Se desentendía del interrogatorio observando más las actitudes de los policías que la del detenido. En sus labios, invisibles en la obscuridad, había una sonrisa imperceptible, indescifrable.

Mike, soportado más por los continuos manotazos que recibía que por sus propias fuerzas, caía de uno a otro lado según quien, le golpeaba, Sus ojos estaban cerrados, incapaces de resistir la cegadora luz de la pantalla.

Echando una bocanada de humo, el inspector Rodex ordeno con voz completamente incolora:

—Desnúdenle la espalda y el pecho.

El detenido abrió los ojos ahora tratando de penetrar las sombras y ver al inspector. Había en su mirada la expresión de una fiera acorralada, pero el brillo de sus iris no era el de un hombre deshecho.

—¿Desnudarlo?

El sargento y los agentes titubearon, dirigiendo una mirada al lugar donde se hallaba el capitán Fulton. Tardó un poco en dejarse oír su voz:

—Hagan lo que dice el inspector.

—Sí, señor.

Sobre el pecho y la espalda de Mike cayeron tres pares de zarpas. Se bamboleó entre ellas como un muñeco, sintiendo que le arrancaban las ropas a girones hasta que su busto quedó descubierto.

Era un hombre flojo, sin musculatura. Su pecho recordaba el de un perro famélico, el de uno de esos perros que se ven husmeando entre la basura siempre alerta sus ojos para huir, y que sin embargo, imponen a veces haciéndonos preguntar si estarán rabiosos.

La luz del reflector le inundó de blanco. No había en su piel el menor rasguño ni la menor contusión.

La voz grave del inspector Rodex no reveló ninguno de sus pensamientos, sin embargo, en los ojos de los agentes, a los que llegaba la luz del foco, se leía el temor de una reprimenda.

—No eres muy fuerte, Mike. Ni creo tampoco que poseas tanta entereza como pareces demostrar. Al contrario, creo que eres perro sarnoso y cobarde. Y vas a confesar. Lo que te dije antes, de acusarte de «trata de blancas» no era cierto, aunque me sería fácil conseguir un par de declaraciones y condenarte a cinco años por eso. Pero busco una pieza más grande que tú, Mike, y me las vas a señalar.

Se daba cuenta Rodex de que todos los presentes estaban

pendientes de sus palabras.

Rió apagadamente, diríase que impíamente.

—Traiga un vergajo, sargento.

Esperó entre la expectación de todos a que se cumpliera su orden. Cuando el sargento llegó de nuevo, colgando de su mano el terrible vergajo de goma y cuero trenzado, Rodex continuó con la misma voz impasible.

—Fíjate en la corpulencia del sargento, Mike. Debe pesar lo menos doscientas libras. Y el vergajo tiene alma de plomo. ¿Cuántos resistirás, Mike? ¿Te has fijado lo flojo que es tu escuálido pecho?…

Hizo un silencio momentáneo encargado de dar al detenido tiempo para meditar sus palabras.

El corpulento sargento estaba parado junto al foco con los pies separados, la formidable porra sujeta en su manaza de orangután, como una estatua de granito.

Los cobardes ojos de Mike fueren de él a las sombras de donde salía la voz. Era una mirada huidiza, como la de una rata que no encuentra su agujero y se ye acorralada.

—¡No puede hacerlo! —masculló—. ¡No tiene derecho! ¡Le costará caro! De nuevo rió Rodex.

—¿Derecho? ¡Qué tontería! ¿Quién habla de derechos? ¡Amárrenlo!

Fue inútil que se resistiera, aunque ello demostró a Rodex que el preso no estaba agotado. Volviéndose a medias hacia el capitán Fulton, que estaba a su lado, el inspector murmuró como si estuviese sorprendido:

—¿No es asombroso…? Parecía agotado, y ¡hay que ver las energías que le quedan después de tres días de sufrir el «tercer grado»…!

—Sí… —murmuró Fulton opacamente—. Es… asombroso… No puedo comprenderlo…

—Bah, capitán, no se preocupe…

Miró al pistolero, que había sido amarrado contra la pared y mostraba su raquítica espalda desnuda, tan limpia como si acabara de bañarse y darse un masaje.

—No se preocupe usted por nada, capitán Fulton —siguió diciendo Rodex—. Ya he hablado con el forense, y el certificará la muerte como «accidental»… en caso de que ocurra. Yo asumo la

responsabilidad…

Había hablado lo suficiente alto para que el rufián pudiera oírle aunque se dirigía al capitán. Ahora habló directamente al *gángster*:

—Tú estabas presente cuando asesinaron a Vera Duluth, Mike. Vas a confesar. Y no esperes piedad de mí porque, por mi parte, de buena gana mataría a golpes a todas las ratas cobardes como tú. Tienes una sola posibilidad de escapar de esto: ¡Hablar! Si hablas, te protegeremos contra Walton; si no hablas, no habrá nadie que pueda protegerte contra mí.

Se volvió ligeramente hacia el forzudo sargento.

—¡Va a pegar usted con toda su alma, sargento! —dijo seca y autoritariamente—. ¡Yo le estaré vigilando! ¡Y va a pegar usted hasta que «cante» o hasta que lo mate! ¡Empiece!

—¡Un momento!

El sargento, que ya levantaba el vergajo después de haber vencido cierto titubeo, se detuvo.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó la voz del inspector Rodex —. ¿No está usted de acuerdo con mi orden?

—¡No se lo permita, Fulton! ¡No se lo permita o lo pagará usted caro! —aulló el pistolero histéricamente, retorciéndose entre sus ligaduras—. ¡No tienen derecho! ¡No pueden golpearme!

—¿Qué decía, capitán…?

—Bueno, Rodex… Yo creo… No es legal arrancar una confesión valiéndose de un vergajo…

—Si usted no lo autoriza, no se hace… —dijo Rodex con voz extrañamente velada—. Usted es la máxima autoridad aquí. Y en ese caso pediré el traslado del detenido a los cuarteles del
F. B. I.

No era posible descubrir a través de las sombras que le envolvían la expresión del rostro del capitán Fulton. Pero era claramente perceptible su indecisión. Por fin pareció convencerse de algo que le atormentaba y volvió a tomar la palabra.

—Haga lo que crea necesario, inspector Rodex.

—Bien, sargento… ¡Adelante basta que yo diga!

—¡¡¡Nooo!!!

La verga silbó en el aire del estrecho calabozo; el cuerpo del sargento se tendió con todos los músculos tirantes, alcanzó su máximo desarrollo y de nuevo se oyó el silbido lúgubre de la tralla.

Y el vergajo, grueso como la muñeca de un hombre, se estrelló con sordo ruido de huesos machacados contra la flaca espalda del hombre.

Cuando resbaló hacia abajo, un terrible costurón de sangre y carne destrozada apareció cruzando la piel lechosa del pistolero.

Un aullido como el grito de una mujer enloquecida surgió de los labios espumeantes de Mike y una terrible contracción agitó su miserable cuerpo.

Los dos agentes, iluminados apenas por los escapes del foco, contrajeron sus rostros como si ellos mismo hubieran recibido el golpe brutal.

Y el sargento volvió a tender su potente musculatura levantando el vergajo ensangrentado.

Los aullidos del pistolero llenaron el calabozo, temblando entre las gruesas paredes de cemento. Eran gritos inarticulados en los que vertía todo el mísero y cobarde temple de su alma de reptil.

Ya no tenía fuerzas para amenazar. Sólo aullaba como perro enloquecido.

Y el vergajo se estrelló de nuevo, dibujando con sangre su trenzado de cuero sobre la espalda del asesino.

—Vas a morir, Mike —sonó impasible la voz del inspector Rodex mientras el sargento, amedrentado, levantaba de nuevo el terrible látigo—. Vas a morir aquí mismo. Cuando el abogado de Walton quiera llevársete sólo encontrará un poco de carroña.

¡Crrasss…! Se estrelló de nuevo el grueso vergajo, amenazando partir todos los huesos del estrecho tórax.

Se oyó un estertor. Después, angustiada, deshecha, la voz del pistolero demandó clemencia.

—¡Pare! ¡Pare…! ¡Hablaré!…

El sargento se detuvo con la verga en alto, llena de aprensión su torpe mirada, al lado del inspector Rodex, el capitán Fulton se agitó extrañamente. Los dos agentes se echaron hacia adelante maquinalmente, como si quisieran estar seguros de que el pistolero había dicho que hablaría.

—¡Bien. Mike, empieza!

—Soltadme…

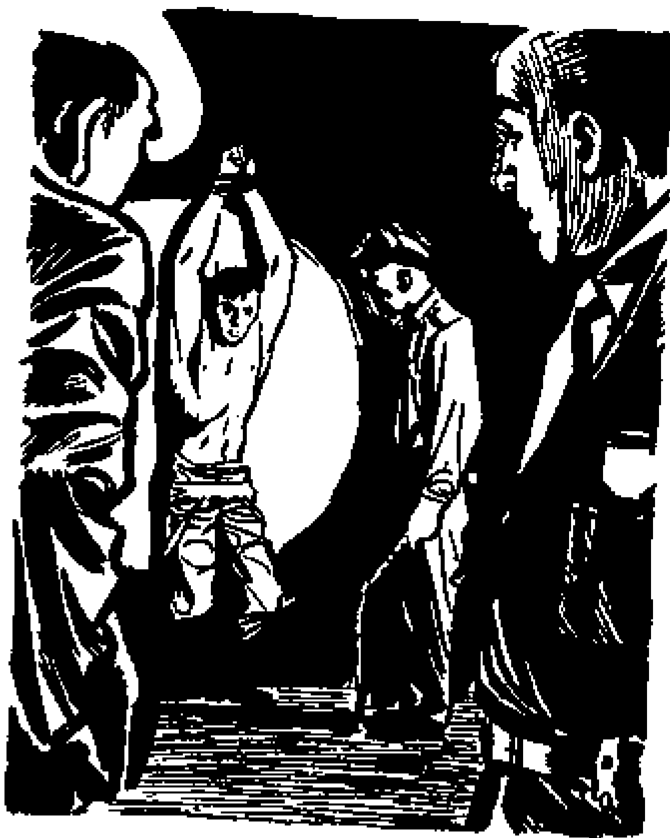
—Empieza o sigue la paliza. ¡Habla! ¿Quién mató a Vera Duluth?

Hubo un estertor, un postrer movimiento de indecisión claramente perceptible en la contracción de la espalda del hombre. Luego, la voz de Mike Row dijo claramente:

—Fue Walton Lake. Yo lo vi. Estaba delante —jadeó casi sin resuello—. Él la había arrancado de su casa… y la acostumbró a tomar… morfina… Decía… que… cuando estuviese completamente hundida… en ese vicio… se le quitarían, aquellos aires de superioridad… Porque… Vera Duluth… era de una buena familia…

—Sigue, Mike. ¿Por qué la mató?

El aire enrarecido del lúgubre calabozo, parecía cuajado de fúnebres amenazas. El capitán Fulton no se movía, hundido en la sombra; el sargento, igual que los dos agentes, tenían el miedo pintado en el rostro.



—¿Por qué la mató, Mike? Dímelo.

El pistolero respiró agitadamente, casi sin fuerzas para seguir. La sangre que brotaba obscura, como podrida, de los verdugones dejados por la terrible verga, corría negruzca y espesa manchando sus pantalones.

—Walton la echó. Cuando se cansó de ella la echó a la calle… Entonces tomó a Ginger… la que tiene ahora… Pero se le metió en la cabeza que Vera Duluth le iba a denunciar… Le dio una cita…

—Y qué más, Mike…

—La mató a tiros. Luego… la tiró… al Hudson.

Un sobrecogedor silencio siguió a las últimas palabras del prisionero. Luego, otra vez sonó su voz apagada, casi llorosa, histérica:

—¡Me matará! ¡Me matará por esto!

—Suéltenlo. No te matará. Nadie sabrá lo que has declarado. Walton irá a la silla eléctrica. Tú estarás aquí hasta que se celebre el juicio para que vuelvas a declarar como testigo. Déjenle que descanse. Usted, capitán Fulton, se encarga de esto personalmente, ¿verdad?

—Sí —contestó Fulton con extraño y lejano acento—. Personalmente…

CAPÍTULO IV

Nadie hubiera podido encasillar aquella gente, a primera vista, en determinada clase social. Aunque igualados por sus ropas y vestidos de etiqueta o por el excelente corte de sus trajes de calle, los hombres y mujeres que llenaban el *cabaret* ofrecían sorprendentes contrastes.

Walton Lake, indolentemente recostado contra el quicio de la puerta que daba a las dependencias interiores, parecía examinarlos con una mirada incolora, acariciándose distraídamente el negro bigote con las yemas de dos dedos.

Le producía un íntimo placer contemplar aquella mezcla. Por ejemplo, «Steady». Rock, con su inconfundible aspecto de cargador de muelle, luciendo petulantemente una flor en el ojal de su «*smoking*», con aquella sonrisa como grabada en su ancha y sádica cara y sus manos de labriego… Walton Lake casi podía distinguir a aquella distancia el bulto de la automática de «Steady» bajo su brazo izquierdo. En aquel momento reñía duramente a un camarero por su poca diligencia en servir a aquella muchacha… ¿Quién sería…? Era la primera vez que Walton Lake la veía por sus dominios y tampoco había visto nunca a aquellos dos tipos que la acompañaban…

«—Pájaros de la buena sociedad…», pensó Walton.

Era la clase de clientes que prefería. No tardaría mucho en acercárseles Smiles con su estereotipada sonrisa y les daría un «discreto» recado…

Walton Lake se sabía de memoria la expresión que ellos pondrían. La muchacha alzaría sus cejas con elegante interés; ellos sonreirían discretamente demostrando que «estaban al cabo de la calle». Luego los tres seguirían a Smiles al interior, a la otra sala

donde sólo tenían acceso los «elegidos»…

En aquel momento, Peggy, someramente vestida con su fino pantaloncito de seda negra que se le ceñía a las caderas como una piel, la malla de sus medias sujeta en los muslos por las escandalosas ligas encarnadas y mal cubierto el busto artificiosamente pujante por el breve bolero cubano, se inclinaba ante la muchacha mostrando la canastilla de flores.

Walton Lake sólo concedió una indiferente mirada al hermoso y provocativo cuerpo de la morena. En cambio observó perfectamente la mirada con que los dos hombres la envolvían, mientras ella mostraba sus dientes blancos entre la rabiosa grana de sus labios gruesos.

Todo iba bien. Cada uno cumplía con su obligación…

La orquesta tocaba una rumba sincopada, los camareros, que parecían haber sido elegidos por sus caras patibularias, pasaban entre el aglomerado público llevando en alto las bandejas. La gente bailaba frenética, retratadas en sus semblantes la alegría histérica y artificiosa del alcohol y la excitación.

Era preciso ser un psicólogo como Walton Lake para poder apreciar lo que allí ocurría. Cualquier otra persona hubiera considerado imposible que el público elegante pusiera de moda el «The Black Hole», abierto en pleno corazón de Harlem.

Pero Walton Lake conocía a la gente, conocía sobre todo el colosal tedio que invadía a aquella gente de la Gran Sociedad, harta, vacua, sin grandes deseos y sin grandes pasiones. Y sabía que la morbosa curiosidad de aquellos jóvenes, hombres o muchachas, que siempre habían vivido en esa atmósfera donde todo está medido de antemano, acabaría por empujarlos a su «Agujero Negro», precisamente por la misma razón que debiera apartarlos: porque se sabía que el dueño de aquello era Walton Lake, acusado varias veces de asesinato y conocido como jefe de una banda de *gangsters*.

Lo que Walton Lake había previsto acababa de ocurrir: el nerviosa y sonriente Smiles se inclinaba ante la muchacha con reverencia aprendida en el cine y decía algo.

La joven enarcó las cejas. Indudablemente, a pesar del irreprochable «*smoking*» de Smiles no le consideraba mucho más que a un criado vulgar. Miró luego a sus dos acompañantes, que

sonrieron mundanamente. Después la elegante muchacha se puso en pie, esperando que la ayudaran a cubrir sus bellos hombros con su capa de marta.

Walton sonrió suavemente, como podría sonreír un tigre viendo aproximarse una víctima. Dio media vuelta y penetró por la puerta en que se apoyaba.

El decorado cambió. A través del invisible altavoz empotrado en el muro, llegaba amortiguado el ruido del baile y la melodía de la orquesta. Pero nadie en aquella sala les prestaba atención.

La gente no se agitaba allí frenéticamente. Por el contrario, sus movimientos eran reposados, casi estudiados. Los negros «*smokings*» tenían un aire diplomático y los hombres y mujeres rodeaban las mesas sin una sonrisa.

Sin embargo, para los ojos agudos de Walton sus semblantes no diferían gran cosa de los que estaban fuera. No reían histéricamente, no saltaban como locos sacudidos por la música de los negros, no bebían derramando los licores aturdidamente, pero exhibían las mismas arrugas en sus rostros hastiados, un poco más cansados tal vez que el de las personas que bailaban en la pista del salón exterior.

Por la puerta del otro extremo apareció Smiles acompañando a los tres visitantes. Walton se dirigió despacio hacia la mesa que habían elegido y quedó un poco detrás examinando a la muchacha.

Era una elegante mujer de apenas veintitantos años, fresco y limpio su bello rostro. El broche de brillantes que lucía a un lado de su escote podría valer treinta mil dólares… Smiles les entregaba fichas…

Walton recorrió la fina línea de su cuerpo cuando ella se inclinó un poco hacia delante para depositar las fichas sobre el tapete verde. Una elegante mujer… más elegante que Vera Duluth… mucho más elegante…

Una voz de mujer sonó en sus oídos:

—No la mires tanto, Walton… Está demasiado alta para ti…

Miró de soslayo mientras sus labios se entreabrían con la cínica sonrisa que dejaba visibles las puntas de sus dientes de carnívoro.

—¿La conoces, Ginger…? —preguntó runruneando una risa, sin dejar de acariciar su fino bigote.

La platinada y sensual rubia alzó sus desnudos hombros en una

mueca de desdén.

—Anna McRedlex, la hija del millonario… Ya te digo que está demasiado alta para ti, Walton… Y… te advierto que yo no soy Vera Duluth…

Walton la miró como si la desnudara. Luego rió sorda y apagadamente, sin el menor signo de excitación.

—No te pongas pesada, Ginger… Y no me hables de esa pobre muchacha…

¡Pobrecilla!… Es una pena que acabara así… ¿Qué es eso…?

Miraba un sobre oblongo que Ginger tenía en la mano. Ella se lo entregó.

—Lo han traído para ti.

Lo cogió con la faz trasmutada. En sus ojos acuosos había una mirada de crueldad, helada, dueña de sí. Sin hacer más caso de Ginger atravesó el gran salón y penetró en un despacho.

Al cerrar la puerta a sus espaldas todo ruido cesó en el interior. Era un despacho espesamente alfombrado, con una mesa ante el lienzo frontal de la pared y varios sillones alrededor.

Se detuvo ante la mesa y rasgó el sobre, sacando un pliego que al primer instante pareció en blanco. Pero al desdoblarlo se vio en el centro una sola línea.

Estaba escrita a máquina y no llevaba firma. Decía simplemente, escuetamente:

«Mike Row ha confesado».

* * *

Eran las dos de la madrugada cuando los tres negros sedans y el gris «Nash» se detuvieron en la calle Ciento Cuarenta bajo el discreto letrero luminoso del «The Black Hole».

Rápidamente hubo un despliegue de fuerzas. Dos agentes cubrieron las esquinas con las metralletas bajo el brazo, mientras el capitán Fulton y el inspector Rodex, seguidos de media docena de agentes, hacía irrupción en el edificio.

La calle estaba silenciosa. Al otro lado, una larga fila de coches

demostraba que la concurrencia del nocturno *cabaret* era abundante, pero del interior no salía ninguna señal de vida.

Los hombres penetraron deprisa, sin detenerse a mirar. No vieron al portero ni ser viviente en el largo pasillo que daba al interior.

Cruzaron silenciosa y velozmente, y atravesaron un mal iluminado patio. Entonces llegó a sus oídos el apagado murmullo de una orquesta.

El inspector Rodex se detuvo ante la barnizada puerta que se abría al patio y miró atrás.

—¿Han rodeado el edificio?

—En la parte de atrás está el sargento Smith con seis agentes. No hay peligro de que nadie escape.

—Vamos, entonces.

Apretó el timbre y esperó. Tras él, los agentes empuñaban sus armas dispuestos a entrar en acción en cualquier momento.

La puerta se abrió, apareciendo el rostro de un hombre de mala catadura, sonriente y amable. Abrió unos grandes ojos y rió con voz cavernosa.

—¡Hombre, si es el capitán Fulton y sus muchachos! Pasen, amigos, y tomarán una copa.

No hubiera sido necesaria su invitación. Sin una sonrisa que iluminase su frío rostro, el inspector Rodex empujó la puerta grande.

—Registren a este individuo —ordenó secamente—. Si lleva armas, deténganlo.

Vamos a dentro.

—¿Armas…? —protestó risueñamente el pistolero—. ¡Qué absurdo! Walton Lake no nos permite que usemos ninguno de esos chirimbolos. Dice que es peligroso. ¿Armas?

¡Qué absurdo!

Ya Rodex y Fulton entraban en la sala. Al principio, nadie advirtió la presencia de la Policía. Después, un movimiento más de curiosidad y expectación que de temor corrió por entre los concurrentes.

Rodex cruzó entre ellos sin concederles una mirada. De sobra conocía la clase de gente que podía encontrarse allí. Millonarios aburridos y estragados, algunos jóvenes guiados por una malsana

curiosidad, y *gangsters* disfrazados de caballeros… ¡Puaf! ¡Gentuza!

Sin atender la melosa cortesía de Steady Rock que les salía al encuentro como un anfitrión que recibe una agradable visita. Rodex siguió derecho hacia la puerta interior. Probó el picaporte y lo halló cerrado. Entonces retrocedió.

—Un momento, señor… —pidió Steady melifluamente, adelantándose.

Pero ya Rodex avanzaba de nuevo. Lanzó el pie horizontalmente y la puerta saltó como reventada.

Entró. En su rostro hermético no había ninguna expresión. Respaldado por los cuatro agentes que le seguían, se detuvo abarcando el salón con la mirada.

—Nada… —dijo Fulton a su lado—. Un salón cualquiera… No sé qué puede hacer esta gente aquí…

Rodex no contestó. Su mirada estudió a cada uno de una ojeada. Se detuvo sobre el desagradable y sonriente rostro de Smiles y pasó a la muchacha que estaba a su lado.

Con lentos y directos pasos avanzó hacia ella y se paró a media yarda mirándola a los ojos sin ninguna simpatía. Conocía el tipo. Alguna muchacha podrida de dinero, sin saber qué hacer con su estúpido tiempo, buscando emociones sin meditar en los pasos que daba.

Tenía los codos doblados y la mano cerrada abarcando algo. Rodex la miró tan heladamente, que su mirada fue como un insulto.

—¡Eh, oiga! —intervino jactanciosamente uno de los dos pollos que había a su lado—. ¡Qué demonios le pasa!

Rodex le echó una seca mirada antes de volver a clavar sus ojos en los de la muchacha.

Ella sonreía desde la altura de su seguridad, Ella era alguien…

Levantando su mano, Rodex le cogió la suya sin ninguna contemplación y le obligó a abrirla a la fuerza.

—¿Cómo se atreve?

Pero no tuvo necesidad de contestar; de la palma abierta brutalmente, de ella, rodaron al suelo varias fichas redondas, nacaradas, con un fino circulito dorado en el centro.

Rodex no se molestó en inclinarse para verlas mejor. De sobra las conocía. Se volvió a Fulton:

—Creí que el juego estaba prohibido en el Estado de Nueva York

—dijo apagadamente. Smiles interviene rápidamente.

—Aquí no se juega —aclaró melifluamente con su estereotipada sonrisa—. No comprendo cómo puede tener esas fichas la señorita…

Con una sola mirada, Rodex le colocó en su verdadero lugar: el de un nauseabundo y sucio escarabajo.

—Cachéenlo.

—¿Con qué derecho? Yo soy un ciudadano honrado…

Pero no se detuvo a resistir. Las manos de los agentes cayeron sobre él y lo palparon en un momento milímetro a milímetro.

—No lleva armas.

—¡Dónde está tu jefe!

La elegante y morbosa concurrencia se había arremolinado alrededor. A los oídos de Rodex llegaba algún comentario que le daba náuseas…

—¡Qué emocionante…! Un «raid» de la Policía… No creo que consigan nada contra Walton…

La bella muchacha a quien había obligado a abrir la mano se desentendía de él principescamente; sus dos acompañantes sacaban el pecho…

Smiles acentuó la fea mueca de su sonrisa.

—Si están preguntando por Walton Lake… Ahí lo tienen…

Efectivamente, Walton avanzaba hacia ellos por entre la gente. Inmaculado dentro de su perfecto *smoking*, luciendo una blanca flor en el ojal y una mundana y diplomática sonrisa en los labios, se acercó a ellos.

—¡Vaya, qué satisfacción! ¿Viene usted a devolverme mi vista de esta mañana, amigo Fulton? ¿Tomarán una botella de Pomery conmigo?

No hacía ningún caso de Rodex.

—Esta mañana le prometí enviarle a la silla eléctrica —dijo Fulton con voz sorda—. Ha llegado el momento.

La muchacha de las fichas perdió por un instante su indiferente aspecto y les miró. En sus grandes ojos curiosos y rasgados había una expresión de horror. Los dos muchachos la cogieron del brazo galleando.

—No te preocupes, Anna. Estos polizontes son muy amigos de dramatizar… para darse importancia.

Galló al recibir sobre sí la fría mirada de Rodex. Walton Lake

sonreía.

—No le comprendo, querido Fulton —dijo sibilinamente—. ¿Quiere usted asustar a mis invitados?

Rodex pensó que cada «invitado» se dejaría allí aquella noche de quinientos a mil dólares… y en noches sucesivas, quizá se dejaran algo más… Quizá se dejaran también el honor, la vergüenza… y la vida.

En su mano, como por arte de magia, apareció una pistola de reglamento.

—¡Queda usted detenido por el asesinato de Vera Duluth! —dijo heladamente—. ¡Espósenlo!

Por unos segundos, las palabras del inspector Rodex fueron seguidas de un silencio angustioso. Era como si el medio centenar de personas allí reunidas hubiera dejado de respirar. Después, aislada y tranquila, completamente burlona y deliberadamente amable, sonó en la sala la carcajada de Walton Lake.

—Dramático… dramático… dramático…

Fulton dio un paso hacia delante con los puños apretados, pero Walton no retrocedió a pesar de hallarse indefenso. Sólo en sus ojos sin color hubo una breve llamita, burlona, risueña…

—Déjelo —sonó la voz de Rodex conteniendo a Fulton—. Tendremos tiempo en la Jefatura…

—Harán mejor en ir pensando en otra cosa —rió tranquilamente el *gángster*— Avisa a Lewis, Smiles… Mi abogado les dirá «qué cosas no pueden ustedes hacer», y tendrá que explicarme a qué viene esta tonta broma, capitán Fulton. ¿Ha oído hablar de «un hombre alto»? Sigue cometiendo atracos mientras usted se dedica a molestar a ciudadanos pacíficos y honrados…

Fulton enrojeció. Era claramente visible el esfuerzo que tenía que hacer para no arrojarse contra el *gángster* y machacarlo allí mismo.

—¿Qué le parece si registramos todo esto, Rodex?…

—No encontrarán nada, pero háganlo… Vamos, Walton. Esta vez le va a ser difícil escapar.

Walton levantó las manos esposadas y rozó con las yemas de los dedos los pétalos de la flor. Se volvió a la muchacha que estaba un poco detrás de él, a un lado:

—¿*Miss* Anna McRedlex, verdad? Lamento que la primera vez

que usted visita mi casa sea molestada tan desconsideradamente por estos polizontes… —Sonreía consciente de la rara perfección de su rostro—. Me alegraré también de volverla a ver a usted por aquí… y también a ustedes, caballeros… Hoy es martes… ¿Qué les parece venir el jueves? Tendría mucho gusto en invitarles a una copa de champaña… ¿Vendrá usted, *Miss* Anna?

La muchacha admiró la sangre fría de aquel hombre, pero se estremeció ante la idea de beber con él. Miró a sus acompañantes como pidiéndoles ayuda.

—Es inútil que piense usted, señorita —dijo con frío desprecio —. Walton ha tomado champaña por última vez en su vida. Jamás volverá a pisar este lugar ni tampoco la calle.

Walton siguió mirándola:

—La espero a usted. No lo olvide… Pasado mañana por la noche…

Después se volvió al capitán Fulton y a Rodex con el mismo gesto despreocupado y elegante que si se hallara entre excelentes amigos.

—Cuando ustedes gusten…

Giró para salir. Sus ojos se encontraron con los de la platinada y ondulante mujer que estaba al fondo, recostada contra la pared.

Sonrió suavemente. También ella sonrió. Estaba tranquila, satisfecha, encantada.

Ya no tenía celos de aquella muchacha morena que lucía en el escote un broche de treinta mil dólares…

* * *

El capitán Fulton durmió pocas horas aquella noche. Iba a retirarse de Jefatura, en cuyos calabozos quedaba Walton Lake perfectamente custodiado, cuando recibió la llamada telefónica del fiscal.

Tuvo que reunirse con él. Al parecer, el caso se presentaba ahora perfectamente claro y la condena de Walton Lake era indiscutible. Había un testigo de vista contra él, y el testigo, uno de sus hombres de confianza, había declarado.

Sólo faltaba ya que se viera el juicio y que el testigo volviera a decir ante un Jurado lo que dijera ante él y el inspector Rodex en el

calabozo.

Había tenido sólo un par de horas para descansar, pero se encontraba fresco. Sin embargo, los hombres a sus órdenes, que le conocían bien, veían en su rostro señales evidentes de preocupación que en vano el capitán se empeñaba en ocultar.

No era sorprendente. El cansancio…

Al llegar aquella mañana a la jefatura su reloj marcaba escasamente las siete de la mañana. Tenía muchas cosas que hacer…

Cogió el sobre lacrado que le entregaba el agente de servicio y se sentó a su mesa después de cerrar la puerta con llave. Se cercioró de que el dictáfono estaba desconectado y una apagada y fatigada sonrisa voló por sus labios como si recordara algo que le satisfacía.

Con ayuda de un cortaplumas de acero rasgó el sobre de recio papel blanco. Los lacres estaban intactos, cuidadosamente sellados.

Del interior extrajo un pliego escrito a máquina, y un trozo de papel doblado.

Lo leyó. Llevaba el membrete de la Jefatura de Policía de Jersey City y lo firmaba el teniente Peale.

> *«Conforme con sus deseos, le acompaño los últimos y únicos descubrimientos hechos en el caso del "Hombre alto". Hemos encontrado el coche que utilizó. Un "Plymouth matrícula" "N. J. 98-27-42". El hombre debió andar por terreno enfangado y por algún charco de grasa antes de robar el coche, que encontró mientras su propietario asistía a la proyección de una película en el Grove Cinema de jersey City. Ha dejado en el piso del coche huellas de sus pies muy características: Le adjunto una plantilla. Las mismas huellas aparecen en el garaje y en la oficina, observe que usa piso de goma con un dibujo de rayas cruzadas en forma de rombos y que el pie izquierdo muestra un rasgón atravesado, como si la goma del piso estuviese cortada. No se ha encontrado nada más ni nadie le ha visto llegar a Jersey City, aunque es de suponer que debió venir de Nueva York. Lo tendré al*

corriente de lo que haya. Suyo…».

Fulton miró el trozo de papel adjunto, desdoblándolo. Era la forma de un pie izquierdo, dibujada la planta con rayas de tinta.

Se levantó y manipuló durante unos momentos en una caja fuerte que había tras él. Sacó de ella un gran sobre y de él algunos recortes. Había otros tres trozos de papel semejantes al recibido. Los superpuso. Eran idénticos de forma y tamaño. Y también tenían dibujadas las mismas rayas cruzándose como rombos y el trazo que las atravesaba.

—No cabe duda… —murmuró sin entusiasmo—. Es siempre el mismo… ¿Por qué diablos se interesará por él…?

Volvió a guardar todos los recortes junto con los recibidos y la carta y cerró la caja fuerte. Se sentó ante su mesa, meditando.

Después, como si hubiera dado con la clave de algún espinoso asunto murmuró levemente, hablando consigo mismo:

—Sí… Ésa es la razón… A este individuo nadie la conoce y no cabe duda de que es un elemento de valía. Decidido y listo…

Abrió un gran legajo ante sí y encendió un cigarro, poniéndose a fumar meditabundo. No echó una sola mirada a los papeles de la mesa. Permanecía quieto, pensando pacíficamente. De vez en cuando, su rostro se agitaba o sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre el brazo del sillón. Pero el resto de su cuerpo permanecía en estudiaba inmovilidad.

Eran las ocho de la mañana cuando apareció el inspector Rodex y apenas dos minutos después, el fiscal, *Mr*. Warren.

El capitán Fulton pulsó el timbre y esperó que apareciera el agente de servicio.

—Esta vez lo tenemos bien seguro —afirmó—. No hay abogado capaz de salvarle de la silla eléctrica… —Miró al agente que acababa de abrir la puerta y le ordenó—: Suban al detenido Mike Row a mí despacho.

—Ya era tiempo —comentó el fiscal—. Era una vergüenza para el Estado y la ciudad de Nueva York que ese asesino siguiera libre cometiendo fechorías, Rodex se echó atrás en su sillón. Todo parecía resuelto satisfactoriamente, pero él no estaría tranquilo hasta que el «gángster» hubiera pasado por la cámara prohibida de Sing-Sing.

La puerta volvió a abrirse tras unos cuantos minutos y el agente hizo su aparición. Introdujo primero su redonda cabezota; luego todo su corpachón quedó encuadrando la puerta.

—Bien, ¿y el detenido?

El agente parecía la personificación del estupor. Jamás se podría volver a ver en él aquel gesto de total ausencia de inteligencia.

—¿No oye? ¿Qué hay del detenido que le he ordenado subir?

—Lo han asesinado. Está… muerto.

CAPÍTULO V

El hombre que acababa de doblar Greenwhich Street metiéndose por Moore Street iba bien vestido.

Su holgado gabán de corte liso caía verticalmente desde sus anchos hombros, y su caminar era derecho y decidido.

Apenas había transeúntes a aquellas horas de la noche por la apartada calle. Sin embargo, el hombre se detuvo ante la vidriera de una zapatería mirando vanamente el escaparate apagado.

Fue un instante, el suficiente sólo para poder escuchar los ruidos que sonaran a su espalda. De nuevo reanudó su camino sin volver la cabeza atrás, hasta que llegó a la esquina de Washington Street.

Entonces, bruscamente, se volvió sobre sus pasos. Ante él, la calle estaba desierta. Si alguien se hubiese ocultado en uno de los portales él habría tenido tiempo de verle desaparecer.

Sin que en su paso se pudiera percibir el menor signo de que algo le preocupase, llegó al parcamente iluminado portal de una casa de seis pisos y entró en él. No utilizó el ascensor. Subió por las escaleras sin hacer ruido y se detuvo ante una puerta del piso cuarto.

Mientras su mano sacaba el llavín del bolsillo, todo su cuerpo permanecía tenso, como escuchando. La casa estaba completamente silenciosa.

La llave se introdujo en la cerradura y giró sin un chirrido. Indudablemente, estaba bien engrasada. Un momento después, la puerta se cerraba tras el visitante y el hombre se encontraba entre la obscuridad del interior.

No encendió ninguna luz. Tranquilamente penetró hacia el interior, como persona que conoce perfectamente el camino, y se sentó a tientas en un sillón.

En la obscuridad se escuchó el chasquido de un mechero y por unos segundos, la vacilante llama iluminó el rostro enérgico, más bien anguloso, de un hombre cuyos ojos relucían extrañamente. Después, nuevamente todo quedó a obscuras, excepto la pequeña brasa redonda del cigarrillo.

El hombre fumaba invisiblemente, sin que se oyera ni aún su acompasada respiración, indiferente al tiempo.

Pasó un buen rato antes de que nada conmoviera su inmovilidad. Después, como el quejido de un animal abandonado, sonó en el centro de la habitación el timbre del teléfono.

El hombre no se movió. Solamente cuando el timbre cesó de sonar se escuchó el leve murmullo que salió de sus labios.

—Tres…

Esperó. Pasaron algunos minutos y de nuevo el timbre del teléfono dejó oír su tembloroso y metálico repique. Y de nuevo sonaron tres llamadas justas antes de que el aparato quedara callado.

El hombre se incorporó entonces. Sus manos buscaron a tientas el cenicero que había junto al aparato y dejaron la punta del cigarrillo.

Sus pasos sonaron apagados sobre la alfombra y se escuchó el imperceptible rumor de una puerta al abrirse. Luego, el crujido de una silla, después, el sordo sonido de alguna prenda de vestir cayendo sobre algo blando.

Poco después, un hombre alto, metido en una mugrienta trinchera y calado el fieltro sobado sobre los ojos, doblaba la esquina de Moore Street y se metía en la estación del «subway» de Franklin Street.

No se movió del rincón donde se sentó al entrar. Con la cabeza caída sobre el pecho y el sombrero sobre las cejas, parecía dormitar. El cuello de la sucia trinchera le tapaba la boca.

Salió en la calle 145, compró un periódico en el quiosco de la esquina y se metió en un bar medio desierto.

Sólo tres o cuatro individuos de color bebían cerveza en el centro de la barra. El hombre se sentó en un taburete al otro extremo y abrió el periódico, tapándose por completo con él.

—Cerveza —pidió al «barman», un grueso y mantecoso portorriqueño, que le sirvió sin decir una palabra ni de saludo.

El hombre recorrió las columnas con la veloz mirada de sus ojos brillantes. Vestía desastrosamente, dando la sensación de no tener hombros. La ropa le venía estrecha y raquítica y sus muñecas asomaban por las mangas demasiado cortas.

Algo llamó la atención de sus ojos. No podía ser menos; las gigantescas letras negras ocupaban un cuarto de página:

«LO ASESINAN ANTE LAS NARICES DE LA POLICÍA».

> *«WALTON LAKE EN LIBERTAD. NO HAY PRUEBAS. EL UNICO TESTIGO OCULAR DEL BARBARO ASESINATO DE VERA DULUTH, ELIMINADO… EN UN CALABOZO DE LA JEFATURA…».*

Siguió leyendo. El periodista se dejaba llevar de su vena de santa indignación y desbarraba contra la policía, contra el gobernador y contra toda autoridad gubernamental:

> *«La policía ha tenido oculto el hecho desde esta mañana y ahora se niega a dar explicaciones. Sin embargo, es casi seguro que Mike Row, el brazo derecho de Walton Lake, ha sido envenenado. Parece que estaba a punto de hacer confesiones que hubieran llevado a Walton a la silla eléctrica. El fiscal dice…».*

El desarrapado individuo cogió el vaso de cerveza y bebió un largo sorbo. Siguió leyendo:

> *«¿Qué hace el capitán Fulton? ¡Nada! Mientras él duerme pensando en su ascenso, Walton asesina impunemente a la gente, inunda Nueva York de morfina, abre nuevas casas de juego clandestinas y se ríe del ciudadano trabajador. Mientras el capitán Fulton duerme, "un hombre alto" asalta pistola en mano un establecimiento por noche y se larga con el dinero que otro*

ha ganado honradamente».

El hombre se sirvió el resto de la botella de cerveza y depositó un «daim» sobre la barra. Miró la hora: la una de la madrugada. Dejó el periódico doblado sobre la barra y salió del bar.

Unas calles más abajo dobló por la calle 140 y avanzó por la obscura acera hasta llegar tras una larga fila de automóviles. Enfrente entre las obscuras sombras de la noche, lucía parpadeante un letrero de neón:

«*THE BLACK HOLE*».

Bajo el ala de su sombrero, los brillantes ojos lo miraron un momento.

—«El Agujero Negro…» —murmuró lentamente—. Ningún nombre mejor puesto…

Despacio, con las manos hundidas en los bolsillos de la trinchera, cruzó la calle y se adentró en el portal. No encontró a nadie y no le sorprendió. Al parecer conocía ya el camino.

Sus lentos y largos pasos le llevaron hasta el patio, siguiendo la línea de reverberantes tubos de neón, y se detuvo ante la barnizada puerta del interior.

Llegaba ahogadamente rumor de música y de escándalo.

El mal trajeado individuo sacó una de sus manos del bolsillo y pulsó el timbre durante varios segundos. Y de nuevo ocultó la mano en el bolsillo de la trinchera.

No hubo ningún ruido que precediera al de la puerta al abrirse. El escándalo del interior aumentó en intensidad y el hombre se encontró frente a un individuo vestido de «*smoking*».

—¡Qué se te ha perdido a ti por aquí!

Era como si un domador extravagante hubiera tenido la desagradable idea de vestir de etiqueta a un chimpancé.

El hombre le miró a los ojos sin contestar. Dio un paso adelante y apartó al del «*smoking*» con un movimiento de su, codo.

—¡Eh, tú! ¡Ya te estás largando! —volvió a exclamar el otro, plantándose en medio del vestíbulo en actitud agresiva.

Pero de nuevo el de la trinchera le apartó sin ninguna consideración y siguió hacia delante.

—Esto es un lugar público —dijo con una voz extrañamente tranquila—. Y os conviene que venga gente como yo… Le da carácter…

—Carácter, ¿eh? ¡Lárgate si no quieres que te rompa en pedazos y te eche a la basura!

Desgraciadamente para él sus palabras fueron seguidas de un ademán. Corpulento y pesado como una mula, extendió una zarpa y agarró al otro por un brazo. Fue como si hubiese pulsado un resorte eléctrico. El individuo de la trinchera giró en el acto sobre sí mismo y su puño se disparó hacia arriba.

Sonó un crujido de huesos y luego el apagado sonido de un cuerpo pesado al derrumbarse sobre el suelo.

El individuo de la trinchera sólo concedió una mirada al del «*smoking*» que, derrumbado sin sentido, tenía la boca abierta como si quisiera demostrar su sorpresa.

Siguió hasta el guardarropa y dejó su trinchera y su sobado sombrero, sin fijarse aparentemente en la asombrada mirada de la muchacha.

Después, tranquilamente, sin ningún nerviosismo por el mal aspecto de su raquítico traje obscuro, apartó las cortinas y entró en la sala del *cabaret*.

La gente bailaba y bebía, en extraña mezcolanza. Individuos de indiscutible posición alternaban con entes de grosera catadura, mientras algunas muchachas cuyos vestidos demostraban su poder económico no titubeaban en aceptar en su mesa, mirándoles coa igual curiosidad que si visitasen un parque zoológico, a tipos de la «casa», cuyos rostros demostraban mejor que ninguna otra cosa la laya moral de sus espíritus.

El hombre atravesó directamente por entre las mesas, observando que algunos clientes le dirigían una mirada entre curiosa e indiferente. No extrañaba. Era simplemente un «tipo» que no había sido visto antes por allí, lo cual sorprendía a los habituales. Pero su aspecto deplorable no provocaba ninguna ciase de sorpresa.

Pasó por delante de la barra hasta la puerta que daba al «reservado» de dentro. Quería encontrarse ya allí cuando el orangután de la puerta se reanimase o fuera descubierto.

Hizo girar el pomo y empujó, Alguien se apartó detrás para

permitir que la puerta se abriera, pero en el acto, en cuanto le vio, cogió la hoja tratando de evitar que entrara.

Lo escrutó de una ojeada, mientras su boca sostenía su estereotipada sonrisa. ¿Quién podía ser aquel tipo? ¿Por qué le habría dejado entrar el bestia de Steady? No era un «caballero» ni tampoco un «amigo»…

—Me parece que viene usted confundido, amigo… —dijo cariñosamente—. Éste no es lugar para usted…

Su sonrisa quedó como paralizada en su rostro cuando encontró sobre sus ojos los de aquel hombre. No se podía decir que fueran amenazadores, ni siquiera hizo un solo gesto. No… Era sencillamente la mirada de un hombre que hace lo que quiere y no está acostumbrado a que nadie se atreva a contradecirle. A pesar suyo, Smiles trató de explicarse…:

—Para entrar aquí hace falta una invitación especial, amigo… El jefe os permite pasar al *cabaret* a algunos de vosotros, pero aquí no se puede pasar sin invitación.

¿Era una sonrisa la mueca que distendió los labios un poco abultados de aquel hombre? Smiles pensó que no. Era imposible imaginarse a aquel tipo sonriendo. Había sacado una mano de la trinchera y la abrió ante los ojos de Smiles.

—Aquí está mi invitación —dijo conciso.

Mostraba revueltos y sucios, un fajo de billetes de veinte y de cien. Podría haber cinco mil dólares.

Smiles soltó una carcajada breve, casi aduladora.

—Bueno… yo creo que es una buena invitación…

Se hizo a un lado y lo dejó pasar. De su boca, la eterna sonrisa había desaparecido convirtiéndose en un gesto burlón en el que Smiles pensaba que ponía toda su inteligencia.

«Mucho dinero para un tipo como tú…» —pensó viendo su figura alta y desgarbada mezclarse con la gente que rodeaba la mesa de dados—. «Sí… demasiado dinero…».

Dio media vuelta y se dirigió hacia el despacho del jefe.

El hombre se hizo sitio entre los jugadores hasta colocarse pegado a la mesa. A la cabeza, el «croupier» permanecía impasible vigilando el juego con ojos zorrunos, mientras a las bandas del verde tapete se amontonaban las fichas de distintos colores.

Había una atmósfera de intranquilidad, como si la gente sintiera

en sus nervios un acicate al mismo tiempo estimulante y atormentador.

Los brillantes ojos del hombre abarcaron a todos los concurrentes de una sola mirada.

Era una mirada que hubiera puesto un freno a cualquier intento de confianza.

Dos mujeres, entradas en años, horriblemente maquillados sus apergaminados rostros, mostrando inicuamente por los grandes escotes el principio de unos senos que el corpiño no lograba dotar de juventud. Una muchacha morena, de rara belleza, que hacía sus puestas con la misma indiferencia que si estuviese muy lejos de allí. Los dos muchachos que la acompañaban se mostraban tontamente arrogantes, cual si pretendieran dar a entender a todos que ella pertenecía a «otra clase», y no había que «confundirla».

No era posible leer en el rostro del hombre los pensamientos que cruzaban por su mente. Sin embargo, cualquier observador hubiera comprendido que no consideraba a aquella gente como personas que él debiera respetar.

Esperó que los dados corrieran sobre la mesa y que el «croupier» pagase las puestas. Entonces, sin ninguna consideración por los que estaban tirando, alargó su mano y cogió los dos cubitos de pasta blanca.

—Yo tiro —dijo depositando un billete de cien sobre el tapete—. Al seis.

La gente le miró. Era un tipo extraño y también su resuelta actitud era chocante.

En la faz del «croupier», donde la barba completamente rasurada dejaba sin embargo una ancha sombra azul, hubo una mueca que nadie hubiera podido confundir con una sonrisa.

—La banca tiene el as.

El hombre agitó los dados en el hueco de la mano sin apartar su fija mirada de los ojos del «croupier». Sentía todo lo que ocurría alrededor. Se daba cuenta de que, hacia un lado, el sonriente individuo que le interceptara el camino dentro ya de la sala de juego acababa de aparecer acompañado de otro hombre. Y sabía que ambos le estaban mirando.

Lanzó la mano y soltó los dados. No podría tardar mucho en ser descubierto el orangután que se atrevió a cogerle por el brazo… La

voz del «croupier» cantó:

—Cinco.

De nuevo cogió los dados el desgarbado individuo y los lanzó.

—As.

La banca había ganado. El hombre sacó dos billetes de cien y volvió a colocarlos en el seis. Y de nuevo tiró.

No había nada de extraño en ver a un hombre tirando los dados en una sala de juego; sin embargo, los circundantes permanecían expectantes, como si asistieran a un duelo.

Ellos iban allí en busca de emociones fuertes y no les importaba perder su dinero; era el precio de aquel lugar, era el tributo que había de pagar por ser considerados asiduos del «The Black Hole», por sentir la áspera intranquilidad de ser servido por un camarero a quien la Justicia atribuía varios asesinatos.

Pero aquel desgarbado individuo era distinto. No iba allí a dejarse sus cuartos.

Pertenecía también a la laya de aquellos pistoleros.

Aquel hombre no tenía la menor intención de dejarse despojar de sus mugrientos billetes; había ido a ganar.

Eso era lo que daba un carácter distinto a aquellas bazas. La gente se daba cuenta. Lo advertían en la actitud del «croupier» y también en la del hombre, tranquila, reposada… demasiado tranquila y demasiado reposada.

—As.

Hubo en los ojos del «croupier» una mirada de refilón hacia un lado. La gente también miró. El bárbaro Steady acababa de llegar muy furioso y excitado. Había mirado al hombre que tiraba los dados y había intentado lanzarse hacia él.

Un gesto de Walton Lake le había detenido y ahora estaba junto a Smiles mirando la escena.

El hombre cogió otra vez los dados y sacó el puñado de billetes.

—Doblo —dijo con voz sin matices depositando cuatro billetes de cien sobre el seis.

No ocultaba sus intenciones. Cada vez que perdía, doblaba la puesta. Así bastaba un golpe, para reponerse.

De la mesa vecina subió la voz de su «croupier».

—Cero.

Hubo un coro de exclamaciones entre los «puntos» que se

agolpaban alrededor de la ruleta. Walton Lake estaba de suerte; la banca arrastraba con todo.

El hombre lanzó los dados. Los dos blancos cubitos saltaron sobre el verde tapete, botaron contra una banda y se pararon.

—As.

Hubo un murmullo de expectación. El individuo que tiraba los dados no pareció inmutarse. Con lento ademán de sus largos brazos alcanzó los dados.

—Doblo —dijo. Y depositó sobre el seis, ochocientos dólares.

Parecía casi aburrido. Únicamente el brillo de sus ojos denunciaban que el hombre estaba alerta y que no perdía un detalle de lo que ocurría a su alrededor.

Monótona, tediosa, la voz del «crupier», volvió a alzarse en la mesa de al lado:

—Catorce, negro, pares, falta…

En la mesa de dados fue audible el suave roce de las raquetas retirando las apuestas en la vecina mesa de ruleta.

Luego los dados botaron de nuevo sobre el tapete.

—As.

La pala del «crupier» barrió las apuestas, llevándose también las del hombre alto que tiraba los dados. Éste, sin un gesto, depositó mil seiscientos dólares sobre el número seis. El duelo entre el «punto» y la banca estaba entablado. Aquel hombre no quería perder. Había ido a ganar. ¿Sabía dónde estaba? ¿Sabía lo peligroso que era ganar a Walton Lake?

—Otros dados —dijo. Y sacando unos de sus bolsillos los hechó sobre la mesa—. Éstos pueden servir.

El «croupier» los tomó entre sus dedos, los examinó un instante y los arrojó de nuevo displicente y desdeñoso hacia el hombre.

—No se admiten —dijo—. La «casa» tiene sus propios dados. Si no está conforme, puede marcharse.

La bella muchachita morena clavaba sus ojos en el desconocido hombre como si estuviera hipnotizada. Sentía latir en el aire el zumbido de una amenaza de muerte. Ella buscaba emociones: ¿Acaso iba a encontrar algo que la haría horrorizarse…? Pensó que debía irse, pero no pudo mover un músculo de su cuerpo. Aquel extraño individuo clavaba sus ojos febriles y brillantes en el rostro del «croupier». No movía un solo músculo de su cara. Parecía una

estatua, pero se le advertía presto a entrar en acción.

Le causó una extraña impresión ver que aquel hombre sonreía y se cogió al brazo de uno de sus compañeros con inconcreta angustia.

—Estos dados son buenos. No me gustan los de la «casa» —dijo con voz monocorde. Y parecía que estaba dando una orden.

—Entonces puedes largarte.

Instintivamente, las personas que rodeaban la mesa se echaron hacia atrás. Había algo en aquel hombre que les decía que no aguantaría aquellas palabras. Era la expresión de un ser que no le importa hacer en cualquier momento su último envite… Y el «envite» que adivinaban en sus ojos era el de la vida.

—Vamos a jugar con estos dados —dijo con voz exenta de pasión.

El «croupier» alzó lentamente su mano derecha rozando la solapa de su «*smoking*». Sus ojos de entornados párpados se volvieron levemente hacia algún lugar situado a la espalda del hombre.

El parecía no darse cuenta de los movimientos del otro. Sacó un puñado de billetes y lo colocó sobre el número seis.

—Son tres mil doscientos dólares. Y vamos a tirar con mis dados.

Una voz sonó entonces a espaldas de él. Era una voz tranquila, persuasiva, untuosa, amable.

—Vamos, Sugar. ¿Por qué no complacer al señor? El quiere tirar con sus dados.

El «croupier» quedó un instante mirando al hombre que había hablado. Sus sensuales labios se distendieron en una mueca que nadie hubiera confundido con una sonrisa. Se volvió al hombre y trazó una circunferencia con la mano invitándole a seguir.

—El jefe hace una excepción. Puede tirar…

No se molestó el desconocido en ver quién era el jefe ni observar lo que hacían a su espalda. Cogió los dados y los arrojó sobre el tapete, después de agitarlos en la palma de la mano.

Los dados botaron y bailaron sobre sí mismos antes de detenerse sobre el verde tapiz.

La gente había detenido la respiración. Las dos viejas con pretensiones de coquetería levantaron sus pintados párpados

esperando lo que iba a ocurrir.

La voz de Sugar, empalagosa y dulzona ahora cantó el número:

—Seis.

Los ojos de la muchacha morena parecían esclavizados por las blancas manos del «croupier», que contaba los billetes. Vio, uno a uno los treinta y dos billetes de cien, observó cómo los colocaba sobre la ancha pala barnizada y cómo los depositaba sobre el montón del desconocido individuo.

El hombre los dejó allí. Cogió de nuevo los dados, los agitó y los lanzó.

Era un baile macabro el de los dos blancos cubitos de pasta. Anna McRedlex pensó que estaban hechos con huesos de muerte y que bailaban una danza fúnebre. Ya no le gustaba seguir allí. Una atmósfera opresora parecía haberse extendido por la sala y los jugadores que estaban hasta entonces entregados a la ruleta empezaron a darse cuenta de que ocurría algo extraño en la mesa de los dados, y empezaron a volverse.

Sin embargo, Anna McRedlex seguía quieta, mirando al larguirucho y desgarbado individuo de los ojos brillantes. No sabía qué había en él que la atraía. Era como si, de repente, se hubiera asomado a un abismo, como si temblara al mirar la profunda sima de un alma extraña y como si a pesar de todo, atraída irresistiblemente por el aterrador vacío, no tuviera fuerzas para resistirse.

Sus ojos observaron el rostro de Walton Lake a espaldas del individuo. Su sensual boca se entreabría en una sonrisa cuyo significado paralizó la sangre en las venas de la joven.

De nuevo los dados bailaron su insensible danza. Y otra vez, más sorda que nunca, como preñadas de inconcretas amenazas, la voz de Sugar cubrió el silencio que se había hecho:

—Seis.

Tampoco esta vez retiró el desconocido la pila de billetes que se había amontonado a su lado, sobre el número seis.

Anna McRedlex se extrañó de poder calcular tan rápidamente. «Tres mil doscientos… y tres mil doscientos… Seis mil cuatrocientos dólares…».

Seis mil cuatrocientos dólares… era la cantidad que en aquel momento se amontonaba sobre el número seis, la cantidad que se

jugaba en aquella lirada de dados.

Los demás «puntos» olvidaron hacer sus puestas. Sabían que sobre el tapete se jugaba algo más que aquellos billetes. Sabían perfectamente que Walton Lake no le dejaría seguir ganando.

Los dados rodaron. Parecían extraña y lúgubremente solitarios en medio del plano tapete verde.

—Seis.

El rostro de Sugar ya no sonreía; sus manos no alcanzaron los billetes con la misma rapidez de antes. Y de nuevo la voz de Walton Lake, impersonal, tranquila, casi amable, sonó a espaldas del hombre:

—¿Qué esperas, Sugar…? El señor se va a impacientar. Págale…

Tampoco esta vez se volvió el hombre a ver quien hablaba. Permaneció impávido, sin un movimiento, mientras el «croupier» depositaba ante él el montón de billetes. Inmediatamente le echó los dados.

—Tenga. Tire.

El hombre cogió en un puñado los doce mil ochocientos dólares y se los metió revueltos, en el bolsillo de la chaqueta.

—No juego más.

Se volvió en el acto dando un paso hacia atrás. A su izquierda, formando un frente, Walton Lake sonreía amistosamente con las manos en los bolsillos de su impecable «*smoking*», flanqueado por Smiles y por Steady.

El hombre dio señales de reconocer al tipo a quien había golpeado al entrar. Parecía replegado sobre sí mismo, las manos a la altura de sus solapas.

Anduvo hacia atrás, sin hacer un solo movimiento con la cabeza. Lentamente, Walton Lake y sus dos compinches avanzaron hacia él, mientras por el otro lado Sugar abandonaba la cabeza de la mesa de dados y se le acercaba con las manos colgantes.

Era como una doble tenaza. Los concurrentes estaban inmóviles, como petrificados.

Estaban seguros de que se iba a cometer un crimen allí mismo, delante de sus ojos.

Y su ansia de emociones huía rápidamente de ellos. Era demasiado. Ellos buscaban el «espejismo» del crimen; el crimen mismo era demasiado horroroso…

—He ganado en buena lid —dijo el desconocido—. Los dados están ahí encima y podéis examinarlos.

Era extraño el contraste entre su actitud y sus palabras por un lado, y su tono por otro.

Podría creerse que estaba demandando piedad, pero su tono parecía distinto; diríase que era amenazador.

Walton Lake sonrió melosamente:

—¿Quién dice lo contrario…? Pero estamos un poco ofendidos por su actitud. Parece que desconfía de nosotros… Siga jugando, amigo…

El hombre le miró. Era una mirada estática, helada.

—Voy a marcharme —dijo sin un solo trémolo en la voz, como el que expone un hecho irrebatible—. Y será mejor que digas a tus hombres que no acerquen demasiado las manos a las solapas…

Dio un paso atrás y su mano palpó el pomo de la puerta. Lo hizo girar. Walton seguía sonriendo. El hombre abrió lentamente y dio un paso para salir.

Entonces sintió que un objeto duro se le hundía en las costillas y una voz socarrona sonó a sus espaldas.

—¿A dónde va, amigo? ¿Por qué no entra y charlaremos un momento?

—Sí, hombre, venga a mí despacho… —sonrió Walton—. Charlaremos… amistosamente…

Anna McRedlex vio el obscuro brillo de sus ojos. No podía resistirse. La pareció que acababa de presenciar cómo se cazaba a un lobo. Un lobo hambriento, solitario, que hasta entonces hubiera reinado en la llanura.

Le vio avanzar con peligrosa sumisión y desaparecer dentro del despacho de Walton Lake.

Smiles, Steady y Dikon, el «camarero» que le había sorprendido por la espalda, entraron tras él.

La voz del «croupier» sonó en el centro de la mesa de ruleta:

—¡Hagan juego, señores!…

CAPÍTULO VI

No le habían tocado.

Estaba en el centro del despacho, sobre cuya mesa se había sentado displicente y cuidadoso de su actitud, el jefe de aquellos rufianes. Suavemente, se acariciaba su cuidado y negro bigote.

El nombre permanecía quieto, un poco doblado sobre sí, con sus largos brazos colgantes. A su alrededor y enfrente, los tres pistoleros a sueldo le vigilaban sin un descuido.

El no movía los ojos, esperando. Allí estaba el mastodonte que intentara cerrarle el paso, inyectados de sangre sus ojos porcinos, ansioso de saltar sobre él y vengar los golpes recibidos.

El hombre no sonreía. Aparentemente, su cerebro estaba paralizado, pues nada denotaba en él un destello de pensamiento.

Pero estaba tranquilo. Sentía sobre su costado izquierdo el duro bulto de su «Lugger», y mientras aquello siguiera allí…

Walton Lake, elegante y displicente, le observaba con una fina sonrisa indescifrable en sus labios gruesos. Había pulsado un timbre y dado una orden. Y ahora esperaba.

Sonó un golpe en la puerta y un camarero de mal encarado aspecto entró llevando una sucia trinchera y un grasiento sombrero de fieltro. Lo arrojó al suelo, a los pies del desconocido, y se quedó apoyado contra la pared, cercana su mano derecha a la solapa de su «*smoking*». Era un tipo rechoncho, como una pelota con dos extremidades.

—Póntelo —ordenó Walton Lake.

El hombre no apartó los ojos de él. Por un momento pareció que iba a desobedecer. Luego, lentamente, se inclinó doblando las rodillas y cogió la trinchera y el sombrero que había arrojado a sus pies.

Como a desgana, acercándose a la pared para cubrirse la espalda, se metió la trinchera y se puso el sombrero. Quedó allí quieto, recortada su elevada figura contra el muro blanco.

Nadie dijo nada. Walton le miraba con una maquiavélica sonrisa en su suave semblante.

—Da la vuelta.

El individuo no se movió. Se sentía así mucho más seguro. Al menos tenía la seguridad de que nadie podría acercársele por la espalda, como acababa de ocurrirle, y de que no recibiría contra sus costillas el duro y rígido impacto del cañón de un arma.

—He dicho que te vuelvas.

—Estoy bien así… Es de mala educación dar la espalda.

—¡Déjemelo por mi cuenta, jefe!

Walton se rió jugando con el acero afilado de un cortapapeles.

—Me gusta la gente que no pierde el sentido del humor —dijo risueñamente—. ¿De qué te va a servir tu educación, amigo? Llevas cerca de trece mil dólares en el bolsillo. Un bonito montón de dinero para un tipo, como tú… ¡ja, ja, ja!… Sólo que te has pasado de listo. Vamos, saca ese dinero.

El hombre no hizo un solo movimiento. A pesar de no mover los ojos, no perdió un gesto de los secuaces del «gángster». El brusco movimiento de Steady echándose hacia delante no le pilló desprevenido.

Antes de que el terrible puño de aquel chimpancé vengativo rozara su mandíbula, se desvió. Fue solo una fracción de pulgada… Lo bastante para que el puño pasara rozándole sin tocarle y se estrellara rabiosamente contra la pared.

Steady lanzó un gruñido de rabia y de dolor y trató de volverse. No tuvo tiempo. Algo macizo y duro como un pilón de hierro se hundió en su costado, machacándole el hígado.

Abrió la boca en irresistible contracción y se dobló en dos. Luego, otro terrible mazazo, fulminante y rápido, cayó bajo su quijada y su boca se cerró de nuevo con rechinar y crujir de dientes. Por segunda vez aquella noche rodó al suelo hecho un guiñapo.

El hombre dio un salto hacia la esquina, hundiendo la mano derecha entre la chaqueta y el pecho, Pero había perdido unos segundos preciosos al golpear al pistolero.

Los otros tres le estaban encañonando ya.

Detuvo su acción y alzó las manos a la altura de sus hombros. No había temor en él; sólo expectación.

Y Walton Lake volvió a reír. Reía suavemente, muy divertido, como si la gente estuviese haciendo precisamente lo que él deseaba, como si él fuese un ser omnipotente que manejara los invisibles hilos de aquellas marionetas.

Sabían muy bien que al menor gesto de disparar que sus «muchachos» hicieran, aparecería un arma en la mano de aquel alto y desgarbado individuo. Y sabía que era capaz de manejarla con especial rapidez.

Dejó la esquina de la mesa en que se sentaba y dio un paso inclinándose hacia el encerado suelo.

Era curioso cómo quedaban las huellas fijas en la brillante tabla.

Walton Lake sonreía… Estaba mirando las líneas opacas que dejaron los zapatos de aquel hombre.

Pisos de goma… rayas cruzadas dibujando rombos… un trazo marcado en el pie izquierdo, como un desgarrón de la suela del zapato…

Volvió a ocupar su sitio.

—Guardad vuestra «artillería», muchachos, Hay que demostrar a nuestros distinguidos clientes que somos ciudadanos pacíficos… —rió. Sacudió un cigarrillo contra la tapa de su pitillera de oro y lo encendió con el mechero—. ¿Cómo te llamas?

Por segunda vez aquella noche, el extraño individuo dibujó en sus labios algo que podría semejarse a una sonrisa. Era algo que no alcanzaba a iluminar su anguloso rostro.

—Ahora me llamo Jack.

—¿Jack…? ¿Sabes a quién has pegado, Jack? Es la segunda vez que «noqueas» esta noche a Steady Rick. ¿Sabes lo que te hará cuando vuelva en sí?

El individuo que dijera llamarse Jack apenas echó una mirada al yacente y arrugado cuerpo del pistolero. Era una tremenda masa amorfa, algo así como un gigante derribado.

No fue perceptible el encogimiento de hombros de Jack, pero Walton sí lo advirtió. Se echó a reír. Después, sin volverse siquiera a sus pistoleros, ordenó indiferentemente:

—Largaos. Y llevaos a ese idiota. Echadle un cubo de agua fría.

Aguardó a que sus hombres le obedecieran, sin preocuparse de

la extrañeza reflejada en sus rostros. Cuando hubieron salido, se acercó a la puerta y la cerró con llave. Luego, parsimoniosamente, se sentó en un sillón.

—Puedes sentarte, Jack… —dijo lentamente—. Y explícame qué sabes de «un hombre alto»…

El hombre permaneció quieto, quizá un poco más arrugado sobre sí mismo.

—No sé de qué estás hablando —dijo devolviéndole el tuteo.

—Estoy hablando de tus zapatos… —dijo Walton—. Tienen un curioso dibujo. Un dibujo… en la suela que interesaría mucho al buen capitán Fulton… Tiene debilidad por las suelas de goma… sobre todo si lucen rayas formando rombos…

Le miró directamente a los ojos. Walton «sabía» que alguna vez se iba a poner en contacto con aquel hombre, sólo que ya estaba empezando a impacientarse. Ahora estaba allí. Aquél era el «hombre alto» que «trabajaba» sin dar hasta entonces un solo paso en falso.

—¿Cuánto ganas? ¡Vamos, contesta, estúpido!

El hombre no se inmutó; pareció considerar algo en su interior. Luego repuso tranquilamente:

—Bastante.

—¿Bastante…? —Walton sonreía—. ¿Qué te parecerían cien «grandes» de un golpe?

—No sé de qué estás hablando.

Por el cuidado rostro de Walton pasó un visaje de cólera. Sus mandíbulas se contrajeron.

—¿Es que quieres burlarte de mí? Te estoy haciendo una proposición. Piensa antes de contestar.

—No sé de qué estás hablando —repitió el otro impertérrito—. Yo soy un hombre honrado.

—Eres listo. Jack… —contestó Walton recuperando su suavidad —, pero has olvidado un detalle. Hay en ti una cosa que sirve para identificarte,… Tus suelas. Existe un dibujo muy exacto de ellas en poder de la Jefatura de Policía. Esas suelas «dicen» quién eres. Y ahora contesta a lo que te he preguntado: ¿Qué te parecen cien engrandes, de un golpe…?

El hombre llamado Jad dejó caer todo su peso sobre los pies, a plomo, y se retiró mirando; perfectamente visible en el brillante y

opaco espejo de la cera apareció a sus ojos el dibujo de sus suelas.

Rayas cruzándose en forma de rombos… un trazo oblicuo, cortándolas, en el pie izquierdo…

Se sentó despacio en el sillón que antes le habían ofrecido:

—¿Be qué se trata?… —preguntó.

Walton Lake se retrepó sobre la mullida butaca. Era su forma de tratar los asuntos y gracias a ella había ido ascendiendo desde lavaplatos hasta dueño de tres *cabarets* y de una casa de juego. Poco a poco, peldaño a peldaño, hasta lograr que la misma policía temblara al oír su nombre. Todo con suavidad, sin que nunca quedara un testigo que le comprometiera…

Miró frente a sí aquel hombre. ¿Cuál sería su nombre verdadero? Aquello tenía poca importancia para Walton y apenas si el pensamiento rozó su imaginación.

Simplemente, era un hombre de nervios templados, perseguido por la policía, pero aún sin identificar. Lo tenía en sus manos y al otro no le quedaba otro remedio que obedecerle. Walton era su señor.

—Me gusta la gente que sabe «trabajar» —dijo con voz acariciadora—. Por eso he estado siempre al tanto de tu carrera. Pero un hombre no puede hacer grandes cosas si se empeña en trabajar solo. Garajes, almacenes, cines… ¡Bah! Total, unos pocos miles de dólares que no llegan para salir de penas. —Se echó a reír —. ¿Estabas tratando de asaltarme también a mí?

—Creía que estabas detenido —contestó «Jack»—. Los periódicos publicaron la noticia esta mañana. Decían que Mike Row había «cantado».

—Pobrecillo —se dolió Walton—. Le han dado algo que le ha resultado indigesto. Era muy goloso… ¿Conque por eso has venido?

—Si se lo iba a llevar la policía, tanto daba que yo me llevara una parte…

—Pero mis «muchachos» estaban aquí.

—Ah, esos…

—No te parecen importantes, ¿eh? No son demasiado listos, no… Yo pienso por ellos. Yo soy el cerebro y ellos «la mano de obra», ¡ja, ja, ja!… —rió complacido con el símil—. Pero para esto que tengo entre manos se necesita que el cerebro y la «mano» vayan juntos. Y da la casualidad de que yo voy a hacer un viaje, ¡ja, ja,

ja!… Te daré algunos hombres de confianza y tú darás el golpe, Luego nos veremos. Peto no quiero que seas… «demasiado» listo, amigo Jack… Eso podría ser peligroso para ti.

—Aun no sé de qué se trata.

Walton le estudio unos instantes en silencio. Después habló con voz indiferente:

—¿Pasas con frecuencia por la Sexta Avenida? Entre las calles 46 y la 47… Los febriles ojos se posaron en los acuosos de Walton. Su voz fue monótona:

—Allí está el Saving Work Bank.

—Muy listo, muy listo… —aprobó Walton como si realmente estuviese complacido—. Eso es: el Saving Work Bank. Un Banco precioso. El día veintinueve de cada mes retira fondos del National Bank oí New York para hacer frente a los pagos que se le echan encima al empezar el mes siguiente. Llevan el dinero en un camión blindado, custodiado por —una docena de agentes armados con metralletas. Pero cuando han descargado el dinero, los agentes se marchan…

La idea penetró en el acto en la mente de Jack:

—Hay entonces un período de… tal vez de cinco minutos en que el dinero está «a mano»…

Walton sonrió.

—Dije cien grandes para ti. Llevarán más de dos millones, pero muchos serán billetes de mil y puede estar anotada la numeración, Hay que calcular con quemar bastante más de la mitad. Además, es posible que no podáis alzaros con todo… Te harán falta cinco hombres. De todo eso y de los gastos me encargo yo. Pero tú tendrás que dirigir… porque mientras se hace el asalto, yo…

—Estarás de viaje…

Nuevamente sonrió Walton. Sonreía casi con cariño.

—Eso es lo que te he dicho, pero era una forma de hablar. Haré algo mejor; estaré de visita, hablando con la policía. Y… ten cuidado, Jack… —Silabeó dulcemente—: Si dieras un paso en falso o te fueras de la lengua… Nada se podría probar nunca contra mí y… ¡están tan frías en esta época las aguas del Hudson…! Ahora es mejor que te marches y que mañana des una vuelta por el Saving para estudiar el panorama. Tendrás que recibir una pequeña paliza, amigo Jack. Conviene que la gente se de cuenta de que soy enemigo

tuyo… Te entenderás con Smiles para todo. Él te pondrá al corriente del «régimen interno»…

* * *

—Vámonos ya, Anna. Debemos irnos…

No era el tono seguro de sí de un hombre acostumbrado a tomar decisiones, sino la voz suplicante de quien se ha doblegado muchas veces ya.

—Espera. Todavía no…

La voz de ella, en cambio, carecía de titubeos aun en momentos en que, como aquél, se la adivinaba indecisa, como si sostuviese una lucha consigo misma.

Anna McRedlex trataba de mirar dentro de sí para saber qué le ocurría. No prestaba atención al vertiginoso giro de la ruleta ni al número en que depositaba sus fichas. Todo lo que la rodeaba parecía convertido en una niebla difusa, entre la cual se movían inconcretas sombras de hombres y mujeres que hacían extraños aspavientos.

Ella no podía apartar los ojos de aquella puerta.

Era absurdo pensar que estuviese enamorada de Walton Lake. Sí, era absurdo… Sin embargo, ¿qué fuerza era aquella que la empujaba irresistiblemente hacia él, que le hacía verle incesantemente ante sus ojos?

Sabía que era un asesino. No ignoraba nada de lo que de él se decía. La historia de Vera Duluth acudía con frecuencia a su memoria. Pero…

El le había dicho…: «La espero aquí el jueves». Después, ella no había tenido paciencia para esperar. Había leído primero la noticia de su detención y de su segura condena a la silla eléctrica; luego, aquella noche, la de su excarcelamiento por falta de pruebas. El hombre que le había acusado, que fue uno de sus más íntimos, había sido envenenado en el calabozo…

¿Había sido obra de él? Nada se podía probar. Anna McRedlex no había podido aguardar hasta el jueves y había acudido allí el miércoles. Necesitaba verle, leer en su rostro si era culpable de todo aquello. ¿Por qué? ¿Qué la importaba a ella?

Había algo que la sobrecogía en aquel hombre de modales

suaves, de ojos helados, de anchas espaldas y fuertes músculos. Anna McRedlex se avergonzaba de estar pensando…: «Es… apuesto».

¿Qué haría ella si él la abrazaba…?

Se mordió los labios. Estaba segura de no defenderse. ¡Pero no, no estaba enamorada de aquel hombre! ¡Era estúpido! ¡Absurdo! Ella era Anna McRedlex, hija de una familia de millonarios, con añejas raíces en Europa… ¿Y él? Un miserable lavaplatos que se había enriquecido a fuerza de crímenes…

—Vámonos, Anna.

—¡Cállate ya, Albert! ¡No sigas fastidiándome!

Ahora sabía qué era lo que la empujaba irresistiblemente hacia él. Parecía un contrasentido y sin embargo, era aquello. Sí, lo que la atraía tan imperiosamente como una orden hacia el gángster era que… ¡le tenía miedo!

Era como cuando, de chiquilla, la contaban historias de gigantes que devoraban niños. Ella, temblorosa, muerta de pavor, abría sus grandes y redondos ojos y pedía con voz aterrada: «¡Sigue!».

Walton Lake salió por fin del despacho. Salió solo. ¿Qué había sido del largo desarrapado que entrara con él? ¿Qué había hecho del hombre que ganó a los dados…?

Walton Lake avanzó tranquilo e indiferente sin fijarse en ella siquiera, hasta que Anna se le puso delante. Entonces, sus ojos incoloros se posaron en ella y la recorrieron de arriba abajo de una sola mirada. Anna sabía lo que aquella mirada expresaba. La había visto a veces en otros hombres, pero sus amigos nunca se la permitían… Aquella mirada debía ser suficiente para que ella diera media vuelta y se marchara. Pero permaneció allí, delante de él, sintiéndose avergonzada de que aquella mirada no la ofendiera.

—¿Qué ha pasado?

Walton sonreía mostrando las puntas de sus dientes blancos. Era el primer hombre que le sonreía con superioridad, como con dominio.

—¿Cómo que qué ha pasado?

—Con ese hombre…

—¿Le preocupa a usted ese pobre diablo? —rió—. No ha pasado nada. Se ha guardado sus ganancias y le he dicho que su presencia no era grata en esta casa. Va demasiado mal vestido… Se ha

marchado ya.

Anna no podía apartar los ojos de los de aquel hombre. Sintió claramente que si se quedaba sola con él, le obedecería. Sintió un estremecimiento.

—Debo marcharme… —musitó.

—Bueno, márchese ahora, pero vuelva mañana.

—Sí.

Dio media vuelta haciendo un esfuerzo de voluntad. Walton la miró por detrás con indescifrable sonrisa. Luego rió sordamente. Acababa de advertir la rabiosa mirada que de refilón, como con miedo, le acababan de dirigir los dos «finos» acompañantes de la hermosa muchacha.

Cuando ellos traspusieron la puerta que daba al *cabaret* y él volvió la cabeza volvió a reír tranquilamente. Avanzó unos pasos hasta la rubia que le miraba fijamente, la cogió del brazo y la hizo entrar en su despacho cerrando la puerta tras sí.

—No tienes trae preocuparte, Ginger —sonrió con dominio cogiéndola de los hombros violentamente, como a un objeto de su propiedad—. Ya te he explicado que lo único que me interesa de esa muchacha es el dinero y los bonos que su padre guarda en su casa.

Ginger ablandó su sofisticado rostro. Luego sonrió. Alzó sus desnudos brazos rodeando el cuello del hombre y se ciñó contra él apretadamente.

—Acuérdate, Walton —murmuró con rabiosa pasión—. ¿Yo no soy Vera Duluth?

* * *

Caminando delante de sus dos amigos, Anna McRedlex cruzó el *cabaret*, atravesó el patio y se encontró en la calle.

—¡No debimos haberte traído aquí nunca! —expuso rabioso Albert—. ¡Este tipo es un asesino!

—Cállate…

—Albert tiene razón —arguyó el otro—. Estoy seguro de que ha desvalijado a ese pobre hombre y de que mañana aparecerá flotando en el Hudson.

—No sabéis más que gritar —dijo Anna con desdén—. Nadie ha podido probar nunca nada con Walton Lake. Todo son… mentiras.

Ha dicho que ese hombre se ha marchado tranquilamente.

—Tranquilamente… —rezongó Albert rodeando el coche que tenían estacionado entre las sombras de la calle adyacente—. No quisiera estar tan «tranquilo» como él. Seguro que… ¡Qué pasa!

—¡Dios mío! ¡Qué es esto!

Anna acababa de tropezar con un bulto, invisible en la obscuridad de la calle. Era un bulto blando, que casi le hizo caer.

—¡Qué es! ¡Mira tú, Ronny!

Ronny se inclinó con grandes prevenciones.

—Es un hombre… —Silabeó asustado—. ¡Dios mío, será…!

Pero ya Anna, más decidida que ellos dos se había inclinado sobre el yacente cuerpo y encendía su mechero iluminándolo.

Era un hombre sin sentido, como muerto. Tirada sobre él había una trinchera mugrienta y al lado un sucio sombrero embarrado.

—¡Es ese hombre! ¡Está vivo!

—Déjame, Anna.

—Llamaremos a la Policía…

—No, Quizá esté… borracho. Huele a *whisky*.

—¿Borracho…?

De sobra sabía Anna que no estaba borracho. Aquel olor de *whisky* era «añadido». Lo comprendió en el acto.

—Ha debido caerse… —dijo agitadamente—. Llevadlo al coche.

Lo levantaron entre los dos con dificultad y lo arrastraron hasta el coche, cuya portezuela ya tenía abierta la muchacha.

—Arranca, Ronny —le ordenó entrando ella junto al inanimado cuerpo del hombre.

El coche arrancó rodando por la desierta y obscura calle y dobló por la Segunda Avenida. Anna se inclinó sobre el hombre después de encender la luz del interior y vertió en su boca un sorbo de *whisky* de la aplastada botella que Albert la daba.

No sabía por qué aquello en vez de seguir su camino sin preocuparse de nada. No era por piedad, no… Era… Si aquel hombre era descubierto allí después de que tanta gente había sido testigo de su discusión con Walton, éste tendría la responsabilidad ante la policía…

Se alegró de que el hombre moviera los párpados. No le ocurría nada. Tal vez le habían golpeado, aunque no se advertían en él signos de violencia. Posiblemente, las huellas de los golpes estaban

en su cuerpo, bajo las estrechas ropas…

—¿Cómo se siente?

Se inclinaba ansiosamente sobre su rostro. El hombre abrió los ojos lentamente y quedóse un instante mirándola como si no la viera, con sus negras pupilas quietas. Después parpadeó. Su cuerpo pareció hundirse entre los muelles del asiento y enseguida se incorporó. Sin mover la cabeza abarcó con la vista a los dos hombres que iban en el coche. Su mano derecha se levantó un poco, hasta rozarse el pecho bajo la axila.

—¿A dónde vamos? —murmuró.

—No tema usted nada. Está entre amigos. ¿Está usted bien? Lo encontramos desmayado…

El hombre volvió de nuevo a clavar en ella sus ojos y Anna creyó ver en ellos un destello burlón. Sintió un estremecimiento. ¿Qué secreto, indescifrable para ella, podía esconderse en el fondo de aquellas pupilas brillantes? ¿Qué era la vida para aquel hombre? Pensó en Walton mientras lo miraba. En su mente fue tomando forma una idea inconcreta al principio, pero firme al final. Ella había «sentido» que ningún hombre se atrevería a enfrentarse con Walton Lake. Ahora, mirando aquellos ojos y aquel rostro hermético y anguloso acababa de tener un presentimiento: aquel hombre sí se atrevía.

—Es mejor que no vuelva usted nunca por aquí. Walton… es muy violento…

De nuevo creyó ver en aquellos ojos una chispa burlona. La voz de él sonó cortante.

—He preguntado que a dónde me llevan.

—A ningún sitio —contestó ella—. Le hemos recogido Si no desea seguir con nosotros…

—Pare.

—Para, Ronny.

El auto se detuvo. No se veía alma viviente a aquellas horas por la Segunda Avenida. El viento soplaba frío y cortante por la desierta calle.

Anna le contempló mientras él bajaba. Le vio coger la trinchera arrastrándola por el suelo y retirarse sin dejar de darles la cara.

—Vamos, Ronny, Aun miró por la ventanilla de atrás. El hombre se ponía la vieja trinchera sacudida por el viento y se alejaba a

grandes zancadas calle arriba.

CAPÍTULO VII

El negro sedán parecía aplastado contra la carretera mientras volaba en dirección norte.

No había ningún otro vehículo bajo la gris extensión de un cielo de mercurio. El viento aullaba entre los árboles aislados, de ramas deshojadas, y levantaba las olas arrojándolas sobre los acantilados que emergían de la solitaria arena de la playa.

Era un paisaje desierto, inhóspito, gris y frío.

Durante varios minutos el sedán mantuvo su dirección. Después tomó un camino de arena y bordeó el promontorio de Sandy Pick. Ante los ojos de los ocupantes del coche apareció entonces una corta extensión de terreno poblada de desnudos y espaciados árboles. Entre ellos y cubriendo el descuidado sendero que se introducía en la posesión la hierba inculta y el jaramago, crecían medrando a su antojo. Aquí y allá, girones de algas marinas que el viento borrascoso del invierno había arrojado.

En medio de la desolada extensión, un chalet elevaba su maciza y lúgubre estructura. Por los tejados de escamas de pizarra que cubrían las buhardillas del tercer piso se escurría el agua de la lluvia, mezclada con el salobre viento del mar.

Una débil claridad blancuzca y lechosa que aun llegaba del occidente del nublado cielo, acentuaba la triste soledad y el completo abandono del lugar.

El sedán rodó por el inculto sendero y rodeó la construcción hasta la parte posterior.

Metióse allí entre los retorcidos y escuálidos árboles y se detuvo.

El chasquido de las portezuelas al abrirse sonó seco, como un crujido, cuando los tres hombres que ocupaban el auto bajaron de él.

No cambiaron entré sí una sola palabra. Envueltos en sus trincheras, calados sus sombreros hasta los ojos, inclinados sus cuerpos contra la lluvia que el viento arrojaba como violentas balas líquidas, los tres hombres cruzaron el espacio libre hasta la puerta excusada del edificio.

Allí, el más bajo de los tres se detuvo, hurgándose en los bolsillos del pantalón. Un segundo después introducía una llave en la cerradura y la puerta quedaba abierta. Esperó a que los otro3 dos traspusieran el umbral y cerró con cuidado.

—Por aquí, Jack.

Los pasos sonaban huecos y apagados en el vacío de la casa. Avanzaron a obscuras. Ni un atisbo de luz penetraba por los cerrados postigos de las ventanas. Doblaron el pasillo y avanzaron hacia la puerta que se divisó al fondo. Entraba por ella la gris claridad del exterior.

Ninguno de los tres se sorprendió de ver allí, silenciosos y esperando, otros tres hombres. Entraron sin saludar y cerraron la puerta tras ellos.

El que estaba de pie junio a la ventana, cuya vidriera defendida, exteriormente por verja de hierro estaba entreabierta, se volvió con lentitud.

—Os he visto llegar —murmuró.

—Eres muy listo, Dikon —contestó el más bajo de los recién llegados, mostrando una perenne sonrisa estereotipada en su semblante. No era posible saber si era sincero en su elogio o si se burlaba.

Dikon se encogió de hombros.

—Estábamos cansados de esperar. A ver qué se hace. Éstos dicen que cuanto antes, mejor.

El sonriente individuo miró a Jack, como esperando que contestase. Pero Jack se limitaba a examinar uno por uno a los tres hombres.

Eran los cinco individuos que Walton Lake ponía a su disposición para el asalto al Saving Work Bank. La mirada quieta y obscura del hombre alto fue analizándolos rápidamente.

Eran todos tipos de la misma catadura. Lo único que variaba algo en ellos era la corpulencia, junto a Steady Rook, enorme y brutal, contrastaba el nervioso Smiles, sonriente y político. Era

chocante verlos juntos. Recordaban algo así como una serpiente junto a un elefante.

Los otros tres eran de corpulencia mediana. No era en sus músculos, sino en sus ojos de fiera que ya ha gustado la sangre humana, donde residía la fuerza que parecía emanar de ellos.

No le gustaba Dikon. A pesar de que bacía cuanto podía por disimularlo, se le veía rebelde. No le gustaba obedecer las órdenes del hombre a quien él había metido su «*browning*» entre las costillas con aire de vencedor, tenía que inclinarse ante las órdenes de Walton, pero consideraba que era un insulto imponerles como jefe a un recién llegado.

Sunny y Coowall eran más de fiar. Aquellos dos individuos eran simplemente pistoleros a sueldo, sin nías ambición que ser bien pagados por sus servicios. Ellos no aspiraban a ser jefes y no se molestaban por obedecer las órdenes de otro… siempre que al fin les pagasen en buenos billetes de veinte.

También los cinco pistoleros le miraban a él. Sobre todo, Steady Rock, que aun sentía hervirle la sangre al recordar que por dos veces en una noche, aquel individuo de mirar inflexible le había golpeado y hecho morder el polvo.

Lo miraba y pensaba que podría triturarle entre sus manos… si lograba ponérselas encima. Ya llegaría el momento. Pero ahora, contemplándole, viéndole con aquellas ropas que a todas luces proclamaban que eran recién compradas, desde el sombrero a los zapatos, ya no le extrañaba tanto que el puño de aquel hombre hubiera conseguido abatirle.

Habían sido sus raquíticas y estrechas ropas lo que le habían engañado, haciéndole creer que debajo de ellas se escondía un cuerpo estrecho. Ahora, con un traje de confección, pero que le caía como hecho a medida, podía apreciar la verdadera anchura de los hombros de aquel individuo. Y mordiendo su rabia, Steady Rock comprendía que aquel tipo alto y cenceño ¡debía estar hecho de alambres de acero!

Odiaba sobre todo su manera de mirar y de estar, como si no tuviese ninguna duda acerca de su superioridad sobre todo el mundo. Diríase que aquel hombre no sólo no temería matar, sino que tampoco temería morir. Y eso, Steady Rock no podía comprenderlo.

Jack se metió las manos en los bolsillos de su flamante trinchera y se recostó contra la pared enfrente de los cinco pistoleros.

La luz grisácea que le daba en el rostro acentuaba con sus sombras y claros las marcadas facciones de su rostro duro y anguloso.

—Daremos el golpe dentro de una semana —dijo lentamente, como si hablara consigo mismo—. El vestíbulo del Saving Bank ofrece algunas posibilidades y vamos a aprovecharlas. A las ocho y quince de la mañana llega el camión blindado. Tardan ocho minutos en descargarlo. Walton lo ha cronometrado. A las ocho y veinticinco, el camión se larga con los policías y sólo queda la guardia del Banco. Son dos hombres, armados con metralletas Thompson. Smiles y Sunny; vosotros os encargaréis de ellos. No quiero tiros a menos que todo se ponga mal. Os acercaréis con un pretexto, preguntando cualquier cosa y los derribaréis de un mazazo. Luego, Smiles quedará de guardia en la puerta y Sunny vendrá con nosotros. Él y yo mantendremos a raya a los empleados, mientras Steady se alza con el dinero antes de que puedan sacarlo del maletín. Coowall: tú estarás al volante. Eso es todo hoy. Antes de que llegue el día os daré nuevas instrucciones y «ensayaremos». No quiero errores. Ahora vamos a ver el armamento.

—¿Ensayar?

—He dicho «ensayar».

—Está bien. Como tú digas, pero…

—Tú lo has dicho: lo que yo diga. ¡Vamos, Smiles! ¡A ver dónde están esas armas!

—Están en el sótano. Hay que bajar por aquí…

Salieron de la pieza y se encontraron en el vestíbulo principal del hotel. Sólo la débil claridad que llegaba de la habitación que acababan de abandonar iluminaba parcamente las amplias proporciones del gran vestíbulo.

Dibujando un medio arco, una amplia escalera ascendía hacia el piso primero, y debajo de ella, disimulada entre el empapelado, una puerta diminuta y muy baja permitía adivinar su contorno.

Smiles se acercó a ella sacando otra llave del bolsillo y la abrió empujándola hacia dentro. Se escuchó un breve chasquido y, simultáneamente, una luz brilló al fondo de una estrecha escalera de piedra.

—Podéis entrar.

Esperó que todos los pistoleros y Jack estuviesen dentro y volvió a cerrar con llave. Luego bajó tras ellos. De nuevo se detuvieron ante otra pequeña puerta, que también abrió con llave. Era sólida y pesada. Cuando giró sobre sus recios goznes, Jack pudo comprobar que estaba forrada con plancha de hierro.

Smiles volvió a cerrar tras sí y de nuevo hizo girar el conmutador de la luz.

Ahora estaban en una cuadrada y pequeña habitación que parecía cubierta en el muro. Las paredes rezumaban humedad y hasta parecía sentirse el rumor lejano del mar, sordo y apagado, transmitido por la tierra y la roca.

No había nada allí, ni otra puerta aparte de la que habían utilizado al entrar. Las paredes de piedras cortadas, rectangulares, lo mismo que el piso, estaban completamente vacías.

Jack miró a Smiles en espera de una explicación.

—Aguarda… —dijo éste sonriendo—. Ya verás…

Se acercó a un ángulo y hundió un objeto metálico en la hendidura que quedaba entre las dos piedras, Después se alejó unos pasos y empujó otra de las grandes y sólidas piedras, arrojando sobre ella todo el peso de su cuerpo.

Se apartó. Llegó al ángulo y retiró el objeto que había introducido. Sonreía como un prestidigitador que se goza de antemano en la sorpresa que va a producir.

—Vamos, ¿qué esperas?

Los hombres se volvieron. El muro que estaba a sus espaldas mostraba un negro hueco rectangular. Las piedras habían girado sobre sí mismas, dejando un espacio por el que podía pasar un hombre.

Jack se dio cuenta de que él era el único sorprendido, aunque su semblante seguía hermético y sin expresión. Los demás pistoleros ya habían estado allí más de una vez.

Esperó que Smiles entrara y encendiera la luz. Entonces le siguió.

Se encontró en un arsenal. Igual que en el sótano precedente, las paredes eran de piedra y del techo colgaba una bombilla solitaria y triste que con dificultad esparcía las tinieblas.

Junto al trozo de pared, que había girado vio la forma

redondeada de un mecanismo eléctrico. Smiles lo señaló con cierto aire arrogante:

—El jefe piensa en todo —dijo—. Eléctrico. Nadie adivinaría que la pared de piedra puede girar con tanta facilidad, ¿eh? Eléctrico…

Parecía que la palabra «eléctrico» tenía para él un sentido especial, como el conjuro de un mago.

Jack se volvió, observando las paredes. De los armazones de madera pendían armas de todas clases. En el marco frontal se alineaba una anaquelería de cajas de acero que llegaba hasta los hombros, de pared a pared.

Jack alcanzó una metralleta y soltó el resorte mirando la recámara. Era un arma moderna, de buena factura. Siguió examinando las largas filas de ametralladoras, metralletas y automáticas que se alineaban contra la pared.

—Usaremos sólo automáticas y bombas lacrimógenas en los bolsillos. ¿Munición? —preguntó yendo hacia las cajas de acero que, herméticamente cerradas, había en la anaquelería.

Antes de que Smiles pudiera intervenir, Jack había cogido el tirador de una de ellas y trataba de abrirla. La mano de Smiles por un lado y las de Steady y Dikon por otro le sujetaron.

—Lo que hay aquí no te importa. No es cosa tuya.

Por vez primera desde que aquellos hombres estaban a sus órdenes se atrevían a hablarle de aquella forma, seca y autoritaria.

Les miró con un destello burlón y se sacudió sus manos. Quedó apoyado en las cajas, dándoles la cara. Sunny y Coowal quedaban también frente a él, extrañados e indecisos.

—No me gusta que ningún hombre ponga sus manos sobre mí. No lo olvidéis.

Observó la mezcla de cólera y cobardía que se retrató en los rostros de los tres pistoleros y permaneció con las manos colgando, como inerte.

—No me interesa lo que haya en esas cajas —siguió diciendo—. Ya he visto todo lo que es de interés. Cuando llegue el momento os diré qué armas tenéis que coger. Vámonos.

Pasó por delante de ellos dándoles la espalda. Sus oídos percibieron el suave roce del mecanismo eléctrico al cerrarse las piedras de la pared y luego los pasos de los cinco pistoleros al ascender él las angostas escalera que conducían al vestíbulo.

CAPÍTULO VIII

La cólera y la rabia de los celos la consumían. Walton ya debía haber llegado, pero seguía sin aparecer.

Esbelta y ondulante, disimulando las tumultuosas pasiones que la consumían, Ginger pasaba entre la gente que llenaba el *cabaret* y la sala de juego.

Apenas tenía una fugaz mirada para la gente que llenaba las dos grandes salas. Un monocorde y obsesionante pensamiento se adueñaba de su mente, excluyendo toda otra sensación: Walton no había ido aquella noche… y tampoco había aparecido «ella»…

Aun esperó. A veces sorprendía la mirada de Dikon, en la que bailaba ya la falta de respeto, o la sonrisa demasiado ancha, más ancha que de costumbre, de Smiles. Aquellos idiotas ya la creían destronada.

Era incapaz de seguir aguardando. La impaciencia y los celos rabiosos la devoraban. Ella no lo iba a consentir. Ella no era Vera Duluth…

Cruzó entre la mesa de ruleta y la de bacarrá y entró en el despacho de Walton. La música llegó apagada a sus oídos; un murmullo de voces y ruidos exteriores acentuaban la soledad del despacho.

Se mordió los labios. Con ella no se jugaba. Aquel despacho desierto, donde Walton debería estar ya, se le hacía opresor, como si las cuatro paredes, los muebles, aquel sillón vacío, todo, se estuviese riendo de ella silenciosamente.

Cogió el listín de teléfono. Y pasó sus hojas con rabia, a manotazos. Allí estaba… Unas pocas letras dibujando en la página azul un apellido escocés. Una dirección…

«McRedlex… 243, Grand Central Parkway…».

Lo cerró con furia y abrió el empotrado armario de donde cogió su abrigo de sedoso visón. Era el primer regalo que Walton le había hecho, hacía ya algún tiempo, un poco después de la misteriosa muerte de Vera.

Ella tenía que evitar que Walton tuviese necesidad de gastarse otra vez un montón de dólares para comprar otro abrigo parecido.

«Aunque "ésa" no necesitará que nadie se lo regale —pensó—. Su padre tiene suficiente dinero… Del pequeño cajón alcanzó su diminuto y brillante bolso de noche y lo abrió. Se sintió más tranquila cuando sus dedos acariciaron la culata de la automática. Walton había querido regalarle una pequeña joya, con empuñadura de nácar y perlas, pero ella había rehusado… En aquellas cosas prefería "lo práctico". Y nada más "práctico" en un momento de apuro que aquella negra "*browning*" pavonada…».

Tiró del cerrojo montándola y volvió a ponerla en el bolso, antes de abrir la puerta falsa y salir al pasillo que daba al patio.

La suerte le sonreía. No había nadie. Aceleró el paso, apretando el bolso nerviosamente con la mano, atravesó el patio saliendo luego a la calle.

Un coche se detenía en aquel momento en la acera opuesta y dos parejas de noctámbulos descendían riendo. Divisó a la escasa luz del letrero azulado y rojizo, la brillante falda de ellas saliendo por debajo de los abrigos.

«Gente bien» —pensó—. «Primos» que vienen a enriquecer más aún a Walton Lake. Salió deprisa bajando la cabeza para no ser reconocida y se ocultó tras la fila de coches hasta encontrar el suyo. Era un pequeño «Buick» de potente motor. Otro regalo de Walton.

Apretaba los dientes con tanta rabia como pisó el acelerador en el momento que arrancó, dejando atrás la calle Ciento Cuarenta. Un momento después tomaba la Harlem River Drive y bajaba embalada en busca del Triborough Bridge.

Como una exhalación cruzó los islotes de Randall y de Ward sin una sola mirada de atención al obscuro boscaje de los dos parques.

Al dejar el puente e internarse por las calles del Queens, disminuyó algo la velocidad. Maldijo al ver que no había logrado pasar el cruce antes de que cambiase la luz y tuvo que detenerse. Y

enseguida reanudó la marcha alejándose de las calles.

Poco después embocaba el Astoria Boulevard y se lanzaba como una centella en medio de la noche obscura.

Delante de ella aparecían y desaparecían en fugitivo retroceso los negros campos de Long Island. El aeropuerto La Guardia y los espesos jardines de Flushing Park quedaron atrás. Y el «Buick» enfiló la larga y desierta carretera del Gran Central.

Poco después de pasar las tapias del cementerio de Hillcrest empezó a distinguir la obscura masa de Cunningham-Park. Tenía que ser por allí. Era la parte donde los millonarios que detestaban el ajetreo escandaloso de Nueva York solían elevar sus lujosas residencias. Ginger dio toda la intensidad a los focos de carretera y avanzó rauda, taladrando con los ojos las tinieblas de la noche.

Tenía que ser por allí…

El Gran Central bacía una ondulación al rozar el boscaje de Cunningham Park. Ginger tomó las curvas sin disminuir la velocidad. Si él estaba por allí no podría distinguir el coche envuelto en las sombras nocturnas, pasando como un bólido.

Los faros iluminaron un gran edificio a un centenar de yardas de la carretera. La mujer clavó sus ojos en él, buscando…

Estuvo a punto de dar un mortal derrape al distraer su atención del volante; contuvo una exclamación. Acababa de verlo. Allí, entre los árboles, estaba el potente sedán de Walton. Quedó iluminado al recibir sobre él el golpetazo violento de los faros del Buick.

Ginger pisó con rabia el acelerador, buscando no ser reconocida. El hombre que había sentado al volante acababa de hacer un brusco movimiento con la cabeza agachándose para hurtar el rostro a la luz. Pero fue demasiado lento.

Ginger acababa de reconocer a Walton Lake y había visto que estaba solo aún.

Siguió avanzando por la gran carretera durante más de un cuarto de milla. Se detuvo entonces. No se veía ningún coche en la ancha y negra cinta y giró después de apagar los focos.

Completamente a obscuras, eligiendo el camino por el húmedo brillo de la asfaltada carretera, retrocedió despacio acercándose a la gran residencia de McRedlex. Ocultó el coche entre los árboles y bajó.

Los altos tacones de sus zapatos de raso se hundían en la mojada

hierba manchándose de verde y de barro, y la estrecha falda de su vestido de noche quedaba enganchada en los arbustos.

Pero Ginger no se preocupaba por aquello. Rodeó la gran residencia y salió por la parte opuesta.

Quieto, como un gran animal en acecho, el gran sedán de Walton seguía oculto entre los árboles. No era posible distinguirlo si no se sabía ya de antemano que se encontraba allí.

Ginger abrió el bolso y metió la mano en él. Le daba cierta tranquilidad rozar con las yemas de sus dedos la fría culata de la «*browning*». Ella sabía tirar. Le había enseñado otro hombre… otro que había conocido antes que Walton. Ahora quizá le sirvieran aquellas lecciones que le dio un hombre que ya había ajustado sus cuentas con la silla eléctrica.

—«Yo no soy Vera Duluth…», murmuró en voz que fue audible a sus propios oídos.

Aguardó. Amparada por las densas sombras de la negra noche lluviosa y de los árboles esperaba no ser descubierta; pero si llegaban a verla… aquella «*browning*» sería la primera en hablar.

Había perdido la noción del tiempo y temblaba, traspasada por la humedad de la noche, cuando distinguió una sombra que cruzaba el jardín. También el hombre la vio. Bajó del coche y avanzó hacia ella en la obscuridad.

Apenas estaban a una docena de yardas de distancia de Ginger cuando el hombre alcanzó a la otra sombra. Pudo distinguirlos perfectamente.

Vio la masa del cuerpo de Walton y la figura flexible de ella deteniéndose como asustada de lo que hacía.

Y también vio cómo él alargaba el brazo y la cogía con violencia de fiera, estrujándola contra sí y doblegándole la cabeza hacia atrás al besarla con dominante pasión de amo.

Ginger encajó los dientes apretando las mandíbulas y sus hermosas y provocativas facciones se endurecieron con un gesto pétreo.

Tenía la «*browning*» empuñada, encañonándolos. Una simple contracción de su índice y aquellas dos sombras caerían allí mismo, entre la hierba y el barro, para no levantarse más…

Pero ¿qué ganaba con eso? Si mataba a Walton, ella misma perdería su posición: al caer el «rey» ella dejaba de ser la «reina».

No. Era preciso jugar con más habilidad. Había que usar el cerebro.

Vio a la muchacha debatirse casi aterrada de lo que hacía y a Walton sujetarla, aplastándola entre sus brazos, imponiéndole su fuerza. Luego, ella dejó de defenderse entregándose al abrazo del *gángster*.

En la obscuridad, Ginger sonrió heladamente. Sabía muy bien lo qué estaba pasando en las almas de aquellos dos seres, tan distintos.

Sabía que aquella muchacha despreciaba en el fondo de su corazón a aquel hombre, pero sabía también que no podría resistírsele. Por vez primera en su vida de muchacha se asomaba al fondo de un abismo; miraba aterrada deseando retroceder… y no podía. La obscura sima del alma retorcida del *gángster* la absorbía con morbosa atracción irresistible. Acostumbrada a ser tratada siempre con mil cuidados por sus amigos encontraba ahora un ser que la cogía rudamente, sin ningún miramiento, diciéndole con cada ademán: «Yo soy el hombre. Yo soy el amo».

En cuanto a Walton… Ginger también sabía perfectamente lo que estaba sintiendo.

No era amor, no era siquiera pasión. Aquella muchachita resultaba demasiado sencilla para los gustos fuertes del *gángster*. Era solamente deseo de humillar, ansia de coger aquella muchacha que para él estaba tan alta como las estrellas, y dejarla luego convertida en un desperdicio moral, en un ser tan bajo como él mismo.

Pero mientras Walton lograba aquello, Ginger quedaría desplazada. Aguzó los ojos escrutando las dos sombras y pudo percibir de nuevo el forcejeo de Anna intentando desasirse, mientras él seguía sujetándola con sus garras. A sus oídos llegaron apagadas algunas palabras de Anna, ininteligibles, airadas…

Los duros labios de Ginger se movieron imperceptiblemente, pronunciando una palabra que fue inaudible en la noche.

—¡Imbécil…!

Vio que Walton se tambaleaba ante el forcejeo de Anna y daba un paso atrás, momentáneamente perdido el equilibrio. Y Anna libre por un segundo de las manazas que la estrujaban, echó a correr entre los árboles.

Iba aterrada, dibujándose en su mente las consecuencias de aquel paso. Huía, dueña de sí por unos momentos. Pero Ginger

sabía que aunque ahora escapaba, cuando él volviera a llamarla la muchacha acudiría.

Walton también debía estar seguro de aquello. No dio un paso para alcanzarla. Quedóse quieto, como un mojón de piedra que resalta su sombra maciza entre las sombras de la noche.

Después se volvió lentamente y encendió un cigarrillo. El ruido de la portezuela del sedán sonó hiriente y recortado y luego el motor runruneó con apagado resoplido. Él coche se puso en marcha, saliendo de entre los árboles que lo habían ocultado.

Por un momento, Ginger permaneció quieta donde estaba. En su mente empezó a concretarse el camino a seguir.

Sí, lo haría, y si no alcanzaba éxito…

Dio media vuelta y regresó sobre sus pasos, como un extraño fantasma que cruzara entre los árboles.

Capítulo IX

Delante de sí, sobre la barra del bar, estaban los cambios de los dos billetes de a dólar y los restos del par de bocadillos de pollo que habían constituido su almuerzo.

Apuró de un trago el vaso de cerveza y vació el resto de la botella. Luego abrió el periódico, tapándose con él.

Tomaba aquellas medidas de precaución mecánicamente aunque en realidad eran innecesarias. A las diez escasas de la mañana, sólo otros dos individuos había en el bar y no era probable que acudieran más clientes hasta la hora de la comida.

El sordo camarero se dedicaba aún a poner en orden las botellas y el mozo pasaba por la barra un trapo mojado. Estaba apagada la luz eléctrica y sólo reinaba en el moderno bar la acogedora penumbra de un día gris y lluvioso. A través de los cristales de las ventanas, abiertas al ras de la acera, se veían pasar presurosas las piernas de los transeúntes y levantar pequeños surtidores los hilos de la lluvia.

El hombre no leía. Con los ojos fijos en las columnas del diario estaba pensando en otras cosas. Pensaba que el tiempo se le echaba encima y que aún estaba a mitad de camino. Era necesario activar y no se le ocurría de momento la forma de lograr su propósito. Aún permaneció inmóvil en aquella postura un rato, dándole vueltas a todas las posibilidades de la única idea que se le ocurría.

El camarero se le acercó retirando la botella vacía.

—¿*One more*?— preguntó.

—*No, thank you…*— contestó. En su cerebro se había formado el plan que debía seguir.

Recogiendo los cambios que quedaban sobre la barra dejó una propina y se metió el resto en el bolsillo, ajustándose luego el

cinturón de la trinchera antes de abandonar el local.

Llovía con bastante intensidad y seguía soplando un viento fuerte. Con el sombrero calado hasta las cejas y subido el cuello de la trinchera se encaminó a grandes zancadas calle abajo.

En la calle Ochenta y dos, entre Lexington Avenue y la Tercera, entró en el gran garaje que anunciaba con enormes letras capitales:

«*DRIVE YOURSELF*».

Estaba lleno de coches de todos tipos y marcas. Cruzó entre ellos sacudiéndose la lluvia que le corría por el sombrero y se acercó al encargado:

—¿Está listo ese «Lincoln»? —preguntó señalando el moderno y potente auto al tiempo que mostraba su carnet de conducir.

El encargado, un hombre rechoncho y calvo de faz colorada y socarrona, echó un vistazo al carnet.

—Ja, ja, ja… —rió—. Jack Jackson. Si tuviera usted otro apellido, sería «Jacksonville» o algo por el estilo. Bueno —siguió, rascándose la calva dubitativo al ver que el otro no le hacía gracia su chiste—. Ese «Lincoln» le cuesta diez dólares a la hora.

—Aquí tiene cien. No sé el tiempo que estaré con el coche. Tome nota del carnet.

Esperó un par de minutos a que el encargado concluyera y se guardó el carnet, metiéndose en el potente auto. Como un consumado experto avanzó entre los demás coches que obstruían el mojado asfalto del garaje, salió a la calle y desapareció por la tercera arriba.

Por el puente de la Tercera pasó al continente dejando Manhattan atrás, y poco después terminó de cruzar el Bronx y volaba por la carretera, atravesando Mount Vernon hacia el mar.

La lluvia seguía cayendo obstinada y pertinaz, y el viento, sin barreras que lo contuvieran, soplaba borrascoso desde el Atlántico.

Jack, hundido el sombrero hasta los ojos, las manos asiendo con firmeza el volante, dominando el poderoso coche con seguro pulso a pesar del resbaladizo asfalto mojado, ganó la orilla de la playa.

Delante del parabrisas, que las varillas limpiando barrían de lluvia, se dibujó la masa compacta y obscura de Sandy Pick. El rocoso promontorio avanzaba hacia el mar como un tétrico gigante desafiando al viento. Algunas blancas gaviotas planeaban sobre las

olas embravecidas, lanzando sus graznidos gozosos en medio de la borrasca.

Pero Jack no las oía. Ni siquiera les concedió una mirada. Al alcanzar un claro entre los árboles de su izquierda giró bruscamente, metiendo sin ningún respeto el moderno coche a campo traviesa. El suelo, mezcla de arena, tierra y piedra, era lo bastante duro para soportar el peso del «Lincoln», aunque sus ruedas se hundían bastante sobre el barro.

Condujo dando tumbos hasta que la carretera desapareció por completo de su vista. Entonces paró. Quitó la llave de contacto y bajó del coche, dejando la portezuela sin llave, de modo que se pudiera abrir con rapidez.

Miró alrededor. Todo era soledad, desolación. Sólo el aullido del viento huracanado y el ronco y amenazador rugido del mar asaltando la playa. Arboles escuálidos, castigados por los vientos, rodeándole.

Con la espalda inclinada hacia adelante y las manos hundidas en los bolsillos de la trinchera empezó a caminar, atravesando el campo en dirección a Sandy Pick, todavía a un cuarto de milla de distancia.

Dos días después era el asalto al Saving Work Bank. El establecimiento bancario estaría bien guardado y la gente se defendería. Habría muertos.

—«Es preciso darse prisa —casi murmuró mientras caminaba chapoteando en la tierra reblandecida por la intensa lluvia—. Es preciso darse prisa. De lo contrario, algunas personas pagarán con su vida…».

Pasó Sandy Pick, dejando atrás la sombría casa que se elevaba solitaria al otro lado, y dio un rodeo describiendo un ancho círculo hasta tomarla por la parte posterior. Entonces empezó a acercarse en línea recta, escudándose entre los árboles a cada paso que daba, vigilando atentamente cualquier movimiento que pudiera producirse por la parte en que la casa estaba.

Cuando llegó a veinte yardas de sus muros se detuvo, escrutando las ventanas. Todas estaban enrejadas. Sólo en los salientes de las buhardillas brillaban los cristales sin la férrea protección. Sin duda lo habían considerado demasiado alto para que nadie se atreviese a subir por allí.

No se percibía ningún movimiento. La sólida construcción emergía triste y obscura entre los desmedrados árboles, bajo el cielo negro.

Durante varios minutos, Jack la estuvo estudiando. El agua escurría a chorros por los negros e inclinados tejados de pizarra y corría por los canalones de hierro.

—«Es el único camino…» —murmuró.

Con infinitas precauciones, cuidando de no quedar nunca descubierto, fue aproximándose al edificio.

Pegado contra el muro aguardó con la mano derecha metida bajo la solapa de la trinchera.

Nada. Ni un signo de vida. Sólo el viento soplando rabioso y la lluvia cayendo frenética.

A sus pies, el largo canalón que llegaba hasta el tejado soltaba un chorro de agua.

Pareció mucho más alto cuando estiró sus manos y asió el grueso tubo de hierro. Tres pisos… Unos treinta pies…

La flexibilidad y potencia de sus largos brazos se puso de manifiesto cuando empezó a izarse. Daba la sensación de no hacer el menor esfuerzo. Sin ruido, afirmándose con las rodillas y las puntas de los pies a cada nuevo movimiento, empezó a subir pegado al canalón. Era fuerte la vieja tubería. Resistía. La lluvia le golpeaba el rostro como granizada de perdigones y el viento azotaba su cuerpo, haciendo flamear los faldones de la trinchera.

Había sido fácil. Sus manos se engarfiaron en la cornisa de piedra y su cuerpo se elevó hasta quedar tendido sobre el saliente. Cinco yardas más allá brillaban los cristales mojados de la buhardilla.

Jack se arrastró hacia ellos, avanzando entre el tejado inclinado y el vacío, por la estrecha cornisa plana. Lo alcanzó. Antes de continuar, escuchó un momento. Sólo el intenso repicar de la lluvia.

Entonces probó a abrir empujando. Estaba cerrado. No tenía más remedio que arriesgarse. Levantó el brazo y descargó un golpe seco y violento con el codo doblado.

Los cristales saltaron hacia el interior. Parecía que toda la casa retumbaba con aquel ruido. Jack no perdió ya un solo segundo. Inmediatamente saltó al interior, se puso en pie y pegó su oído a la puerta, esperando oír pasos. En su mano brillaba su «Lugger» con

opaca tonalidad.

La suerte seguía sonriéndole. Nadie acudía. Tal vez no había nadie en la casa. Sin embargo, le costaba trabajo creerlo.

Con movimientos rápidos, seguros y silenciosos, abrió la puerta de la buhardilla y empezó a caminar por el corto pasillo que se abría ante él.

Pronto se encontró con el hueco empinado de una estrecha escalera. Sin titubear, empezó a bajar. Otra puerta se interpuso a su paso. Empujó. Estaba abierta.

Esta vez vio ante sí un pasillo ancho, casi una sala. Era la terminación de una gran escalera. La reconoció: la escalera que ascendía desde el vestíbulo. Avanzó hasta el rellano y se detuvo. Sonreía imperceptiblemente, del piso inferior subía una música gangosa, acompañada de la voz de un cantante. Alguien estaba oyendo la radio.

Le fue fácil localizar el lugar. Era en el primer piso y tenía que pasar por delante. Avanzó, dispuesto a todo. Si había un hombre y era descubierto… peor para el tipo que fuera.

Con pasos largos y felinos llegó al primer piso y caminó hacia el lugar de donde salía la musiquilla. Vio que la puerta estaba abierta y se detuvo, pegándose a ella. Con grandes precauciones empezó a asomarse.

Era una lujosa salita. En un rincón del fondo vio una pequeña mesa con un teléfono. Unos cuantos sillones… Adelantó la cabeza. Un hornillo eléctrico apareció a su vista, en el suelo… unos pies. Alguien estaba medio tumbado en un sillón con las piernas estiradas. La voz del «*speaker*» dijo algo sobre el disco radiado y empezó a divagar. Se oyó entonces el silbido del aparato al ser manipulado en busca de otra estación.

Jack se asomó. Era Smiles. Estaba de espaldas a él, inclinado sobre el receptor de radio.

De una zancada, Jack cruzó por delante de la puerta y siguió bajando hacia la planta del edificio.

Pegado contra la puerta del sótano, Jack extrajo el manojo de ganzúas y empezó a probarlas una por una, sin ninguna prisa. Por fin la cerradura cedió, girando suavemente. Había calculado bien. De un solo vistazo la única vez que había entrado allí se había dado cuenta de la clase de cerraduras que tendría que tratar. Volvió a

cerrar a sus espaldas y apartó la llave falsa metiéndosela en otro bolsillo. Bajó tranquilamente sin encender la luz y de nuevo repitió la operación ante la otra puerta con igual éxito. También cerró y apartó la ganzúa utilizada.

Se movió entonces con toda tranquilidad, como si estuviese en su casa, aunque procurando no hacer ruido, Encendió la luz y busco el lugar donde Smiles introdujera aquel objeto metálico. Jack suponía lo que había sido: una simple hoja que pusiera en contacto dos polos.

Abrió una fina navaja y tanteó en la hendidura de las dos piedras. Al cabo de un instante sintió en la mano una sacudida. Aquello estaba bien.

Se acercó al lugar donde Smiles apretara y empujó la piedra con fuerza. Miró: El trozo de muro estaba girando lentamente.

—«Eléctrico…», murmuró burlonamente. Apagó la luz del sótano anterior y encendió la del «arsenal». Delante de él se alineaba todo el potente armamento que Walton tenía almacenado. En la pared, aquellas cajas de reluciente acero… Ahora iba a saber qué contenían.

Durante cerca de una hora, Jack permaneció agachado ante la fuerte anaquelería probando una a una todas las ganzúas que llevaba. Poco a poco, la esperanza iba desapareciendo de él. No servían. Aquello continuaba firme, sin ninguna muestra de querer abrirse.

Por fin se levantó. Miró la hora. El tiempo había corrido sin darse cuenta, multiplicando las posibilidades de que alguien le sorprendiera allí. Era imposible abrir aquellas cajas.

Desistió de sus inútiles esfuerzos y abandonó el lugar, repitiendo las operaciones para cerrar el muro de piedra.

Poco después alcanzaba el vestíbulo del edificio. En el piso de arriba seguía sonando la radio. Un fox lento, dulzón, empalagoso…

Jack ascendió las escaleras. Vio a Smiles encuadrado en la puerta. Seguía tumbado en el sillón, filmando con los ojos entornados.

Un momento después había pasado por delante de la puerta y subía a la buhardilla.

Abajo, la música seguía sonando estúpidamente…

* * *

—Hágale pasar —ordenó Rodex al agente.

Volvió a mirar el pequeño trocito de papel que, metido en un sobre lacrado le había entregado el mensajero, y le acercó un fósforo.

—«A las cinco…» —murmuró apagadamente aplastando las reducidas cenizas. Se puso en pie al entrar su visitante y le alargó la mano.

—Hola, capitán. Qué le trae por aquí.

Fulton se dejó caer pesadamente en uno de los sillones. Presentaba un aspecto medio derrotado, como si hubiera llegado al límite de su resistencia nerviosa.

—Nada concreto… —contestó abriendo las manos—. Sólo quería saber si ha descubierto usted algo nuevo.

Rodex se sentó a su vez, observando a Fulton con mirada analítica.

—Nada absolutamente. Por lo que parece, Walton es omnipotente. No hay nada que él no pueda hacer con total impunidad. Yo esperaba que su investigación arrojara alguna luz acerca de las personas que intervinieron en el envenenamiento de Mike Row. Algo habrá descubierto…

De nuevo repitió Fulton el desolado ademán de abrir las manos extendiendo los brazos.

—Alguien llevó cena, encargando que se le entregara a Mike. La examinaron antes de dársela, pero no había nada sospechoso. El vino estaba envenenado… Walton trabajó deprisa.

—Sí, muy deprisa. Resulta asombroso, ¿verdad? Es indudable que estaba enterado de que Mike había abierto la boca —añadió mirando a Fulton con enigmática fijeza—. ¿Quién cree usted que pudo avisarle?

—¿Eh…? Lo comprendería al ser detenido…

—No, Fulton. ¿Lo sabía «antes»? Alguien le avisó. ¿De veras no se le ha ocurrido sospechar de nadie?

—Pues… no. No había pensado en esa posibilidad.

Le aseguro que… Pero sólo estábamos cuatro personas delante cuando Mike habló…

—Cinco contándome yo.

—Sí, claro, cinco. Es absurdo. Nadie pudo avisarle. Rodex se encogió levemente de hombros.

—De todas formas, si usted tiene completa confianza en todos tal vez yo esté equivocado. Quizá, después de todo, él lo adivinara.

No cambió su expresión cuando advirtió el gesto de Fulton. Dio la sensación de que algo dentro del capitán se deshinchaba librándole de alguna opresión molesta.

—Sí. Yo creo que debió ocurrir eso. Lo adivinó…

—Y de ese famoso «hombre alto», ¿ha descubierto algo nuevo?

Otra vez pareció que Fulton se sorprendía, como si le hubieran hecho una pregunta inesperada.

—No, nada… —contestó con cierta precipitación—. Nada en absoluto. Se lo ha tragado la tierra.

—¿No sabía nada de él? ¿Ninguna pista?

—No. Nada. Ninguna pista. No creo que vuelva ya a las andas. Probablemente ha robado lo suficiente y se ha retirado de su peligroso oficio. ¿Por qué se ríe?

Efectivamente, el inspector Rodex estaba sonriendo, pero era una sonrisa tan sutil, que bien hubiera podido pasar desapercibida.

—Creo como usted… que ese hombre «se ha retirado». Aunque sería posible que volviéramos a saber de él dentro de poco.

—¿Usted cree…?

—¡Quién sabe!

Se levantó inclinándose hacia el capitán, que le miraba a los ojos como si deseara descubrir los escondidos pensamientos del inspector. Diríase que estaba intranquilo, como si temiera que Rodex pudiera pensar mal de él. Rodex sonreía enigmáticamente.

—Son las cuatro y cincuenta. Si desea usted consultarme algo le niego que lo haga ahora. He de salir…



—No, nada. Únicamente he venido para contrastar mis opiniones con las de usted. Es desesperante este caso —añadió con gesto hosco, colérico—. No descansaré hasta que vea a Walton Lake achicharrándose en la «silla».

Era estúpido, pero de nuevo le pareció que Rodex había sonreído. Sin embargo, debían ser suposiciones suyas, pues el inspector permanecía inexpresivo.

—Si se entera usted de algo, le ruego que me lo comunique.

—Descuide usted, capitán. Así lo haré.

Le miró salir y cerrar la puerta tras él. Entonces se sentó y apretó el timbre pensativamente. En sus labios jugaba una mueca

que no podía saberse si era una sonrisa o un gesto de preocupación.

—Nadie debe molestarme hasta que yo avise —ordenó al agente que había aparecido a su llamada—. Deseo que mi teléfono quede conectado directamente, sin pasar por la centralilla. Vaya usted mismo a hacerlo y quede de guardia hasta que yo lo ordené.

Se levantó y cerró la puerta con pestillo, después que el agente hubo salido. Lentamente echó una ojeada circular alrededor de su amplio despacho, cerciorándose de que nadie podría oír una palabra de lo que allí hablara. Luego se sentó, encendió un cigarrillo, y quedó estático aguardando pacientemente.

El segundero central del pequeño reloj que había sobre la mesa avanzaba a pequeños saltos, abatiendo los medios segundos. La larga manecilla se acercaba al signo de las doce. Saltó sobre el minuto cincuenta y nueve y por un instante infinitesimal pareció detenerse. Entonces, como si se hubiera dado cita con el movimiento de la negra saeta, el timbre del teléfono de mesa repicó en el silencio de la estancia.

Una vez… dos… tres… cinco veces, Y paró.

De nuevo, al cabo de un par de minutos que al inspector Rodex le parecieron eternos, el timbre volvió a sonar con su desagradable repique. También contó los timbrazos. Cinco. Y de nuevo calló.

Cuando el timbre volvió a sonar, el inspector Rodex descolgó el aparato.

—Diga… —Escuchó reconociendo la voz—. Bien. He estado intranquilo. Toda la semana sin noticias. ¿Has conseguido algo…?

La voz que sonaba apagadamente al otro lado del teléfono, repuso con brevedad:

—Un éxito. Nuestro plan resultó.

—¿Te reconoció, entonces?

—En cuanto vio las huellas de mi calzado.

Rodex meditó un segundo, aunque ya había pensado detenidamente sobre aquello.

—Sólo una persona estaba enterada de esa particularidad… —repuso lentamente. Y luego, no recibiendo ninguna respuesta del otro lado completó su pensamiento—: Fulton.

—Lo sospeché cuando asesinaron a Mike Row. Escucha: Anota esta dirección: promontorio de Sandy Pick, atravesando Mount Vernon. Es el cuartel general. ¿No hay peligro de que interfieran

nuestra conversación?

—Ninguno. Puedes hablar. ¿Dónde estás?

—En un bar. Por mí no te preocupes. He tomado todas las precauciones. Atiende: Nos proponemos asaltar el Saving Work. Espero concluir antes. Creo que esta noche todo quedará concluido. Necesito nitroglicerina.

—Te lo dejaré todo preparado, en el mismo sitio de siempre. Oye… Kay está intranquila. Me llamó. ¿No puedes escribirle un par de líneas?

—No quiero correr ningún riesgo… Podrían descubrir… Dile que estoy bien, que no corro peligro. ¿Recuerdas bien las señas? Volveré esta noche…

La voz de Rodex se hizo más apagada.

—Promontorio Sandy Pick.

Escuchó aún un instante. Luego colgó.

Eran las cinco y siete minutos de la tarde cuando salió de su despacho y bajó al garaje del
F. B. I.,
comprobando que todo estaba listo para un caso de urgencia. No dio ninguna explicación. Salió a la calle tranquilamente, se metió en su coche y se alejó como hombre que tiene tiempo de sobra y carece de preocupaciones.

CAPÍTULO X

El «The Black Hole» hervía de animación. Acababa de cambiar la orquesta y los músicos de la «Harlem Boys» soplaban frenéticos hinchando los carrillos, relucientes sus negras caras.

Peggy iba entre las mesas luciendo al mismo tiempo sus piernas, su busto y sus flores. El jefe pagaba medio dólar por cada ramillete y ella los vendía a cinco dólares y le quedaba un diez por ciento. Era un buen negocio para todos.

A veces, aquel bestia de Steady Rock pretendía molestarla o devoraba sus breves pantaloncitos haciendo garabatos con los porcinos ojos pero mientras ella tuviese la protección del jefe no había peligro de que aquel desagradable orangután se propasase.

Ella ahora se había vuelto a enamorar. Esta vez era de un muchacho recién salido de la Universidad, un verdadero caballero que la ayudaba a ponerse el abrigo y le daba la mano para bajar del coche. Hasta le había hablado de matrimonio… Peggy se reía al recordarlo.

¡Esos muchachos tan «caballeros» son bastante inocentes!…

Acabó de dar la vuelta por la sala, sonriendo a todos los clientes que no estaban acompañados de mujeres, y llamando «señorita» a todas las mujeres que estaban acompañadas de hombres. Ya llevaba cerca de veinte dólares de comisión aquella noche… Al «The Black Hole» acudía «gente bien».

Abrió la puerta y entró en la sala de juego. Allí solía tener menos éxito. La gente estaba demasiado ocupada en seguir los saltos de una bolita de marfil, el baile de unos dados o el curso de un «diez» de diamantes…

No se detuvo mucho. Ni siquiera miraban sus piernas… Cuando un hombre empieza a pensar en el dinero empieza también a

olvidar las maravillas de la Naturaleza…

Sonrió a Ginger al pasar, haciéndole señas de si quería unas flores. Ginger asintió. La misma Peggy, escultural y ondulante, se las puso prendidas en el amplio escote de su vestido de noche. Se alejó sin cobrar. Ginger era la «reina»… por el momento.

Estaba muy tranquila Ginger… Últimamente, desde que un día apareciera por allí cierta muchacha morenita de la «buena sociedad», había andado un poco nerviosa.

Peggy volvió a salir al *cabaret*. Era agradable que la gente tuviese los nervios calmados… No envidiaba a Ginger. ¿«Reina»…? Peggy no quería serlo. Conocía demasiado las veleidades de Walton Lake. Era un hombre muy caprichoso. Peggy había conocido ya cuatro «reinas» en el «The Black Hole»…

Cruzando por la sala de juego, Ginger se situó con indiferencia en la mesa de ruleta fingiendo interesarse por la marcha del juego. Pidió algunas fichas al «croupier», y las puso al descuido sobre el tapete verde. Ni siquiera oía la voz cantando los números al detenerse la bolita entre dos de las infinitas varillas de la ruleta. Le gustaba mirar el niquelado «plato» como rodaba veloz y la pequeña bolita daba saltos y tumbos, pero aquella noche pensaba en otra cosa.

Ya hacía un cuarto de hora que Smiles había salido a buscar a Walton y que éste había entrado en su despacho. No sabía qué podía estar haciendo dentro tanto tiempo. Además, se había encerrado. Desde luego, estaría maquinando algo… Pero el tiempo iba pasando y Ginger tenía que hacer. Era mejor no demostrar impaciencia. Calma. Era lo mejor. Nadie debía sospechar que estaba hirviendo de rabia.

Walton no lo sospechaba. No tenía la menor sospecha de haber sido sorprendido y sobre todo en aquel momento no se acordaba de Ginger ni de Anna. Escuchaba las explicaciones que le daba aquel individuo alto, de rostro hermético y anguloso y ojos brillantes. Smiles estaba a su lado, mordiéndose las uñas mientras atendía. Todo estaba bien planeado al parecer. Aquello no tenía el menor fallo.

Walton atendió sonriendo las últimas explicaciones de Jack. Había tenido una buena idea cuando se le ocurrió «cazar» a aquel hombre. Desde luego, después de haber cometido aquella

ininterrumpida sarta de atracos era natural pensar que tenía que ser un hombre «especializado». El muy imbécil se había «tragado» lo de que le iban a quedar a él cien «grandes»…

—Está bien. Jack —dijo Walton—. Esta noche iremos a Sandy Pick y lo concluiremos todo.

Nadie notó el disgusto que la proposición de Walton producía a Jack. Éste, serio, sin una sonrisa, sin tomarse la menor molestia de ser amable con el jefe, objetó flemáticamente:

—Esta noche pensaba dormir.

Sabía que Walton estaba ya demasiado metido con él y prefería hablarle con sequedad. Era conveniente hacerle ver que él no le temía ni le consideraba importante.

Walton no ocultó la rabia que sintió.

—Estoy harto de oírte objetar siempre. El jefe soy yo. Métete eso en la cabeza, Jack… si no quieres tener disgustos.

—Yo no tengo «jefes», Walton —contestó fríamente—. Nos hemos asociado para un negocio. Yo mando en esto. Repartiremos las ganancias como acordamos y asunto concluido. Te digo que me parece mejor ir a Sandy Pick mañana por la mañana. No trato de suscitar discusiones, pero no quiero que se me hable en ese tono.

—Tampoco yo quiero suscitar cuestiones, pero deseo que se cumplan mis órdenes —le miró en silencio unos larguísimos segundos y luego, recuperando su sonrisa, como si se hallara del mejor humor del mundo, añadió arrastrando las palabras—: Está bien, Jack… Si tienes sueño, vete a dormir. Los muchachos y yo vamos a ir a la «casa» a las cuatro de la madrugada, cuando vea que esto va bien. Te lo digo por si «te desvelas» y cambias de idea. Te estaremos esperando… Puedes irte ahora si quieres.

«Jack» se levantó reposadamente. Le interesaba mantener aquella atmósfera, pero no ir demasiado lejos.

—Quizá vaya, después de todo —contestó—. Sí, quizá vaya…

Salió por la puerta falsa del despacho. Walton y Smiles se miraron. El sonriente individuo jugaba con un llavero mecánicamente. Walton Lake hizo un gesto ambiguo con las cejas.

—Todavía no, Smiles… —sonrió suavemente—. Después… Cuando tengamos en los bolsillos los billetes del Saving Work. Este hombre nos es muy útil…

* * *

Sin esperar a ver el resultado de su «puesta», Ginger abandonó la mesa de ruleta en cuanto le vio salir del despacho y se le acercó con paso Cadencioso, poniendo en juego todas las curvas de su bien modelado cuerpo.

—Hola, «*darling*» —le sonrió hechiceramente colgándosele del brazo con abandono—. ¿Qué has estado haciendo tanto tiempo en tu despacho…? Me aburro, Walton…

El rutilante brillo del artístico peinado de la rubia o su exagerado y excitante escote no despertaron la atención del *gángster*, que se encogió de hombros…

—Negocios… —contestó con ambigüedad—. ¿Por qué no te marchas a dar una vuelta, si te aburres?

No es necesario que estés siempre aquí metida.

Ginger sonrió hechiceramente, mirándole con arrobo. Hacía un par de semanas no le hubiera hablado de aquella forma. Al contrario: se hubiera apresurado a sacarla él mismo, llevándola a algún sitio donde nadie les molestase.

—¿De verdad no te molesta que salga a dar una vuelta? —dijo bostezando levemente—. Tomaría un poco el fresco. Puedo dar un paseo con el coche… Acompáñame, Walton… Anda…

—No, no puedo. Vete tú sola si quieres. Tengo que permanecer aquí todavía.

—¡Oh, qué fastidio! Me gustaría que vinieses conmigo. ¿No podrías dejar esto un rato?

—No, Ginger, tengo que hacer aquí. Vete tú si quieres…

Ginger le miró a los ojos de extraña manera, luego sonrió. Se alzó un poco sobre las puntas de los pies y le rozó los labios con su encendida boca, sin importarle la gente que llenaba la sala de juego.

—Entonces saldré sola. Necesito que me de el aire…

Walton Lake la miró mientras ella se dirigía hacia el despacho donde solía dejar su abrigo y su bolso. Era hermosa, excitante… Se había encaprichado con ella viéndola trabajar en un «burlesco», donde Ginger mostraba al público toda su dislocante belleza. Ahora ya no le interesaba. Ya se sabe…: después de tomar un cocktail explosivo y bien cargado uno añora los vinos añejos. Anna era eso: un buen jerez con muchas generaciones de rancia solera.

Miró la hora. Era la una de la madrugada. ¿Iría Jack a la «casa»? Walton Lake cruzó el salón, despacio. Estaba lleno. Un chorro de dólares que le entraba al bolsillo cada noche… Estaba bien. Aquella gente consideraba que era distinguido perder.

—«Vendrá —pensó—. No se atreverá a desobedecerme. Pero ese tipo es peligroso… Demasiado independiente. Smiles se encargará de frenarle los ímpetus… después del asalto al Saving. La una… A las tres y media saldré con los muchachos y a las cuatro llegaré a la "casa". Todo está preparado. Pasado mañana…».

Sugar le sonrió al pasar. Todo magnífico. Había un «punto» que quería dárselas de millonario. Un muchacho bastante joven. Llevaba perdidos un montón de dólares y continuaba perdiendo impertérrito. Luego comentaría entre sus amistades que había perdido unas decenas de miles en el «The Black Hole». Aquello le daría categorías…

Todo bien… todo bien. El bueno del capitán Fulton no daba un paso en el esclarecimiento de los asesinatos de Vera Duluth y de Mike Row. Todo bien,…

El reinado de Walton Lake continuaba…

* * *

El «Buick» iba lanzado corriendo por el Grand Central Parkway. Las cosas estaban ocurriendo conforme Ginger había proyectado. Walton se quedaba aquella noche en el «The Black Hole» y la muchacha morena no, había ido. Ahora podría explicarle algunas cosas y después de eso, no era probable que aquella aristócrata quisiera seguir viendo a Walton Lake. Si era necesario, si ella no la creía (son tan estúpidas algunas de esas muchachas), ella. Ginger, le demostraría rotundamente «quién» era Walton. La llevaría a la «casa» y le mostraría el contenido de ciertas anaquelerías de acero…

Atravesó Cunningham Park. La residencia de los McRedlex estaba cerca ya… ¡Qué voz había sacado la muchacha cuando ella la telefoneó! Se le notaba la sorpresa. «¿Para qué desea usted verme…?». ¡Estúpida! Le había dado una explicación aceptable. «¿Para qué desea usted verme…?». Diríase que a juicio de la necia muchacha, no podía existir nada en el mirado que formara lazo de

conexión entre ella y Ginger.

¿Ahora sabría para orné quería verla? ¡Esas muchachitas que parecen todo candor e inocencia, como si nunca hubieran roto un plato, y que se vuelven idiotas en cuanto un tipo como Walton les hace una seña con el dedo!

Vio el lugar donde el *gángster* la había estado esperando aquella noche. Ella había quedado en salir. Ginger maniobró el «Buick» y lo metió entre los árboles, pegado a la cuneta, después de darle la vuelta. Era ya un poco tarde. La una y cincuenta y cinco minutos… casi las dos de la madrugada…

Encendió un cigarrillo y aguardó fumando. La chica no podía tardar mucho en salir. Desde el volante del «Buick», Ginger veía cruzar raudos y veloces los coches que subían por el Gran Central rasgando las tinieblas de la noche con el puñal de sus faros.

La vio aparecer por el mismo sitio que aquella otra noche, pero le causó una sensación diferente. Ahora se la imaginó como un ratón acercándose con miedo a un cepo. Bajó del coche y se adelantó a ella entre las sombras de los árboles.

—Buenas noches —le dijo opacamente, aferrando su bolso con la mano derecha—. Ha hecho bien en venir. Pase al coche y podremos hablar más tranquilamente.

Anna apenas murmuró un par de tímidas palabras de saludo. No comprendía qué quería aquella mujer, aunque vagamente había supuesto que «ella», debía tener algo que ver con Walton.

—«Si es por eso —pensó—, no me dejaré intimidar». Se sentó en el coche, al lado de Ginger que volvió a ocupar el lugar del volante.

—Dígame qué desea. No comprendo qué puede usted tener que decirme.

Ginger le clavó sus helados ojos valiéndose del espejo retrovisor. ¡Tanto orgullo, para luego mezclarse con un *gángster*! Compuso su voz dándole un tinte de amistosa protección:

—La he visto a usted un par de veces y he sentido una… simpatía que usted no podría creer viniendo de una mujer como yo —susurró.

Anna sintió que algo se conmovía dentro de ella. Quizá aquella mujer era desgraciada.

—No suponga usted que yo…

—Déjelo, no tiene importancia. Le he dicho eso únicamente,

para que comprenda usted cuál es la clase de interés que me ha hecho llamarla por teléfono esta noche. Hace unos años… —continuó con voz nostálgica—, yo era tan joven… y tan inexperta como usted… Por favor, no se ofenda.

—No me ofendo, pero no comprendo…

—Muy sencillo; en aquella época yo conocí a un hombre. Era joven… impulsiva… Me enamoré. Me hablaban mal de él —siguió diciendo con voz velada por la emoción—, pero yo nunca quise creerlo.

Ginger hizo una pausa, volviendo a encender un cigarrillo. La llama del mechero alumbró su rostro, cuyas duras emociones no podían ser por completo contenidas por el evidente esfuerzo de voluntad que hacía.

Anna pensó que aquella mujer era muy valiente y que debía haber sufrido mucho.

Ginger acabó de encender el cigarrillo y expelió una bocanada de humo, que fue débilmente visible en la obscuridad del coche, disipada solamente por la luz del reloj del cuadro.

¿Quién había sido aquel hombre…? Ginger ya no lo recordaba. Aventuras cuando aún no tenía quince años. Ella siempre había «prometido» mucho. Después… ¿Quién había sido «el primero» realmente? Total, ¿qué importancia tenía aquello? Había llovido mucho desde entonces…

—¡Sí! —continuó diciendo—, nunca quise creerlo. Hasta que hizo de mí… lo que soy.

—Crea usted que me apena lo que me dice —contestó Anna, conmovida—. Ha debido usted sufrir…

Ginger, hizo un gesto con la mano como si aventase una importuna emoción.

—Desgraciadamente, luego… ¡demasiado tarde! Comprendí que cuanto decían de él era verdad… Sí: ¡demasiado tarde!

Se volvió a Anna y la miró en la obscuridad con fijeza. Era perceptible el duro brillo de sus ojos.

—¿Sabe usted lo que significa traficar en drogas? —preguntó. Y sin esperar respuesta añadió ella misma—: ¡Condenar a unos pobres desgraciados a un infierno permanente! ¡Enloquecer a la Humanidad! ¡Multiplicar los crímenes! ¡Casi todos los asesinatos que se cometen en los Estados Unidos son llevados a cabo por

gentes envenenadas a tuerza de tomar cocaína o morfina! ¿Comprende usted? El verdadero responsable de todos esos crímenes es el hombre que trafica con ese veneno enloquecedor. ¡De ese hombre me había enamorado yo!

—Es horrible… —murmuró Anna aterrada.

Ginger volvió a fumar guardando unos segundos de silencio. Resulta muy impresionante un instante de silencio cuando se quiere causar un efecto profundo. Luego con voz sorda, ahogada, añadió:

—Ese hombre se llama… ¡Walton Lake!

Todos los músculos del suave cuerpo de Anna se envararon. Fue un inconsciente y rápido movimiento de defensa. Se volvió a Ginger:

—Eso… no es verdad…

¡Aquella idiota! Ginger observó de reojo la hora en el reloj del coche. La luminosa esfera marcaba las dos y veinte minutos. Se hacía tarde; era preciso abreviar.

—Suponía que no me creería usted —dijo con voz amarga—. ¡Tampoco yo lo creí! Pero yo se lo voy a demostrar, si tiene usted valor. No quiero que ese hombre vuelva a destrozar a una inocente muchacha.

La cogió del brazo. Anna sintió clavársele los cinco dedos de la mano de Ginger:

—¡Venga usted! ¡Ahora mismo! Sólo sesenta minutos, y quedará convencida. ¡Lo verá con sus propios ojos, sin que pueda caber duda! ¡Venga usted conmigo y sabrá quién es Walton Lake!

No esperó respuesta. Metió el cambio de marchas y soltó el embrague. El coche arrancó.

—¡Espere! ¡Qué hace!

—Voy a convencerla. Voy a demostrárselo. No tema nada. Le estoy salvando la vida. No le dio tiempo a seguir protestando. Metió la directa y clavó el pie en el acelerador. Y el coche salió disparado por el Gran Central en busca del Bronx y de Mount Vernon.

Junto al cuenta-kilómetros, la esfera encendida del reloj marcaba las dos y treinta de la madrugada.

* * *

Eran las dos y media de la madrugada cuando «Jack» detuvo el

«Lincoln» entre los árboles dejando en marcha el silencioso motor y se aproximó a la «casa».

Todo estaba apagado. En medio de la negra noche, al pie del sombrío promontorio de Sandy Pick, parecía el fantasma de algún viejo monasterio derruido.

Jack estaba seguro de que no había nadie en el viejo caserón, pero no por eso olvidó adoptar precauciones. Como hiciera aquella mañana, se acercó precavidamente y empezó a ascender por el canalón. Era fácil, ahora que ya conocía el camino.

Traspuso la cornisa sintiendo que el viento pugnaba por arrancarle de su base de sustentación y arrojarlo al abismo, y alcanzó el roto cristal de la buhardilla.

Segundos después bajaba por las escaleras y alcanzaba el primer piso.

Todo desierto. Ni un alma. Silencio y obscuridad. Encendió la linterna y describió un círculo con el rayo luminoso, examinando la habitación donde estuviera Smiles. Vio el teléfono allí cerca, las ventanas enrejadas, una puerta al otro lado… Apagó, y continuó bajando a obscuras.

Ya no tuvo que perder tiempo ante la puerta del sótano. En un momento quedó abierta y vuelta a cerrar a su espalda. Y bajó por los estrechos y húmedos escalones de piedra.

La siguiente puerta se abrió con igual facilidad y también el muro de piedra se descorrió. Sacó la navaja que metiera para hacer contacto y penetró en el sótano encendiendo la luz.

Todo estaba igual que cuando él lo visitó por la mañana. Las mudas filas de metralletas y ametralladoras, de automáticas y riñes de precisión.

Y al fondo, la anaquelería de cajas de acero brillante bajo la amarillenta luz de la única bombilla.

Jack se inclinó tanteándolas. Perfectamente ajustadas, como piezas de precisión. Allí no podría entrar una palanqueta, ni ninguna oirá herramienta. Aquello solo se podía abrir con una llave o con…

Jack extrajo un pequeño frasco de su bolsillo. Era una diminuta botella con un membrete azul: «Nitroglicerina». Durante buen rato trabajó intensamente haciendo unas parles con infinito cuidado. Luego fue metiendo unos finos alambres en la cerradura de varios

de los cajones de acero y colgó de ellos sendas pequeñas bolsitas.

Con tanto cuidado como si estuviese manejando a un niño recién nacido, Jack empezó a conectar unos largos alambres a los que colgaban de los cajones. Después llevó estos últimos alambres al otro lacio del muro de piedra, en el sótano anterior.

Trabajaba velozmente, silenciosamente. Eran las tres y diez de la madrugada. Walton había dicho que iría a las cuatro. No quedaba tiempo que perder…

Pegado contra el espeso muro de piedra sacó una pila del bolsillo y conectó a uno de los alambres uno de los polos.

Su mano izquierda cogió el otro alambre…

Su respiración al aspirar fue claramente audible. Bajó la mano y conectó el otro polo.

Tembló el suelo, se sacudieron las paredes, el aire restalló dentro del estrecho sótano y la explosión rodó sorda bajo las bóvedas de piedra. Y por un momento pareció que la casa sería arrancada de cuajo y los muros del sótano se derrumbarían sobre el cuerpo del hombre, que permanecía pegado a tierra en toda su elevada estatura.

Después sucedió un profundo silencio. En la mano de Jack brillaba la Lugger cuando se dirigió hacia las escaleras de piedra. La puerta del sótano seguía cerrada. No había sido tan terrible la explosión como le había parecido al escucharla desde tan cerca.

Permaneció unos minutos vigilante, esperando lo que pudiera suceder. Luego, tranquilamente, como si dispusiera de una eternidad para concluir su faena, entró de nuevo en el arsenal y miró la anaquelería: las cerraduras de los cajones donde aplicara nitroglicerina habían saltado; los cajones estaban abiertos.

Se acercó al primero y tiró de él. Pequeñas cajitas alineadas llenándolo, misteriosas, sin un membrete. Abrió una de ellas. Era un polvo finísimo, blanco como la nieve en las cimas de las montañas…

Lo tocó con la yema del dedo y se lo llevó a la lengua.

—Cocaína…

Lo depositó donde estaba y cerró el cajón. No podía dedicar demasiado tiempo a cada cajón si quería registrar todos. Eran ya las tres y media…

* * *

Walton Lake dio una última vuelta por la sala de juego y después se asomó al *cabaret*. La «*vedette*» interpretaba en aquel momento un número de baile y la gente miraba estúpidamente embobada. Era fácil hacerles aplaudir siempre que la artista no estuviese demasiado gorda… Peggy seguía incansable sonriendo de mesa en mesa con su canastilla de flores y muñecos. La orquesta tocaba como si creyeran que estaba escuchándoles el empresario del «Metropolitan».

Hizo una seña a Smiles y regresó a su despacho enfundándose la trinchera. Cuando salió, ya estaban los cinco pistoleros esperándole junto a su sedán y junto a otro coche.

Entró en el suyo y se puso al volante. Smiles se sentó a su lado, mientras Steady Rock se colocaba detrás. Dikon con Summy y Coowall ocupaban el otro auto.

—¿Cree usted que acudirá ese tipo, jefe?

Walton le concedió su suave y retorcida sonrisa. No era de los más necios Smiles…

Quizá le ascendiera al puesto que tuvo Mike Row antes de morir.

—Estoy seguro —afirmó—. No tiene escapatoria.

La estereotipada sonrisa de Smiles se acentuó aduladoramente. El jefe era buen amigo suyo últimamente…

Los dos coches, uno tras otro, subieron por la East River Drive y pasaron al Bronx por el puente de Macombs Dam.

Minutos después volaban atravesando Mount Vernon. El viento huracanado del mar les sacudía con violentos ramalazos aullando agorero en la noche.

* * *

Delante de los metálicos cajones abiertos, Jack examinaba el ancho y plano rollo de cinta de color ladrillo. Todo el cajón estaba lleno de rollos como aquél. Miró el blanco disco de papel pegado en el centro y leyó la única palabra que había escrita: «FULTON». Una sola palabra; la misma que había en seis u ocho rollos más.

En el cajón inferior había un aparato para imprimir cinta

magnetofónica. Conocía perfectamente el manejo y allí mismo había un enchufe. Bastaba conectarlo y mover la palanca de remisión, para oír lo que allí habían registrado.

Pero no era posible: no había tiempo. Walton y los muchachos debían estar al llegar…

Dejó el rollo en su sitio y cerró los cajones. Tranquilamente empezó a hacer lo mismo con los que aún quedaban abiertos. Estaba a punto de cerrar los dos últimos cuando quedó inmóvil: acababa de oír el ruido inconfundible de pasos al pie de la escalera de piedra, exactamente al otro lado de la puerta del sótano anterior.

Rápidamente, sin perder la tremenda calma que siempre parecía emanar de él, sus manos se elevaron y la bombilla quedó aflojada.

Salió y se negó contra el muro en el sótano de fuera. Al lado, junto a la puerta, escuchó el ruido de una llave buscando la cerradura. Recordó entonces que también en aquel sótano había una luz y que la encenderían. Sonó el ruido del cerrojo al descorrerse.

Jack avanzó dos pasos, alcanzó la bombilla y la aflojó. Volvió a su puesto contra el ángulo sin hacer ruido. En su mano había aparecido la «Lugger» y todo su cuerpo estaba replegado sobre sí mismo, como un muelle listo para entrar en acción.

Si era sorprendido allí, Walton y los pistoleros a sueldo le matarían a tiros en el acto. Él tenía un cargador completo en la culata y en los bolsillos le pesaban unos cuantos de repuesto. Antes de caer, su «Lugger» tendría tiempo de decir alguna palabra…

La puerta giró suavemente, sin el menor ruido. Fue más la sensación de que alguna otra persona acababa de entrar lo que le hizo comprender que junto a él, envuelto por la obscuridad total, alguien estaba respirando. Una voz sonó apagadamente:

—Pase…

Quedó asombrado; era una voz de mujer.

Enseguida escuchó el rumor de otros pasos sobre las losas del piso. Sí, no había duda; allí acababan de entrar dos mujeres. Era el ruido característico de los tacones, aunque procuraban pisar quedamente.

—No hay luz… ¡Qué extraño!… No importa, me lo sé de memoria. Espere…

Hubo unos instantes de silencio. Luego, de nuevo la misma voz,

insegura y sorprendida:

—Esto… está abierto…

—Dios mío… ¿Qué ocurre?

—Tranquilícese, no es nada —respondió la misma voz—. Aguarde…

Jack alargó la mano palpando las piedras del muro. Halló un hueco. El de la puerta que las dos mujeres acababan de trasponer y no habían cerrado.

Flexionando las piernas con andares de felino alcanzó el marco. Un paso más y salió.

Estaba al pie de la escalera de piedra.

En ese momento, apareció en el interior un rayo de luz y de nuevo sonó la primera voz:

—Sí, abierto… Alguien se ha olvidado de cerrar. Smiles, seguramente.

Jack se ocultó tras la espesa hoja de la puerta. No podía salir sin exponerse a que le descubrieran las dos mujeres. Quedó quieto. ¿Qué habían ido a hacer allí?

—Desde luego, Smiles… Si Walton se entera, le matará. No admite errores de esta clase.

El rayo de la linterna describía un círculo luminoso recorriendo los muros de la cueva.

—¿Ve usted esto? Esa puerta se cierra gracias a un mecanismo eléctrico, me refiero a ese muro de piedra. Nadie podría dar con él, de no saberlo. Ahí dentro guarda Walton las armas, las drogas y los documentos comprometedores. Venga, pase…

El rayo de luz disminuyó su intensidad al entrar las dos mujeres en el otro sótano y después el lugar que ocultaba a Jack quedó de nuevo completamente a obscuras.

No podía entretenerse más. Le hubiera gustado ver quiénes eran las dos mujeres que habían entrado, pero ya debían ser las cuatro. Walton tenía que estar a punto de llegar, quizá en aquel momento entraba por la puerta…

¿Quiénes serían aquellas dos mujeres? ¿Se daban cuenta de que sus vidas pendían de un hilo delgadísimo…?

Salió y subió velozmente varios peldaños. En la puerta superior oyó una voz de hombre; luego, el ruido de una llave.

Saltó blandamente y volvió a esconderse tras la puerta abierta.

Era un buen lugar, si no la movían; una especie de biombo.

La voz del hombre sonó claramente cuando la puerta quedó abierta.

—Vosotros esperad arriba —dijo—. En el zaguán. Vigilad, porque vendrá Jack.

Luego el ruido de la puerta al ser cerrada de nuevo y los pasos de Walton bajando las escaleras.

Jack aguardaba con la «Lugger» firmemente empuñada, tensos los nervios. ¿Qué iba a ocurrir ahora, en cuanto Walton viera que aquella puerta estaba abierta? Tuvo la respuesta en el acto. Dentro, ahogada pero fuerte, se escuchó la exclamación de una mujer. No pudo entender lo que gritaba, pero lo sabía; debían acabar de ver que los cajones de acero estaban abiertos, con las cerraduras voladas.

Sonó enseguida una palabra clara:

—¡Mire!

—¡Dios mío! ¡Qué horror!

Jack «sintió» que algo se paralizaba en la sombra. Le pareció notar, como si lo recibiera transmitido por el aire, el seco movimiento y el brusco parón que acababa de hacer Walton. Oyó su respiración, contenida, rabiosa y adivinó el movimiento con que el *gángster* sacaba su automática.

Notó que Walton apoyaba la mano en la puerta abierta porque sintió que cedía rozándole el pecho. Enseguida comprendió que el *gángster* entraba.

Éste penetró con pasos lentos. Veía ante sus ojos el trozo de muro girado y por el hueco las figuras de dos mujeres inclinadas sobre los abiertos cajones de la anaquelería de acero.

Las sombras ocultaban la demoníaca furia que reflejaba su semblante. Las había reconocido: Ginger. Y también Anna. Las dos estaban de acuerdo y Ginger se las había arreglado para sacar un facsímil de sus llaves. Tenía que hacer mucho tiempo que estaba pensando en eso. Quizá desde lo de Vera Duluth… Entonces ella cogió miedo.

Alargó la mano buscando el conmutador de la luz y lo giro. Siguió apagada. Debían haber quitado la bombilla. Alzo el brazo y la tocó. En un momento la hizo girar, apretándola bien. Y de nuevo torció el conmutador de la luz.

La bombilla se encendió.

Dando un brusco respingo, las dos mujeres se volvieron lanzando un grito.

Frente a ellas, empuñando una «*Parabellum*» cuyo negro cañón las cubría estaba Walton Lake.

Las miraba heladamente con sus ojos acuosos, sin decir una palabra, apoyado en el borde del muro de piedra. Parecía estar meditando si las mataría a tiros o si las destrozaría a pedazos, como pesaroso de que un ser humano tuviera una vida solamente.

—¡No, Walton… no! ¡No fuimos nosotras! ¡Esto… estaba ya!…

Walton sonreía ahora. Su alma sádica se complacía en el terror animal que veía en los ojos de Ginger y en la actitud petrificada de Anna.

—Es malo ser demasiado curiosa, Anna —dijo con escamosa suavidad de reptil—. Ahora sabes muchas cosas de mí, ¿verdad? Has visto ese polvito blanco…

—No lo creía… —murmuró ella apagadamente—. Pensé que era mentira todo lo que contaban…

Las dos mujeres se apretaban contra las anaquelerías, tratando en vano de retroceder.

—Es una pena que nuestro «romántico amor» tenga que acabar así, ¿verdad, Anna? Me hubiera gustado que fuese algo más largo, que hubiese tenido tiempo de disfrutar un poco de la vida a mí lado.

—¡Canalla!

Walton rió. Rió sordamente, roncamente. ¡Qué esfuerzo tenía que hacer para dilatar un poco más la sentencia que había formulado ya sobre aquellas dos mujeres! Pero era agradable gozarse un poco en el pánico que las dominaba.

En su mano tenía la «*Parabellum*» que utilizó contra Vera, aquella maravillosa «*Parabellum*» especial. Una buena chica, aquella Vera. Pero las mujeres se vuelven exigentes y curiosas…

—Estaba acordándome de Vera… —rió cínicamente—. ¿La recuerdas tú, Ginger? Fue tu predecesora. ¡Ja, ja, ja! ¡Pobrecilla!… Lila también era curiosa. Quería «regenerarme», ¡ja, ja, ja!

Dejó de reír bruscamente. ¿Para qué perder el tiempo? Su mano se levantó encañonando el arma hacia el pecho de la muchacha morena.

—Tú primero, Anna —dijo temblándole la voz de odio—. Es una pena, porque me gustas.

La negra boca del arma se fijó con mortal amenaza en el cuerpo suave de la muchacha. Ella intentó retroceder presa del pánico, pero era imposible. Detrás estaba la blanca fila de las cajas de acero.

—Yo no le he hecho nada —tartamudeó aterrada, sin comprender lo absurdo de su disculpa—. No le he hecho nada… ¡No le he hecho nada!

Los ojos incoloros del *gángster* brillaban satánicamente, saboreando aquellos segundos. Le poseía el terrible placer de matar. Miraba el esbelto y armonioso cuerpo de la muchacha, visible sólo a la luz apagada que entraba del otro sótano, y sentía la sádica satisfacción de destruir algo que era perfecto y hermoso.

—No le he hecho nada… —repetía ella cogiendo férreamente la mano de Ginger, que había enmudecido de terror—. ¡No le he hecho nada!… ¡Nada! ¡Nada!…

—Es cierto, Walton; no te ha hecho nada.

No había sido la muchacha esta vez. Era otra voz. La voz de un hombre que hablaba a sus espaldas, la voz tranquila y fría de un hombre que no suplicaba como la muchacha. Una voz impasible, helada, llena de ominosa calma.

El *gángster* sintió que sus músculos se paralizaban. Ni siquiera pudo volverse con rapidez, sobrecogido por la sorpresa.

Y la voz volvió a sonar apagada y calmosa:

—Deja caer la pistola al suelo, Walton. Anda, déjala caer. O te meteré el cargador en la espalda.

Walton abrió los dedos lentamente y la «*Parabellum*» cayó al suelo, botando con metálico sonido contra las losas.

—Ahora empújala tú mismo con el pie hacia aquel rincón. Eso es. Puedes volverte, Walton, y ponte pegado a esa pared.

Obedeció lentamente, como hipnotizado. Una furia demoníaca retorcía su semblante, que con aquella expresión pareció cobrar su verdadera personalidad. Sus sensuales labios se movieron despegándose:

—Jack…

—Sí, Jack. Así me llamo… ahora —contestó sin apartar los ojos de él.

No tuvo necesidad de mover la cabeza para ver que las dos mujeres salían y quedaban temblorosas junto al muro abierto.

Anna le miraba llena de estupor. Le había reconocido. Era el hombre que aquella noche había estado jugando a los dados, el mismo que ella recogiera del suelo y socorriera en su coche. Y ella había hecho aquello por proteger al hombre que había estado a punto de asesinarla hacía unos segundos.

Era aquel hombre alto. Y estaba allí, apoyado indolentemente contra el muro, con una mano hundida en el bolsillo de la trinchera y la otra sujetando una pistola automática como si jugara con ella, casi sin interés.

Se acordó que entonces había pensado: «Este hombre no teme a Walton». No. Aquel hombre, por cuyos ojos negros y brillantes, casi febriles, asomaba una inexorable calma, no temía a Walton.

«… Ni a nadie… —pensó Anna en aquel momento—. No tiene miedo a la muerte».

Rápidamente, Walton iba sobreponiéndose de su sorpresa. Intentó sonreír y sus labio3 dibujaron una mueca.

—No podrás salir de aquí, Jack. Has firmado tu sentencia de muerte. Hay cinco hombres arriba.

—Lo sé, Walton. Por eso estaba pensando lo que haría, pero ya lo he decidido. —Hizo una breve pausa—: Quizá lo mejor sea acabar contigo ahora…

El rostro del *gángster* se transmutó expresando el más vil de los terrores. ¿Qué clemencia podía esperar de aquel hombre? Ninguna. Lo leía en sus ojos.

—¡Espera. Jack! Nada sacas disparando. Yo tengo mucho dinero. Podemos…

Se calló. Aunque el rostro de aquel hombre no se había movido. Walton adivinó en él una fina sonrisa.

—No tiembles todavía, Walton. Prefiero que sea la silla eléctrica la que acabe contigo —hizo un ademán a las dos mujeres, que permanecían mudas de temor y les ordenó—: Entren de nuevo donde estaban.

—Pero…

Era la platinada rubia la que hacía la objeción.

—¿No ha oído? Hay cinco pistoleros arriba. ¿Quiere que las lleve conmigo? Ahí estarán seguras.

—Vendrán por nosotras si nos deja usted.

—¡Entren!

—Sí… —murmuró Anna—. Entremos Esperó que estuviesen dentro y se volvió a Walton.

—Cierra el muro. ¡Rápido!

No tuvo más remedio que obedecer.

—Luego hablaremos, querido amigo. Luego hablaremos… detenidamente.

Manipuló en los contactos eléctricos hasta que el muro de piedra empezó a girar.

«Jack» esperó a que el lienzo de sillería estuviese casi encajado.

Entonces, con rapidez fulminante, antes de que Walton pudiera prever su movimiento, rompió la bombilla y juntó los dos polos con la mano.

Un fogonazo violáceo siguió al apagón: una quemadura hizo mella en sus dedos y un ruido como el silbido de una serpiente sonó arriba.

Se apartó en el acto. Junto a él pasó violento el cuerpo de Walton. Jack tuvo tiempo de adelantar un pie, y el *gángster*, tropezando, se proyectó en la densa obscuridad contra el muro de piedra.

Se oyó un juramento siguiendo al sordo golpe del hombre al estrellarse. A tientas. Jack se acercó. Y cuando Walton recuperó el equilibrio, un puño como una peña desprendida de la montaña se estrelló demoledor contra su rostro. Y de nuevo rodó, sintiendo que la sangre le manaba de la boca destrozada.

Cuando volvió a levantarse y se agazapó tratando de localizar a su enemigo, no sintió nada. De repente oyó un resbalón. Jack escapaba subiendo las escaleras.

Ahora comprendió Walton, aunque un poco tarde: al juntar los polos de la luz con las manos había producido un cortocircuito; era imposible abrir el muro de piedra mientras no se localizara la avería y se reparase. En ninguna parte estarían las dos mujeres más seguras que en aquella cárcel de piedra.

Maldiciendo como una fiera enloquecida, trató de alcanzar a Jack. Tropezó y rodó. Y de nuevo corrió por las estrechas escaleras de piedra.

—¡Smiles! ¡Steady! ¡Detenedlo! ¡Matadlo!

Gritaba sin demasiadas esperanzas. Tal vez no le oyeran desde fuera, quizá estarían ocupados tratando de averiguar qué había ocurrido al apagarse la luz. Un estampido retumbó en la estrecha escalera y luego, antes de que se extinguiera el resonar de la oquedad, una patada lanzó la puerta hacia fuera.

Jack se encontró en el vestíbulo. Todo estaba a obscuras. Entonces fueron claramente audibles las órdenes y voces de Walton.

Jack no titubeó. Las puertas debían estar cerradas. Allí estaba la escalera. Y el teléfono Oyó ruido de carreras y vislumbró apenas en la densa obscuridad unas sombras difusas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

Eran los cinco pistoleros que acudían en tropel sin saber que partido tomar, sin comprender qué estaba ocurriendo.

Jack se lanzó escaleras arriba. No tenía ningún interés en que le descubrieran.

Necesitaba unos minutos. Unos minutos tan sólo…

De repente una granizada de balas silbó junto a él estrellándose contra la pared. Le habían descubierto, No sabían de qué se trataba, pero sí que Walton ordenaba matar. Y tiraban graneando las balas, como demonios enloquecidos.

Jack no contestó. De un salto se plantó en el primer rellano. Allí estaba el teléfono.

Entró y cerró la puerta. Tenía pestillo. Unos minutos… tan sólo unos minutos…

Tocó el teléfono. Había perdido la linterna al subir corriendo las escaleras, pero podía marcar a tacto.

Fuera, se escucharon las voces de Walton y de los pistoleros subiendo las escaleras. Los estampidos de las armas restallaban rasgando las tinieblas. Pero aún no subían del todo. No se atrevían. Debían estar sorprendidos de que él no contestara.

El disco del teléfono giró de nuevo. Otra vez… otra vez… Se puso el tubo al oído…

«Rin,… riiinnn». Una, dos tres… cinco veces. Colgó Fuera una salva de disparos acribilló la puerta. Volvió a marcar, contando los timbrazos.

Ya habían llegado y los proyectiles llovían sobre la puerta. Era imposible; no tenía tiempo.

Entonces cogió el teléfono y lo ocultó debajo de la mesa

dejándolo descolgado; era su última esperanza. El teléfono siguió sonando al otro lado de la línea, incansable, monótono, sin que nadie lo cogiera.

Escuchó los empujones que los seis hombres daban a la puerta intentando derribarla y apuntó al centro de las deshojas.

En rápida sucesión, su «Lugger» escupió una andanada de balas. Oyó una maldición y los empujones cesaron. Por allí no podía salir. Recordó que la estancia tenía otra puerta y se dirigió hacia ella a obscuras. La abrió y siguió adelante. No se veía nada. Buscó el mechero y lo encendió un solo segundo. Otra puerta. Debía dar también al pasillo, a juzgar por su situación. No lo pensó. Bruscamente la abrió arrojándose hacia el lugar donde sabía que quedaba la escalera.

Una granizada de balas silbó sobre su cabeza, pero ninguna le rozó. No era fácil hacer puntería en plena obscuridad, a pesar de hallarse tan cerca unos de otros.

Con pasos veloces pero elásticos alcanzó la escalera y empezó a subir de tres en tres, a grandes saltos.

En el rellano se paró, volviéndose agazapado contra el suelo. Una descarga resonó y a la altura que debía estar su pecho, la pared íntegra fue acribillada.

Vio nítidamente los seis fogonazos, repetidos varias veces. Eligió uno. Uno solo y apretó el gatillo.

Al mismo tiempo que saltaba de costado escuchó el alarido de dolor de uno de ellos.

Debía ser Coowall. Cuatro saltos más y llegaba a la angosta escalera de las buhardillas.

Los pasos resonaron en tropel tras él y las balas silbaron a su lado. Dio gracias a su idea de producir el cortocircuito. La obscuridad le estaba salvando hasta entonces. De nuevo una rociada de proyectiles pasó, pero demasiado lejos de él.

Cuando se lanzaba hacia las buhardillas, un solo disparo aislado, absurdo, le mordió la carne. Sintió en el hombro la candente quemadura de la bala, pero dominando el dolor continuó subiendo.

En aquel lugar estaba más protegido. La escalera era demasiado estrecha para que subieran en tropel. Se ocultó tumbado sobre el suelo y metió olio cargador en la automática, poniendo la «Lugger» en dispositivo ametrallador. Aguardó. El hombro empezaba a

perder sangre y a dolerle.

Abajo hubo un silencio. Después sonó la voz de Walton amenazadora, destilando rabia:

—No tienes escape, Jack. Estás acorralado.

Jack apretó el gatillo y la «Lugger» vomitó el cargador entero en graneada ráfaga.

Resonó una sarta de maldiciones, mientras Walton daba un salto. Luego le escuchó un juramento.

Le había tocado. Eso moderaría sus ímpetus. Metió otro cargador, pero no tuvo tiempo suficiente. Abajo, comprendiendo que su arma debía estar vacía, se lanzaron al asalto acribillando las sombras de la estrecha escalera con el fuego de sus disparos.

Jack tuvo que abandonar su posición y retirarse mientras acababa de meter el cargador. Entonces se volvió y en rápida sucesión, a bocajarro, hizo fuego tres veces consecutivas.

Hubo una estampía, y el ruido sordo de un cuerpo rodando por las escaleras resonó macabramente. Iban dos bajas y tal vez dos heridos.

La escalera fue ganada por fin por los asaltantes y Jack se retiró a la buhardilla. No se detuvo allí. Inmediatamente saltó al tejado corriendo por la cornisa, que apenas era visible en la negra noche. El viento soplaba huracanado, amenazando con lanzarle al vacío en cualquier momento.

Jack comprendió que no podría bajar. Los otros se habían asomado a la buhardilla y habían comprendido sus intenciones. Cuando Jack llegaba junto al canalón resonaron abajo las voces de dos hombres y los estampidos de sus armas.

No podía escapar. Pero podía seguir luchando. Y Jack se tumbó entonces en la cornisa todo lo largo que era, amontonando junto a sus manos los seis cargadores que aún le quedaban.

Aguardó pacientemente, como si se estuviese dedicando a un pesado entretenimiento. A pesar de la tenebrosa obscuridad de la noche, el reflejo del mar hacía que las tinieblas no fuesen tan densas como en el interior de la casa. Jack miró detenidamente a la ventana de la buhardilla. La tenía perfectamente encañonada. Vio una leve sombra aparecer, y apretó el gatillo. No se oyó un gemido. La sombra se derrumbó como si le hubieran atravesado la cabeza.

Después del estampido hubo un silencio. Comprendió que

Walton estaba deliberando. Había perdido ya tres hombres, muertos o malheridos. Aquello habría de tomarlo en consideración.

—¡Escucha, Jack! —Sonó terriblemente en la obscuridad nocturna—. ¡No tienes escape! ¡Baja!

—Sí, Jack, voy a ir. Pero no sabrás por qué buhardilla saldremos. ¡Vas a caer, Jack! ¡Vas a caer deshecho a balazos!

—¡Ven a buscarme, Wallen!

CAPÍTULO XI

El inspector Rodex pegó un sallo en la cama. Cinco timbrazos… Esperó. El teléfono volvió a sonar. Uno, dos, tres… cinco, aquello seguía. Debía ser una equivocación. No pensaba levantarse. Ya se cansaría quien fuera. Dio media vuelta y trató de dormirse. Imposible; el teléfono seguía y seguía interminablemente.

Maldiciendo se echó de la cama y lo cogió.

—¡Diga! ¡Digaaa…! ¡Diga! ¡Malditos imbéciles!

Lo colgó y se volvió a la cama. Habían apagado la calefacción ya y hacía frío. Pero el teléfono… ¡seguía sonando! ¿Quién sería el imbécil que?…

Pegó un salto y corrió de nuevo a cogerle.

—¡Dígame! ¡Diga! ¡Conteste algo! —Lo colgó y se metió un traje a toda prisa encima del pijama, saliendo a la escalera con la pistolera y la chaqueta aun en la mano. Bajó los escalones de tres en tres y se paró en la puerta de la portería. Allí había otro teléfono. No se anduvo con contemplaciones. Aplicó la pistola de reglamento a la cerradura y disparó. Entró sin preocuparse del escándalo que se armaría y tomó el teléfono marcando el 06.

—Oiga, señorita. Aquí el inspector Rodex del
F. B. I.
Dígame inmediatamente qué teléfono está llamando al SO-
91 929.
¡Dese prisa! —Aguardó unos segundos que le parecieron eternos. Por la escalera se oían voces, pero no se ocupó de ello. La voz de la muchacha sonó de nuevo—. Dígame…

—Están llamándole desde un hotel de Mount Ver —non, señor, en el sector de Sandy Pick. Si quiere el telé…

Colgó y marcó inmediatamente el número del cuartel del

F. B. I.

—¡Con el garaje! Bien. ¿Marwell? ¡Inmediatamente! ¡Tres coches con agentes armados a Mount Vernon! Pesa tú a recogerme. ¡Voy a lo largo de mi calle! ¡A todo gas!

¡Rex Dyre está acorralado!

* * *

Cuando el inspector Rodex llegó a Sandy Pick no se oía un solo disparo. Todo estaba silencioso y obscuro en el lóbrego edificio. A la luz de los faros de los coches, dos hombres aparecieron atravesados a balazos. Uno de ellos estaba muerto; se había estrellado al caer desde el tejado después de recibir una andanada. El otro aún vivía. Era Walton Lake.

Aun encontraron otros dos hombres heridos gravemente en el pecho y uno muerto bajo la ventana de una buhardilla. Otro hombre ileso se entregó sin resistencia.

En la cornisa, acribillado a balazos, muerto al parecer, Con la cabeza hundida contra la piedra y la mano derecha cerrada aún sobre la empuñadura de una «Lugger», había otro hombre. Un hombre alto, vestido con flamantes ropas de confección.

Lo retiraron de allí con gran esfuerzo y lo tendieron en el piso de la buhardilla. Rodex comprobó que su corazón seguía latiendo. Vertió un sorbo de *whisky* en su boca y procuró reanimarle mientras llegaba la ambulancia. El herido entreabrió los ojos y miró a Rodex.

—El sótano… —murmuró—. La luz… Dos mujeres… Las pruebas contra Walton…

Fulton…

Calló. Había dejado un reguero de sangre al ser llevado hasta allí y trataban de taponarle los balazos.

—Está bien, Rex —le contestó el inspector—. No te esfuerces ahora. Has acabado con todos. A Fulton le ajustaremos cuentas en cuanto te haya atendido el médico. Has hecho una buena limpieza.

Los febriles ojos de Rex Dyre parpadearon.

—Dile a Kay…

—Se lo dirás tú mismo. Tu mujer llega mañana a Nueva York. La hice venir yo.

Rex Dyre calló. Deseaba decirle a Rodex que no debía haber

hecho aquello, que Kay podía correr peligro en Nueva York, pero su lengua se negaba a obedecerle.

Una espesa niebla nubló su mente y nubes densas de vapor empezaron a rodearle. Era extrañó. Veía a Kay… como estaba hacía seis meses ante el sacerdote… con aquel traje que tanto le gustaba a él y aquella pamela… «¿Quiere usted a este hombre por esposo…?».

La niebla se hacía más espesa, más densa, girando lentamente dentro de su cerebro. Sintió frío, un frío que le atravesaba los huesos… Después ya no sintió nada más. La niebla, el frío, los recuerdos, el rostro de Kay desaparecieron, y Rex Dyre se hundió en el piélago profundo de la inconsciencia.

* * *

Era como sí volviese de un viaje remoto del que nada recordaba. Todo era blanco alrededor suyo. Las paredes, la cama, los vestidos de aquella muchacha…

Se dio cuenta de que tenía algo apretado en la mano y empezó a comprender.

«Walton… Las buhardillas… Otro cargador…».

—¡Rex… Rex!…

—Tranquilícese, señora. Está fuera de peligro.

—¡Rex…!

Miró y sintió junto a su cara la tibia caricia de otro rostro. Tenía los ojos húmedos…

«—Kay… mi chicas… No… Ahora es mi mujer… Nos casamos hace unos meses…».

Movió los labios. Tenía ganas de reír. Si él pudiera reír ella se tranquilizaría.

—¿Qué quieres, Rex?

Volvió a mover los labios y de ellos salió como un breve soplido. Él pensó que había gritado, pero Kay tuvo que acercar su oído para entenderle.

—No llores… No quiero…

—Si no lloro, ¡larguirucho tonto!

Esta vez Rex sí sonrió. Siempre sonreía cuando ella le llamaba «larguirucho». Alzó la mano y logró hundir los dedos entre el sedoso pelo de Kay. Se estaba bien así. Ahora ya lo recordaba todo.

Había tenido suerte; le habían herido. No tendrían más remedio que concederle un permiso para reponerse. Luna de miel… Todo el tiempo para ellos…

Estiró los pies, pero tropezó con los barrotes de la cama y tuvo que encogerlos de nuevo.

«Larguirucho…», pensó. Era verdad, no podía enfadarse.

Rex Dyre, agente secreto del

F. B. I.,

era un hombre muy alto.

FIN



Carlos de Santander fue el seudónimo del escritor español Juan Lozano Rico bajo el cual publicó más de 330 novelas rosas entre 1955 y 1992. También utilizó el seudónimo de Red Harland para publicar novelas de suspense al inicio de su carrera alrededor de 1952. Muchas de sus historias de amor llevaban una trama de espionaje, aventura e intriga.

Como tantos otros autores de su tiempo, tuvo que bregar con la censura que imperaba en España, no obstante, se las arregló para que sus lectores pudieran ver en las relaciones entre sus protagonistas que existía una fuerte atracción sexual.

Fue radiotelegrafista de la marina mercante, y además trabajó para una compañía aérea. Su trabajo le permitió viajar y conocer Europa, América del Sur, América del Norte, Oriente y África. Aparte de eso, poco más se sabe sobre su persona.